Orsai

En septiembre y en octubre eludimos al quiosquero | año 2012 | número 9

No contiene publicidad

ES HORA DE HACER UNA LIMPIEZA A TU DISCO DURO.
LO SIENTO. TU CONTRASEÑA NO COINCIDE CON TU NOMBRE DE USUARIO.

EDITORIAL El alma de la fiesta

Todos fuimos a esas reuniones de finales del siglo veinte en las que alguien, sin merecerlo, se convertía en el alma de la fiesta. Eran veladas de quince personas y nadie se conocía demasiado. Un almuerzo anual de compañeros de trabajo, por ejemplo, o un grupo variopinto alrededor de la tele para ver un partido importante. En esos escenarios siempre había un tipo, uno solo entre los quince, convencidísimo de su ingenio. Un tipo que tenía frases ocurrentes para todo, que no dejaba pasar de largo el chascarrillo jamás, ni el buen chascarrillo ni el pésimo. Que vigilaba de reojo qué efecto causaban sus comentarios. Y que redoblaba su arsenal cuando conseguía la carcajada de los otros catorce. Al principio, cuando llegabas a la reunión, el quinceavo te parecía un invitado simpático. Pero a la media hora descubrías que su cerebro no filtraba los descartes. Cualquier situación, para él, merecía ser agujereada por la chispa. Si alguien decía gato montés, él replicaba que te monte un gato; si alguien ofrecía dos tazas de té, él prefería dos tetazas. (Estoy poniendo ejemplos torpes para no perder la idea, pero eran latiguillos por el estilo.) El asunto es que perseguía al chiste hasta los confines del argumento y siempre volvía con algo en la boca. No creo que haga falta describir mejor al quinceavo de las fiestas: todos fuimos a esas reuniones y padecimos su metralla verbal de retruques a destiempo. Yo dejé de ir a todos los asados del mundo, a todos los casamientos y bautismos, a todos los convites numerosos, por culpa de este señor. Y entonces cambió el siglo y algo tuvo que haber pasado. No lo supe a tiempo, porque salgo poco de casa. Pero este año tuve que decir que sí a unas cuantas reuniones con quince invitados. Me resigné a padecer otra vez el martirio del *alma de la fiesta*. Sin embargo pasó algo muy extraño: el quinceavo estaba allí, pero no hablaba. En ninguna de las reuniones a las que fui este año apareció la verborrea temible del quinceavo. En la primera reunión pensé que era una bendición del azar; en la segunda sospeché que quizá el ser humano había evolucionado; en la tercera disfruté como un chancho la fluidez de la charla grupal; y en la cuarta reunión observé el contexto. Y descubrí lo que está pasando. El quinceavo sigue existiendo: nunca se cansa de creerse ingenioso y popular, ni deja pasar un minuto sin soltar sus frases breves de toda la vida. Pero ahora las tuitea. Está allí, pero en modo vibrador. Descubrí al quinceavo distraído de la charla porque mira todo el tiempo su teléfono. Finge estar presente en la reunión, pero en realidad está navegando su timeline de arriba a abajo. Se le ilumina el gesto con el fulgor de la pantalla. Lo vi morderse la lengua y teclear con los pulgares. Lo vi hacer esfuerzos por resultar agudo. El quinceavo escribe frases cortas en directo sobre todo lo que ocurre. Si mira fútbol, comenta las incidencias. Si en la sobremesa se habla de política, él teclea sus retruques con arritmia venenosa. A mitad de la reunión escribe que está en una fiesta y dice con quién está y explica al mundo cuánto se divierte. Lo vi. Siempre uno entre quince. Más tarde, ya en casa, espié lo que había escrito el quinceavo en la reunión: eran las mismas frases que antes decía en voz alta en los asados, en los casamientos, en las veladas insufribles del siglo veinte: la misma necesidad patológica del ingenio a cualquier precio. Espié también sus frases del día anterior a la fiesta: lo descubrí satisfecho cuando el número de sus seguidores crece, vanidoso cuando otros repiten sus frases, preocupado cuando un seguidor deja de seguirlo, y sobre todo autista. Ajeno a la conversación fluida, y sin gritos, de los otros catorce.

Hernán Casciari

PÁG. 6: La escuela fuera de foco

PÁG. 16: NO TENGO BLOG

PÁG. 20: Arquetipos del turista ARGENTINO

PÁG. 26: EEUU ¿por qué tu pueblo es imbécil?

PÁG. 36: Televisión generosa

PÁG. 42: Post Orsai

PÁG. 44: La historia del Power Ranger Rojo

PÁG. 52: A través de la Ouija

PÁG. 56: Cientofante

PÁG. 74: La guitarra de Santana

SUMARIO

PÁG. 6 / La escuela miope
¿La escuela tradicional le sirve a los chicos de hoy? O mejor, ¿nos sirvió a nosotros? El que se hace estas preguntas es Christian Basilis, el educadísimo jefe de redacción de Orsai.

PÁG. 16 / No tengo blog
Manel Fontdevila descubrió que los chicos de hoy siguen jugando a las canicas, lo que significa que todavía hay fábricas de bolitas en el mundo. ¿Esto es posible en el siglo XXI?

PÁG. 20 / Arquetipos del turista argentino
Miguel Rep tiene un hermano, Jorge Repiso, y los dos fantaseaban con hacer algo juntos. Solamente les faltaba una revista muy familiar que se lo permitiera. Y acá están.

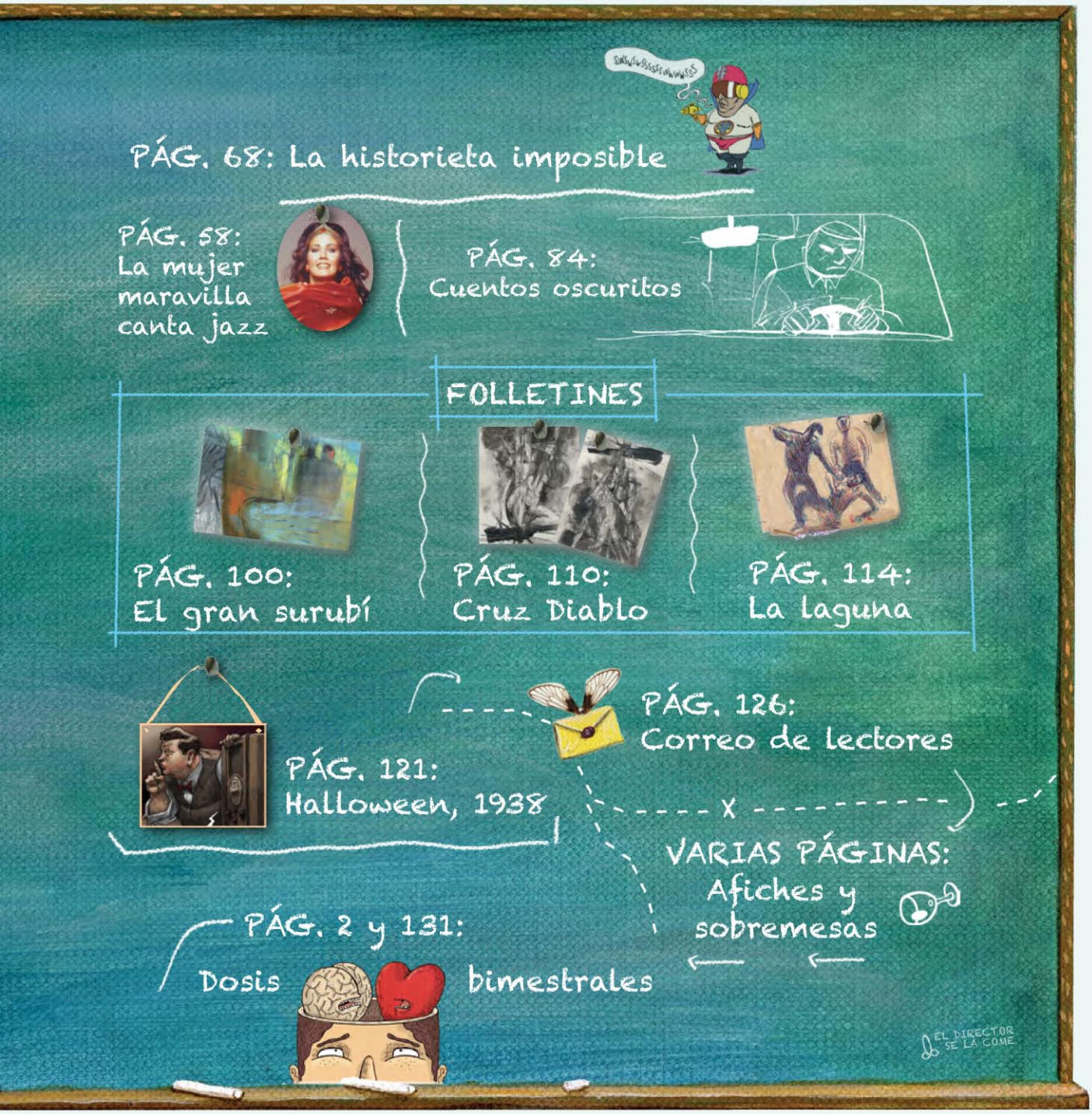
PÁG. 26 / EE.UU: ¿tu pueblo es imbécil?
El gran periodista Joe Bageant escribió su último ensayo antes de morir, el año pasado. Nosotros tenemos la suerte de ser el primer medio en español que lo publica. Un lujo.

PÁG. 36 / Televisión generosa
El día que el primer esnob dijo que una comedia familiar era "una sitcom de grupo disfuncional urbano" estaba inaugurando los nuevos géneros. Lo dice, y lo dibuja, Bernardo Erlich.

PÁG. 42 / Post Orsai
El señor director escribe en la revista como si lo hiciera en su blog: dos páginas y buenas noches. Esta vez cuenta un extraño suceso nocturno llamado "Timbre a las tres".

PÁG. 44 / La historia del Power Ranger Rojo
Hay historias que narran otra historia. En este caso el juego de palabras llega al infinito. Tanto, que el autor de este relato todavía no llegó al final. ¿Confuso? Adrede.

PÁG. 52 / A través de la Ouija
En la última entrevista del año José A. Pérez no podía entrevistar a cualquier muerto de hambre. Así que fue a la búsqueda de la figurita difícil: el Generalísimo Franco.



PÁG. 56 / Cientofante
La nueva aventura del novelista sin vergüenza se llama "Los libros de la buena memoria" y narra la aterradora lucha entre el libro tradicional y el e-book. ¿Quién ganará la guerra?

PÁG. 58 / La guitarra de Santana
Juan Villoro nos adelanta una historia de su nuevo libro que descubre una realidad alarmante: los músicos de rock, y sus seguidores, ya son ancianos que empiezan a perder la memoria.

PÁG. 68 / La historieta imposible
Un nuevo superhéroe ha nacido, se llama Fally Farson y tiene dos armas infalibles: lo dibuja Juan Sáenz Valiente y sale de la cabeza de Alfredo Casero. ¡Villanos, temblad!

PÁG. 74 / La mujer maravilla canta jazz
Lynda Carter, el primer sueño erótico de una generación, es ahora una sexagenaria que canta jazz. Mandamos a Diego Fonseca a un show en Washington, para que nos cuente todo.

PÁG. 84 / Cuatro cuentos 'oscuritos'
Pedro Juan Gutiérrez ("Miedo"), Aurora Venturini ("El murciélago"), Mempo Giardinelli ("Los traidores") y Mario Bellatin ("Perro con ojo de agujero"). Todos inéditos. ¿Se puede pedir más?

PÁG. 100 / El gran surubí
La historia de Ramón Paz, reclutado por el ejército para pescar un surubí gigante en una Argentina irreal, llega a su penúltimo episodio. Mairal y González hacen magia.

PÁG. 110 / Cruz Diablo
"¿Y si Dios fuera uno de nosotros?", se pregunta Leo Oyola al inicio del capítulo cinco, y nos deja su penúltimo canto afiebrado. Hueso Ricciardulli lo acompaña en guitarra.

PÁG. 114 / La laguna
Empieza a enfocarse el cerebro del chef Kaminski, y también la historia de Carolina Aguirre ilustrada por Gusti. Pero a veces, cuando un recuerdo se enfoca, no aparece nada bueno.

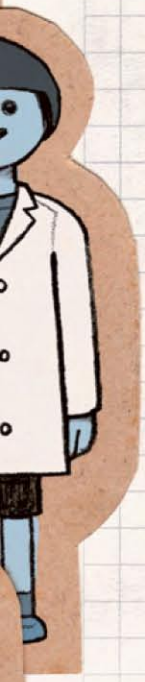
PÁG. 121 / Halloween, 1938
Hace muchos años, Orson Welles asombró con la "La guerra de los mundos" por radio. Diego Agrimbau y Gabriel Ippoliti recrean un pequeño instante posible entre un grupo de oyentes.

PÁG. 126 / Correo de lectores
Algunos lectores agradecen, otros se quejan, algunos fantasean. Esta vez quisimos poner tantas cartas que hubo que bajar la tipografía a ocho. Cortos de vista, abstenerse.

VARIAS PÁGINAS / Afiches y sobremesas
Como gotas de lluvia sobre una chapa de zinc, los afiches antipublicitarios de Eduardo Salles y los dibujos de Ermengol engalanan nuestros descansos y sobremesas.

PÁG. 2 y 131 / Dosis bimestrales
Si ya leíste la viñeta de la página 2, no te pierdas la de la 131. A Alberto Montt lo ponemos al principio y al final porque es un pan de dios y nos encanta que nos haga sanguchito.

LA EDUCACIÓN MIOPE



La pregunta no es si la escuela tradicional le sirve a los chicos de hoy tanto como nos sirvió a nosotros. La pregunta es, ¿nos sirvió realmente a nosotros? El que recupera estas dudas escolares es Christian Basilis, el educadísimo jefe de redacción de Orsai.

Por **Christian Basilis**

Ilustra **Martín Tognola**

Soy miope de nacimiento y todos los recuerdos de mi infancia están fuera de foco. Durante la escuela primaria fui incapaz de ver las letras del pizarrón desde mi pupitre, y para copiar lo que la maestra escribía tenía que acercar la cabeza al cuaderno del compañero más próximo y anotar lo que él sí podía ver. Los chicos me dejaban espiar su caligrafía. No les llamaba la atención, se habían acostumbrado a esta rutina extravagante, me soportaban.

En la escuela primaria me la pasé simulando que veía. Fue un esfuerzo demoledor, a veces una experiencia peligrosa y con muchos momentos de adrenalina, sobre todo en los días en que había examen y que mirar por encima del hombro del compañero estaba penalizado. Fue también una escuela paralela del simulacro, de la que no rescaté gran cosa. Yo solamente quería que no me obligaran a usar anteojos porque, desde el primer día de clase, nuestro curso ya había entronizado a su niño miope. Se llamaba Pablo y era un chico muy sensible, un pibe excelente que sufría mucho por culpa de nuestro maltrato. Usaba anteojos de armazón plateado, con vidrios gruesos que le agrandaban las pupilas. Cuando por alguna razón se quitaba los anteojos, su ojo derecho se desviaba hacia la punta de la nariz y el izquierdo quedaba fijo en otra dirección, y eso siempre desconcertaba un poco porque era imposible percibir qué veía en ese momento.

Me pregunto cómo es: ¿los anteojos se ajustan a la personalidad de quien los lleva? ¿O los que están obligados a usar anteojos se adaptan al tipo de personalidad que se espera de ellos? Pablo era el prototipo del chico con anteojos. Muy responsable, le gustaba estudiar y reflexionaba como un adulto. La gente grande decía que era inteligente y maduro para su edad. Pero lo que otros consideraban virtudes para nosotros eran valores negativos. En la escuela nos explicaron que la sinécdoque era una figura literaria que nombra una parte de algo para representar un todo. Los anteojos de Pablo fueron la sinécdoque de todo aquello en lo que yo no quería convertirme.

La educación miope

Cuando éramos chicos había un personaje infantil muy popular que se llamaba Anteojito. Era un nene calvo que tenía la voz aflautada y usaba un par de anteojos muy grandes. Nadie en el mundo podía estar de acuerdo con el tamaño de esos anteojos ni con la forma ovalada de su cabeza. Sin embargo este niño hipermétrope y afeminado reinó durante muchos años en la infancia escolar argentina. Quizás el siguiente dato ayude a explicar por qué: *Anteojito* fue, en realidad, un producto editorial, una revista didáctica dirigida al niño lector en edad escolar. Y el personaje que le daba nombre a la revista había sido expresamente diseñado para acompañarnos en nuestra educación primaria. Un producto de laboratorio, un freak.

Anteojito nos enseñaba a ser buenos ciudadanos, buenos hijos, buenos alumnos. Nos presentaba la vida de próceres ejemplares de la historia, mejoraba nuestra motricidad con líneas de puntos para recortar y recordaba puntualmente las efemérides patrias. No tenía capa, tampoco volaba ni se peleaba con nadie. El único atributo que ostentaba era su saber enciclopédico, simbolizado en un par de anteojos desproporcionados. En nuestra infancia, decirle "Anteojito" a un chico con gafas equivalía a decirle que era un nerd, que no servía para jugar al fútbol ni para pelearse en los recreos. Estaba claro que no era un superhéroe, sino un impostor. Lo mejor de la revista, para mí, eran las historietas en las que aparecían el Boxitracio y Larguirucho (un personaje ambivalente, muy complejo), y un regalo que vino una vez en una bolsa de plástico: la máquina para hacer huevos duros cuadrados.

Anteojito era la revista de los hijos de la clase media trabajadora. En los hogares de los niños burgueses con padres profesionales compraban *Billiken*, otra célebre revista infantil que todavía existe. Una vez a Rodrigo Fresán se le ocurrió proponer una teoría sobre cómo se organiza la sociedad argentina de hoy a partir de esta vieja dicotomía infantil; creo que nunca lo hizo. Como alegoría del dilema sarmientino *civilización y barbarie* —que con el tiempo fue mutando en otros: Boedo y Florida, Braden y Perón, babélicos y planetarios— el intento podría haber resultado divertido. Muéstrame tu cara, lector adulto, y te diré cuál de estas dos revistas leías.

En sus años dorados, entre los que se incluye el período de la dictadura militar argentina, *Anteojito* llegó a vender doscientos mil ejemplares por semana. Hasta que en una triste tarde de 2001, tras haber "aportado" durante treinta y siete años a la educación de los niños, la publicación dejó de salir. Ese año pasaron muchas cosas en Argentina; no lo recordamos como "el año en que *Anteojito* dejó de publicarse", pero de todos modos la desaparición de la revista marca el final de una época de guardapolvos almidonados, moños azules, y heroicas y marciales gestas patrias, desplegables o para recortar.

A los chicos miopes la desaparición de la revista no les cambió la vida. La mayoría ni siquiera se enteró. Los tiempos estaban empezando a cambiar: cuatro años antes, el treinta de junio de 1997, había nacido en Gran Bretaña otro niño corto de vista del que enseguida hablaría el mundo. Se llamaba Harry y traía consigo dos palabras mágicas capaces de reparar las gafas rotas y humilladas durante décadas de persecución escolar: Oculus reparo.

Dice Fabián Casas que la infancia es esa época de la vida en la que uno carga el combustible que va a tener que usar hasta que se muera. Y que de la calidad de este líquido dependerá qué tipo de persona vamos a ser cuando las papas quemen. No dice "cuando hayamos crecido" ni "cuando seamos adultos" sino "cuando las papas quemen", porque en esos momentos y no en otros es cuando salta a la luz quiénes somos de verdad. Después cuenta una historia que le pasó en la escuela con un maestro de séptimo grado, Alfredo Chitarroni, hermano mayor de Luis (el famoso escritor que de joven se dejó crecer la barba para huir de la infancia y de la adolescencia, según él mismo contó una vez, y que desde entonces nadie más volvió a ver su verdadera cara).

La historia es así: Fabián estaba a punto de repetir de grado y el maestro Alfredo le preguntó si había algo que le gustara hacer. Fabián le dijo que le gustaba escribir, aunque la verdad era que solo le gustaba leer y que nunca había escrito una palabra. Pero el maestro le pidió que le dejara ver alguno de sus textos y eso lo obligó a sentarse a trabajar. Escribió un relato, a mano, y se lo llevó. El maestro se tomó un tiempo largo para responderle, días que Fabián pasó en vilo, hasta que una mañana le devolvió el cuento pasado a máquina y encuadernado, con espacios libres para que él lo pudiera ilustrar. También le dijo que iba a pasar de grado. "De golpe tenía mi primer libro en la mano. Chitarroni, el maestro más prestigioso del Gurruchaga, al que todos queríamos tener porque te hacía jugar al fútbol, me daba un espaldarazo monumental", escribe.

Pero digamos la verdad: no todos los maestros son como Alfredo Chitarroni y en la mayor parte

de las escuelas, públicas y privadas, esta clase de historias no se dan muy seguido. La educación, en la mayoría de los casos, es administrativa y mecánica, y muchos maestros suelen ser como aquellos empleados públicos que los domingos a la tarde, en Facebook, se quejan porque al día siguiente tienen que volver a trabajar.

Hace algunos meses se presentó el documental *La educación prohibida*, que tiene una postura muy crítica con la escuela tradicional, con los docentes y con el sistema educativo en general. Si bien, para mi gusto, la película no llega a problematizar el tema con buena puntería, todo lo que rodea al proyecto sigue siendo interesante. Es el primer documental argentino financiado de manera colectiva (crowdfunding) y compartido bajo una licencia Creative Commons. Está hecho por un pibe de veinticuatro años, Germán Doin, que cuando comenzó a filmar las primeras entrevistas tenía apenas veintiuno. Primero solo y su alma, después con el apoyo de su mujer y de un par de amigos que lo acompañaron, como quijotes, hasta el final del viaje. A través de un tráiler de la película —y desde la web educacionprohibida.com— Germán consiguió convencer a setecientas cuatro personas para que se convirtieran en coproductoras y logró recaudar sesenta y dos mil setecientos dólares con los que terminó financiando la obra. Viajó por Latinoamérica y España, visitó cuarenta y cinco experiencias educativas no convencionales y realizó más de noventa entrevistas. Después improvisó una sala de montaje en el garage de su casa de Longchamps y se sentó a editar pacientemente todo el material filmado, hasta convertirlo en una película de casi dos horas y media de duración.

Con María, mi mujer, estuvimos en el estreno oficial, invitados por Germán y su equipo. Fue el trece de agosto pasado, en Buenos Aires. Ese mismo día *La educación prohibida* se estaba exhibiendo en ciento cincuenta y una salas independientes de América y de Europa, y en total había convocado a dieciocho mil espectadores. Mientras escribo este artículo, el documental suma seiscientas cincuenta exhibiciones en unos veinte países, además de cuatrocientas mil descargas y casi cuatro millones de reproducciones en internet. Un fenómeno absoluto que ni la última de *Batman*, con su apabullante campaña publicitaria, fue capaz de ensombrecer. Y todo para una película que, si bien para mi gusto no termina de acertar con el planteo, tampoco se propone revelar al mundo las tablas de Moisés. Su objetivo, por el contrario, es promover "el desarrollo de una educación integral centrada en el amor, el respeto, la libertad y el aprendizaje", reflexionar sobre el modelo de escuela tradicional, generar debate. Lo consiguió, digamos, con creces. Y desde el día de su estreno viene levantando una intensa polvareda.

Muchos salieron a criticarla con los tapones de punta, entre ellos los responsables del Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (Cippec), la voz del sector público que, no sin razón, se sintió directamente afectado por el planteo de Doin. En el blog del organismo oficial (la nota no la firma nadie), el Cippec argumenta que la película, además de pasar por alto las "inmensas transformaciones que vivió la escuela pública en nuestros países, abriéndose, democratizándose y generando diversos espacios de aprendizaje", la ofende y la degrada. "Sus ataques decididos sobre la escuela y los docentes 'tradicionales' no dejan de redundar en cierta consonancia con los ideales libertarios antiestado", agrega el posteo.

En una columna de opinión escrita en el diario *Página/12*, Sergio Rascovan, autor de varios libros sobre el tema, se encarga de poner paños fríos y cambia la apuesta. Dice que el documental es un "nuevo hito" en el viejo debate sobre educación y prácticas institucionales, y sostiene que "las variadas experiencias que se muestran junto a los testimonios de especialistas resultan interesantes para configurar una educación de tipo humanista, creativa, subjetivante. Si algo resulta claro y relativamente consensuado en la actualidad es que el dispositivo escolar no responde —hoy— a las nuevas demandas y, por lo tanto, debe ser urgentemente revisado, reformado, recreado".

Está claro por qué la caracterización que la película hace de la escuela pública como opresora, industrial y disciplinaria (al mejor estilo "Hey, teachers: leave them kids alone!") haya enervado a algunos y espantado a quienes, como yo, esperaban otra clase de síntesis, si se quiere, como argumento. Pero también es cierto que aparecen en el documental muchos de los planteos que con María nos venimos haciendo desde hace tiempo, sobre todo desde que nuestros hijos alcanzaron la edad escolar, y que nos siguen inquietando: ¿por qué la educación se basa en un sistema competitivo con premios y castigos? ¿Qué pasa con el

trabajo en equipo? ¿Por qué a las escuelas les interesa tan poco la creatividad? ¿Por qué insisten en la repetición de conceptos y de fórmulas? ¿Y por qué, al escolarizarse, la educación se alejó de la naturaleza? Ni hablar de los horarios estrictos, de la incómoda estructura verticalista. ¿Dónde quedaron proyectos como la escuela activa de Piaget y todas esas experiencias revolucionarias que surgieron a principios del siglo veinte? ¿Por qué en la escuela tradicional los protagonistas no son los chicos sino el contenido? Y sobre todo: ¿por qué nadie, en la escuela primaria a la que fui, se dio cuenta de que yo era miope?

Hace un par de días volví a ver la famosa conferencia de Ken Robinson, "Las escuelas matan la creatividad" (la charla TED más vista y viralizada hasta el momento), en la que el gurú mundial de la creatividad cuenta que los sistemas educativos fueron creados hace dos siglos para responder a las necesidades de la revolución industrial, y que por lo tanto son obsoletos y anacrónicos. Los desafíos cambiaron, sostiene Ken, pero la educación no se enteró de nada y siguió repitiendo su viejo, arqueológico y oxidado modelo basado en la producción.

La educación prohibida nos recuerda que la escuela, tal como la conocemos hoy, en realidad se originó en Prusia a finales del siglo dieciocho y principios del diecinueve, y afirma que sus raíces estructurales deben rastrearse en el autoritarismo espartano. "Los test estandarizados, la división de edades, las clases obligatorias, las currículas desvinculadas de la realidad, el sistema de premios y castigos, los horarios estrictos, el encierro y la separación de la comunidad, la estructura verticalista. Todo esto sigue siendo parte de la escuela del siglo veintiuno", argumenta.

Yo fui a una escuela pública, la Normal de Mercedes. Las escuelas normales, creadas en Francia y después propagadas por el mundo, brotaron en Argentina durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento, unos cien años antes de que mi miopía y yo empezáramos primer grado. No me extraña —ahora mucho menos— que normalizar haya sido la palabra elegida en aquel momento de la historia para educar al soberano. Eran otros tiempos. Había que construir un país, había que ganarle kilómetros al desierto, había que proveer de trabajadores a una industria incipiente, había que consolidar los mitos nacionales. Había que hacer una cantidad de cosas que —de solo pensarlas— me dan muchísima pereza. Pero normalizar a la ciudadanía, hay que reconocerlo, suena a película de ciencia ficción: el nombre de un plan tan siniestro que no necesitaba ocultarse bajo ningún eufemismo. Nosotros, los normalistas, vendríamos a ser el resultado de ese proyecto.

Para ser justos también hubo gente en el normalismo (y en particular en el normalismo mercedino, lo digo con cierto orgullo) que hizo cosas interesantes. Buscando material para este artículo encontré el caso del profesor Carlos Norberto Vergara, que a fines del siglo diecinueve utilizó la Normal de Mercedes como laboratorio pedagógico para poner en práctica sus extrañas y revolucionarias ideas sobre una educación a la que llamaba "libertaria, antidogmática y espontaneísta". Vergara fue un adelantado: creó una comunidad educativa sin programas, reglamentos ni horarios, y además borró los límites entre la escuela primaria y la secundaria.

¿Cómo habrán caído los experimentos de este maestro chiflado en la conservadora comunidad mercedina de entonces? Parece un sueño surrealista, un viaje lisérgico entre los anillos del túnel del tiempo. Sobre todo si pensamos que la escuela Normal de Vergara —el edificio de la Avenida 29— fue la misma escuela en la que, casi un siglo más tarde, nosotros saludábamos de pie a las autoridades, repetíamos las lecciones de memoria y una vez en casa, después de almorzar, rematábamos lo aprendido en el aula con la ayuda de la revista *Anteojito*.

Al parecer Vergara no fue el único en proponer dentro de la escuela tradicional una metodología innovadora, ni su apuesta pedagógica fue una experiencia aislada. *La educación prohibida* cuenta que a principios del siglo veinte surgieron movimientos educativos transformadores en distintas partes del mundo, "concentrados en la acción, la libertad del niño y la construcción autónoma del aprendizaje", que replantearon la estructura de la escuela tradicional. ¿Pero qué fue de esas experiencias? ¿Por qué nuestras escuelas siguen siendo tan normales? El documental aporta un dato: a mediados del siglo veinte, nos dice, tras la expansión de los estados totalitarios, las ideas transformadoras en educación fueron cediendo terreno hasta desaparecer. En ese caso La Normal de Vergara —aquella escuela imposible en la que los alumnos decidían lo que querían aprender y los exámenes no existían—, también se adelantó a su propia extinción: finalizó por decreto oficial el 7 de junio de 1890, cuando la

escuela fue intervenida por un inspector ciruela y el educador apartado de su cargo. Vergara murió en 1929. Hoy nadie, o casi nadie, habla de él.

"Como profesor mucha gente me pregunta '¿cuál es la mejor escuela?' —dice en el documental William Rodríguez, del Instituto Popular de Cultura de Cali—. Y yo simplemente le digo: 'Miren, donde hay amor, hay respeto, y donde hay respeto existe la posibilidad de crear, porque hay diálogo'. Entonces es una institución donde se pueda realmente amar al otro, y amar quiere decir aceptarlo en su diferencia. Muchas de estas propuestas pedagógicas se iniciaron allí, y desde allí construyeron una discursividad muy coherente. Pero a mi modo de ver cometieron un error muy común en nosotros, los seres humanos: creyeron que habían encontrado la verdad."

Es un dato para tener en cuenta. Así como Juan Villoro dice que el negocio de la pésima educación también trae el negocio de las presuntas soluciones, a veces las experiencias pedagógicas alternativas corren el riesgo de creerse alumbradas por una luz especial, quedar encerradas en su verdad y luego dogmatizarse, la peor maldición que puede caer sobre cualquier práctica educativa que pretenda ser liberadora. Carlos Wernicke, de la Fundación Holismo de Argentina, agrega su parte: "Lo importante no es inventar otra pedagogía, y otra, y otra, sino adecuar la pedagogía al momento cultural, a ese grupo de niños, a ese grupo de docentes".

Sea como sea, en la actualidad existen varias alternativas a la educación tradicional, entre ellas las pedagogías Waldorf y Montessori, dos experiencias que, por otro lado, lograron sobrevivir a las persecuciones de gobiernos totalitarios. En la Alemania nazi las escuelas Waldorf fueron prohibidas y reabiertas después de la Segunda Guerra Mundial, y en la Italia de Benito Mussolini las escuelas Montessori corrieron la misma suerte. Esto sucedió cuando María Montessori, la creadora del famoso método de enseñanza, acusó al Duce de estar formando "a la juventud según sus moldes brutales" para convertirlos en "pequeños soldados". No en vano el último 31 de agosto, a ciento cuarenta años de su nacimiento, Google le dedicó a la pedagoga italiana uno de sus doodles más entrañables.

El método Montessori apela a la autonomía de los chicos a través de la iniciativa personal, la

voluntad y la capacidad de elegir. En el aula el maestro no es el que domina la escena: observa, guía y adapta el entorno de aprendizaje al nivel de desarrollo de cada alumno. Lo sé bien porque este año mi hija Julia empezó cuarto grado en una escuela Montessori y avanza tranquilamente a su ritmo, sin presiones.

Hace un par de meses invitaron a los padres, por turnos, a presenciar una clase. Fui con María y nos sentamos a observar en silencio. Julia y otras nenas, de cuclillas en el piso, recortaban hojas con las que después iban a hacer un libro. Otros chicos, también en grupo, trabajaban en distintas actividades. El aula era un lugar amplio y luminoso, y por todos lados había elementos como los que mostraba el garabato de Google: cubos desarmables, ábacos planos, aros, lápices, cajas de colores. También había una computadora a la que, de vez en cuando, los chicos se acercaban para consultar algo. Y las maestras, dos por clase, se desplazaban de un grupo a otro con tranquilidad y hablaban con voz suave. No había pizarrón. No había chicos miopes. Salí contento. Solo una cosa le comenté a María cuando nos íbamos: el edificio, por dentro, me había parecido un bloque de cemento, como cualquier escuela sin gracia. Y ambos coincidimos en que Lucio, nuestro hijo de doce años, no soportaría dos segundos en una escuela como esa, sin una cancha de fútbol para potrear en los recreos. Porque a cualquier escuela a la que Lucio vaya, lo tenemos muy claro, se tiene que poder jugar al fútbol a cielo abierto.

Por suerte los dos salen felices del colegio y eso es fundamental para nosotros, aunque María, probablemente porque viene de una familia de educadores, esté más atenta que yo a las cuestiones pedagógicas. Su madre, Kela, se recibió de maestra y eligió enseñar en una escuela de campo, a kilómetros de su casa. Tenía una vocación muy fuerte, preparaba con paciencia sus clases y trabajaba con imaginación. Para explicar fracciones, por ejemplo, preparaba una torta grande de chocolate y la llevaba a la escuela. Los chicos aprendían rápido a distinguir la diferencia entre un medio y un octavo porque de eso dependía lo que después se iban a repartir en el desayuno. Su padre Raúl era profesor de Bellas Artes. Cada vez que podía daba clases en el patio o trasladaba el aula a la plaza del pueblo, pero siempre buscaba excusas para sacar a sus alumnos del encierro escolar. El abuelo Federico enseñaba francés, historia, literatura y lo que hiciera falta en la escuela Normal de Luján, y la abuela Adela fundó uno de los primeros jardines de infantes de la Argentina, además de escribir varios libros y hasta una enciclopedia sobre educación. Sin embargo María, de chica, odiaba ir a la escuela. No le gustaba pasar cinco horas en un pupitre, estudiar el aparato digestivo de memoria, rendir exámenes y que la llamaran por el apellido y no por el nombre.

Para ella la educación ideal funcionaba en su casa, porque en su familia estaban los mejores maestros del mundo y la escuela era una interrupción de las horas felices. Por eso cuando nacieron nuestros hijos —yo por mi miopía, ella por sus cosas—, nos interesamos en buscar alternativas a la educación tradicional. Intentamos trabajar con un grupo de padres en un jardín Waldorf que acababa de fundarse, pero la experiencia no resultó. Yo no estaba de acuerdo con casi nadie y cuando me vi discutiendo a gritos con un señor que no estaba dispuesto a dialogar dije basta y me fui dando un portazo. María duró más tiempo, pero también se terminó alejando del proyecto. Y a otros padres les terminó pasando lo mismo. Poco después el grupo disidente comenzó a trabajar en la creación de un nuevo espacio educativo, pero mientras eso sucedía nosotros ya estábamos planeando cruzar el océano para mudarnos a un tranquilo pueblo catalán, con trabajo y vida nueva.

Llegamos al bucólico pueblo de Sant Celoni a finales de 2008, poco antes de que comenzaran las vacaciones de invierno, y nos quedamos allí hasta noviembre de 2011. Mis hijos entraron a una escuela del Estado: se llamaba Josep Pallerola I Roca y estaba al pie de una montaña. Esto fue lo primero que nos gustó del lugar. Yo no conocía nada del sistema educativo catalán. Lo único que sabía era que en Cataluña funcionaba uno de los mejores y más sofisticados laboratorios académicos del mundo: la Masía del Barça, el centro de formación de las categorías inferiores del mejor club del universo, la maravillosa fábrica de sueños blaugrana. En Orsai N10 el periodista Simon Kuper revela algunos detalles de su funcionamiento, pero nadie sabe a ciencia cierta qué cosas pasan allí dentro, cuál es la fórmula secreta capaz de enseñar a los jugadores qué hacer con la pelota antes de que esta llegue a sus pies. Siempre imaginé a la Masía del Barça como el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería, una es-

cuela formadora de magos en la que el pequeño y humilde Lionel Messi es, en realidad, Harry Potter de la casa Gryffindor; Draco Malfoy, Cristiano Ronaldo y el innombrable Lord Voldemort, claro, José Mourinho.

Al llegar a Cataluña comprobamos que la currícula de la escuela Pallerola estaba organizada como en Argentina: en primer lugar matemática y lengua, en este caso lengua catalana, después humanidades y en el subsuelo todas las actividades que tuvieran que ver con el arte (y con el idioma español). Como dice Ken Robinson, esta división estructural no es patrimonio de ningún país en particular, sino que se repite en la mayoría de los lugares a los que viajemos. A medida que los niños crecen, esto también lo dice Robinson, cada vez con mayor énfasis los vamos educando de la cintura hacia arriba. Luego apuntamos directo a sus cabezas y allí nos quedamos a vivir para siempre.

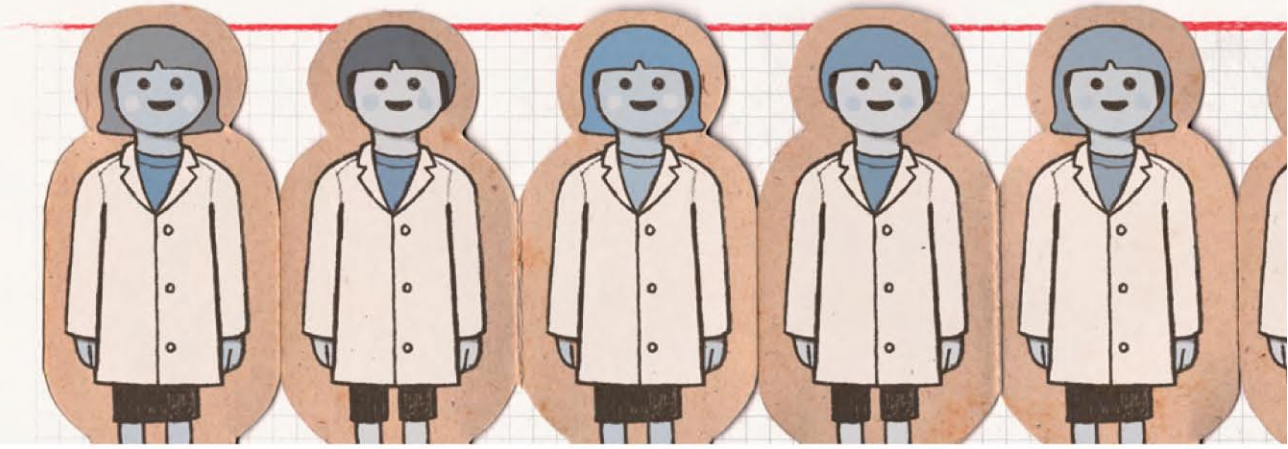
El Pallerola —con ese nombre la reconocen en el pueblo— no estaba considerada entre las mejores escuelas de Sant Celoni. Había otras más "importantes" o con "mejor reputación": el colegio Cor De Maria, por ejemplo, o el siempre tradicional colegio La Salle. Aunque en sus aulas había muchos chicos catalanes, y en los últimos años cada vez más, para ciertos vecinos del lugar el Pallerola seguía siendo la escuela a la que iban los hijos de los inmigrantes. Una buena escuela, seguramente, pero no la que ellos elegirían para enviar a sus niños. Estas cosas pasan en todos lados, con la particularidad, en este caso, de que el Pallerola era una de las mejores escuelas del pueblo.

A nosotros nos gustó de entrada, sobre todo porque había maestros comprometidos con su trabajo y una comunidad de padres muy activa que organizaba fiestas, reciclaba libros, montaba ferias y realizaba la fideuá anual, un colosal banquete para multitudes. Mi mujer enseguida se sumó al grupo y se hizo amiga de todo el mundo. Y al poco tiempo conocimos a Manoli, la maestra con la vocación docente más genuina y noble que vi en mi vida. Manoli enseñaba en quinto B del Pallerola y sus dos niños varones, David y Víctor, eran compañeros de curso de Lucio y Julia. Nos hicimos amigos enseguida. También de Emilio, su marido. Cada tanto nos juntábamos a comer y siempre terminábamos hablando sobre educación. Manoli nos contaba sus experiencias, cómo veía la escuela, de qué manera ella creía que las cosas podían mejorar. A veces también nos confesaba sus angustias, sus peleas diarias, sus pequeñas batallas perdidas. Pero al día siguiente, como todas las mañanas, se levantaba sonriente, volvía a la escuela y entre las cuatro paredes del aula, con las ventanas mirando al Montseny, trataba de cambiar el mundo.

Una tarde, a la salida de la escuela, me pidió si no la podía ayudar con un proyecto en el que ya había empezado a trabajar. Le había propuesto a sus alumnos filmar una pequeña película muda y vivir a lo largo del año la experiencia de hacer un film, desde la concepción de la idea hasta llegar al rodaje y a la edición final, pasando por todos los puntos intermedios de una verdadera producción cinematográfica. Sus alumnos se entusiasmaron enseguida y rápidamente coincidieron en lo que querían filmar: una película de zombis. Se pusieron a trabajar en el argumento y en un par de semanas lo tuvieron listo, pero ahora se encontraban en una encrucijada porque no tenían idea de cómo trasladar esa historia al lenguaje cinematográfico. Y como Manoli sabía que yo estaba escribiendo guiones me pidió si los podía ayudar. Le dije que sí (yo que nunca había enseñado nada en mi vida), y a los pocos días estaba dando clases de guion a unos chicos de diez años de un colegio catalán: un situación, digamos, que jamás me hubiera imaginado.

En un par de clases trasladamos el argumento a formato guion y durante los seis meses siguientes los chicos hicieron un taller de maquillaje, investigaron sobre la historia del cine, armaron el vestuario, ensayaron la coreografía de *Thriller* de Michael Jackson (recordemos que se trataba de una película de zombis) y luego, entre todos, planificamos detalladamente el rodaje, que duró un día entero, desde la mañana hasta el atardecer, y que vivimos con la alegría de una vendimia. Cuando la película estuvo terminada la subimos a internet y después la presentamos en un teatro de Sant Celoni. La película se llama *Escola de zombies*, dura catorce minutos y medio, es nuestra crítica al sistema escolar de occidente y fue hecha desde las entrañas mismas del leviatán, con guion original de los chicos del Pallerola.

Durante el tiempo que ayudamos a Manoli a concretar su proyecto pudimos ver de cerca cómo el proceso de hacer la película, el trabajo en equipo, el entusiasmo por ver la forma en la que algo tan abstracto como una idea poco a poco se iba convirtiendo en realidad, había modificado a los chicos. Fuimos testigos del ánimo con el que habían empezado el año escolar y de qué manera lo estaban terminando: felices. La experiencia también fue transformadora para nosotros y para nuestros hijos,



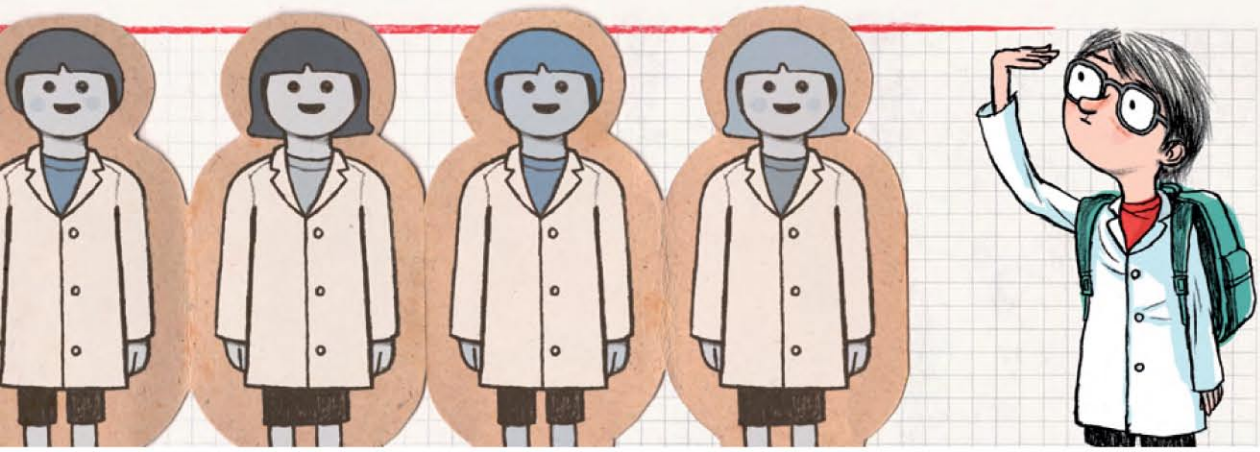
que por supuesto integraron el elenco como actores invitados. Conocer a Manoli me sirvió para confirmar que el maestro de vocación tiene una especie de juramento hipocrático con su profesión, y que así como un docente rutinario, administrativo y torpe puede causar muchísimo daño, otros pueden cambiar la vida de alguien para siempre.

En el libro *Lecciones de los maestros*, George Steiner (no confundir con Rudolph) escribe un par de párrafos que para mí lo resumen todo. "Enseñar con seriedad es poner las manos en lo que tiene de más vital un ser humano —dice Steiner—. Es buscar acceso a la carne viva, a lo más íntimo de la integridad de un niño o de un adulto. Un Maestro invade, irrumpe, puede arrasar con el fin de limpiar y reconstruir. Una enseñanza deficiente, una rutina pedagógica, un estilo de instrucción que, conscientemente o no, sea cínico en sus metas meramente utilitarias, son destructivas. Arrancan de raíz la esperanza. La mala enseñanza es, casi literalmente, asesina y, metafóricamente, un pecado. Disminuye al alumno, reduce a la gris inanidad el motivo que se presenta. Instila en la sensibilidad del niño o del adulto el más corrosivo de los ácidos, el aburrimiento, el gas metano del hastío. Millones de personas han matado las matemáticas, la poesía, el pensamiento lógico con una enseñanza muerta y la vengativa mediocridad, acaso subconsciente, de unos pedagogos frustrados. Las estampas de Molière son implacables."

"La antienseñanza, estadísticamente, está cerca de ser la norma —agrega—. Los buenos profesores, los que prenden fuego en las almas nacientes de sus alumnos, son tal vez más escasos que los artistas virtuosos o lo sabios. Los maestros de escuela que forman el alma y el cuerpo, que saben lo que está en juego, que son conscientes de la interpelación de confianza y vulnerabilidad, de la fusión orgánica de responsabilidad y respuesta (lo que yo llamaría 'respuestabilidad' [answerability]) son alarmantemente pocos. Ovidio nos recuerda que 'no hay mayor maravilla'. En realidad, como sabemos, la mayoría de aquellos a quienes confiamos a nuestros hijos en la enseñanza secundaria, a quienes acudimos en busca de guía y ejemplo, son unos sepultureros más o menos afables. Se esfuerzan en rebajar a sus alumnos a su propio nivel de faena mediocre. No 'abren Delfos' sino que lo cierran".

Hay una frase que dice uno de los maestros entrevistados en el documental: "Puedo echarle la culpa al régimen, puedo echarle la culpa al Ministerio, pero en el aula yo puedo hacer la gran revolución". Creo que la discusión puede avanzar en diferentes direcciones: ¿es posible mejorar el sistema educativo? ¿Hay que extirparlo de raíz y suplantarlo por otro? Pero mientras esto sucede, mientras todos hablamos a la vez y tratamos de dar nuestra opinión, en las cuatro paredes del aula el maestro ya tiene en sus manos la única respuesta que necesita para que su trabajo tenga sentido: despertar la vocación de los chicos, instalarles una pasión en el camino. Lo sé: puede sonar utópico. Pero justamente por eso me sumo a los que piensan que la escuela tradicional necesita una revolución. Más allá del esfuerzo individual de muchos docentes, de las reformas educativas o de las discusiones ministeriales, el problema central del sistema educativo, tal como ha sido planteado, es que no fue pensado para despertar la vocación de nadie. ¿Quién sale de la escuela sabiendo de verdad qué quiere ser, a qué quiere dedicar su vida?

Uno de los aciertos de *La educación prohibida* es haber demostrado que hay muchísima gente interesada en debatir sobre educación. Personas que antes estaban dispersas, discutiendo en grupos cerrados, tratando de fundar —a pulmón— escuelas alternativas, quejándose de la educación pública o incluso defendiéndola de los ataques, de pronto



tuvieron un motivo para hablar con otros, discutir y en algunos casos reencontrarse. La película creó un escenario para el debate. Ese es uno de sus méritos: haber sembrado un amplio terreno para la discusión. Otro es la idea de organizar la información dispersa sobre educación no convencional a través de la Red de Educación Viva (Reevo), que ya está online y que cuenta con un centro de contenidos y una incubadora de proyectos. Y otro más es el propósito de liberar el material completo de las noventa entrevistas realizadas, no solo para que se puedan consultar íntegras en la web, sino para que quien quiera hacerlo pueda editar su propia versión del documental. *La educación prohibida* es apenas el puntapié inicial de un proyecto que pretende ser más grande y, sobre todo, de construcción colectiva.

A Germán Doin —su director— la escuela tradicional le abrió los ojos y le permitió sobreponerse a la experiencia para luego contarla; en mi caso creo que pude sobrevivir en el mundo de la educación pública gracias a la miopía. Que todo lo que me rodeara estuviera fuera de foco me ayudó a atenuar los efectos del aula, me brindó una educación paralela, un poco personal, distorsionada, pero al menos diferente; la miopía, y haber tenido de compañero al director de esta revista, fueron mi escuela alternativa.

Con Hernán fundamos una educación paralela. Las primeras revistas que editamos, a máquina de escribir y con dibujos calcados, las hicimos en la escuela primaria y las distribuimos, gratuitamente, entre los compañeros de clase. Nuestros primeros textos en colaboración, los primeros guiones, las letras de nuestras grandes obras musicales (que todavía cantamos a dúo y con guitarra) fueron hechas entre pupitre y pupitre, mientras los docentes hablaban de otra cosa. También, en horas de clase, producíamos nuestro programa de radio, escribíamos cartas de una ciudad imaginaria que se llamaba Churisbia y nos divertíamos como dos salvajes, hasta que sonaba el timbre de salida y el día había pasado sin que nos hubiéramos enterado de nada.

Hernán y yo jamás nos hicimos la rata. No tenía sentido. Tenías que estar dando vueltas de incógnito por la ciudad o muriéndote de frío en el Parque Municipal, con la cabeza ocupada en que no te descubrieran, cuando en la escuela al menos te abrigaba una estufa a kerosene y esas preocupaciones no existían; además, con todas las cosas que teníamos que hacer, no nos podíamos dar ese lujo. A partir de tercer año empezamos a llevar libros y en las horas muertas nos poníamos a leer en clase. Los profesores lo entendieron y no nos molestaron. Preferían esos momentos en que estábamos ausentes, anestesiados para ellos, que cuando nos reíamos a los gritos. Herman Hesse, Unamuno, Bioy Casares: nunca leí tanto como en esa época. Y además recuerdo que leía con un grado de concentración excepcional que el aula, misteriosamente, propiciaba.

En la secundaria no claudiqué: seguí sin usar anteojos, pero hubo una docente atenta que desbarató la farsa, se llamaba la Goga Siri y era profesora de matemática. Un día citó a mi madre y le dijo, literalmente: "señora, su hijo no ve nada". Esa misma tarde mi madre me llevó al oculista y, ante su asombro, la verdadera magnitud de mis dioptrías negativas se manifestó en todo su esplendor. Al día siguiente el señor de la óptica no dejó que eligiera el marco menos horrible, porque su armazón era demasiado fino para sostener el tamaño de los vidrios que necesitaba. En cambio me dejó llevar otros, estilo Woody Allen, que se ajustaban mejor. Los famosos "culo de botella". Nunca voy a olvidar la primera vez que me los puse. El mundo, de pronto, me pareció un lugar demasiado nítido y menos interesante. Tal vez por eso, hasta que terminé la secundaria, aquellos anteojos adolescentes jamás abandonaron mi mesa de luz. Después me mudé a Buenos Aires y entonces empezó otra educación. ◣

NO TENGO BLOG

¡NO ES CULPA DE NADIE!

MANEL F.

En la escuela de mis hijos, unos niños juegan a las CANICAS. Y esto solo puede significar una cosa:

HOY, AHORA, EN ALGUNA PARTE DEL MUNDO, ALGUIEN SE GANA LA VIDA...

¡FABRICANDO CANICAS!

A causa de su belleza TONTA PERO CONTINUA, en las fábricas de canicas hay avisos para que los trabajadores no se metan alguna de ellas en el bolsillo, tal es su PODER FASCINANTE.

Uno puede ser guía de la Catedral de Barcelona, del Coliseo o del mismísimo TAJ MAHAL, y acabar acostumbrándose a su RUTINARIA BELLEZA...

El operario de una FÁBRICA DE CANICAS se ve sorprendido CADA MAÑANA por el brillo trémulo, casi INVOLUNTARIO, de las bolitas en formación...

¿RESULTADO? UN AVISO COMO ESTE CADA **20** METROS. ALGO ASÍ SOLO SE HABÍA VISTO...

PRECAUCIÓN

EL BRILLO IRRACIONAL DE LAS CANICAS PODRÍA LLEVARLE A METERSE EN EL BOLSILLO ALGUNA DE ELLAS

CUALQUIER GESTO EN ESTE SENTIDO SERÁ PERSEGUIDO

...¡EN LAS MINAS DE DIAMANTES Y EN CIERTAS PASTELERÍAS DE **MÉXICO D.F.**!

¡Parece mentira...!

Cuando el mercado de la canica se estanca, el fabricante viaja con su helicóptero, que posa en el techo de varias escuelas elegidas al azar...

¡El ruido característico de la bolita rodando por el piso superior devuelve el *CONCEPTUM CANICA* al primer plano del imaginario infantil!

...ROLO-ROLO-ROLO-ROLO-ROLO-ROLO-ROLO-ROLO-ROLO...

...¡C-A-N-I-C-A-S!

(Hubo que desvelar este secreto a instancias de la INTERNACIONAL JUGUETERA que acusaba, envidiosa, a la industria de la canica de repartir sus productos a las puertas de las escuelas...)

CUANDO MUERE UN HIJOPUTA...

...en España, por televisión, lo normal es decir esto:

Si hoy muriera Adolf Hitler, en España, por televisión, dirían:

MURIÓ EN SU BUNKER DE BERLIN EL POLÉMICO ADOLFO HITLER...

NO LO DUDEN

"...Las he pasado negras para hacerle aceptar una botella de viejo licor Chartreuse que guardaba para una gran ocasión"...

G. Simenon
"LAS VACACIONES DE MAIGRET"

Maestros y piratas

Es cierto que la educación no cambió nada —le digo a Chiri—: ¿no viste que en la escuela de los hijos de Fontdevila los chicos todavía juegan a las bolitas?

—¡Qué inocencia más pura! —me dice—. *La educación prohibida* también transmite esa inocencia, pero a la vez deja muchos flancos abiertos para la crítica; es fácil entrarle directo a la yugular, ¿no?

—Sí, una pena.

—¿Pero te imaginás nosotros a los veintiún años con una cámara y viajando por Latinoamérica? —me pregunta Chiri, intrigado—. ¿Qué habríamos hecho?

—Habríamos ido a buscar hongos por la cordillera, esas cosas. Pero nada productivo.

—¿Para después terminar como Gastón Pauls hablando con un árbol? ¿O escribiéndole una oda a la higuera como Juana de Ibarbourou? No creo. A propósito —susurra Chiri—: Gastón Pauls aparece en las dramatizaciones de *La educación prohibida*, hace de profesor. ¿Lo viste?

—Sí, lo vi. Pero te tengo dicho que no nombres a Gastón Pauls en la misma revista en la que aparece Carolina Aguirre. No se puede. Está prohibido.

—¡Acá lo único que está prohibida es la educación! —se enoja Chiri.

—¿Por qué está prohibida la educación?

—No me preguntes a mí: no tengo idea.

—Volviendo al tema de nuestra sobremesa —le digo—, me acuerdo de un texto de García Márquez sobre educación que se llama "Manual para ser niño". ¿Te acordás? Lo escribió a partir de una encuesta que se hizo en Colombia entre alumnos y profesores.

—¿Qué dice?

—Dice que para un pibe con vocación artística es complicado encontrar cauce en la escuela tradicional, y que probablemente ni siquiera descubra que tenía una vocación, que era bueno en algo. De ahí la importancia fundamental de que los maestros generen condiciones favorables para que los chicos puedan encontrarse con *quiénes* son de verdad.

—Como hizo el maestro don Alfredo con Fabián.

—Eso mismo. Te leo una parte de las reflexiones del Gabo: "Nadie enseña a escribir, salvo los buenos libros, leídos con la aptitud y la vocación alertas. La experiencia de trabajo es lo poco que un escritor consagrado puede transmitir a los aprendices si estos tienen todavía un mínimo de humildad para creer que alguien puede saber más que ellos. Para eso no haría falta una universidad, sino talleres prácticos y participativos, donde escritores artesanos discutan con los alumnos la carpintería del oficio (…). Y sin exámenes ni diplomas ni nada. Que la vida decida quién sirve y quién no sirve, como de todos modos ocurre". Qué maestro, ¿no?

—Un campeón. Lo que dice el Gabo automáticamente me hace pensar en David Eggers —me dice—. ¿Lo tenés?

—Sí. Es ese escritor yanqui que a la vez edita las revistas *The Believer* y *McSweeney's*.

—Bueno. Este muchacho creó "826 Valencia": un laboratorio de escritura para chicos que van a las escuelas públicas del barrio donde está la editorial. Los pibes reciben clases extraescolares de escritura creativa, y los maestros son voluntarios y gente del equipo de Eggers. El primero de estos laboratorios abrió en San Francisco. Y ya se expandió a otras seis ciudades de los Estados Unidos. El proyecto se sostiene con la venta de artículos para piratas: botellas para mandar mensajes, barriles de pólvora, píldoras contra el mal de mar, ungüentos para atraer o repeler a las sirenas y parches, además de libros y revistas que produce la editorial. Tenés que ver su charla TED de 2008, se te caen las lágrimas.

—¿Vos sabías que Tolstoi fundó una escuela?

—No.

—Era una escuela gratuita en la que los alumnos entraban y salían cuando se les antojaba —le digo—. No llevaban nada para escribir, iban con las manos libres. Era una escuela abierta a todo el mundo, sin horarios ni programas ni disciplina. Tampoco premios o castigos. Y sin exámenes. Una de las primeras experiencias de escuela libertaria y antirrepresiva.

—¿Y qué aprendían?

—De todo: gramática y carpintería, canto, historia, gimnasia, dibujo, composición. La idea era que los chicos se convirtieran en personas libres, autónomas, cultas y felices. Una escuela alternativa.

—¿Y? —me pregunta—. ¿Cómo le fue?

—Se la cerraron. ◣

SAURON

SIR SAURON

HIPSTER SAURON

LOLITA SAURON

LENNON SAURON

SAURON POTTER

TOP GUN SAURON

GRANDPA SAURON

X-SAURON

SAURON

ONE-EYEWEAR FASHION

ARQUETIPOS DEL TURISTA ARGENTINO

Los hermanos Jorge y Miguel (uno conocido como Jorge Repiso, y el otro como Miguel Rep) unen sus plumas en Orsai para diseccionar al ser nacional que sale de vacaciones. Un recorrido en donde el ocio se separa del negocio, pero no demasiado. No sea cosa que se rompa el cordón umbilical.

Por **Jorge Repiso**

Ilustra **Miguel Rep**

¿A eso le llaman despejarse?

No pierda la ocasión. Catorce días, avión, traslados y media pensión al paraíso por diez mil pesos. El matrimonio acaba de leer el aviso en el suplemento de turismo del domingo y se excita. Son las diez de la noche y hasta el lunes, cuando la agencia del barrio abra sus puertas, va a parecer una eternidad. Ambos dan vueltas y vueltas en la cama, insomnio mezclado con la pesadilla de no pescar la oportunidad. Elaboran planes alternativos y se preguntan dónde estará la trampa. El momento llega y la pareja ingresa a un negocio que está casi desierto. Con una sonrisa y desde su box, la joven vendedora asegura que serán los segundos clientes de la mañana. Ellos reservan el paquete, se miran incrédulos y salen conformes. El primer acceso de estrés prevacaciones les da la bienvenida.

Aquí se queda tu aliento

Los argentinos bienintencionados vuelven de Cuba con un bagaje de conocimientos e inquietudes sociales. Traen datos sobre la revolución, descubren a un tal Camilo Cienfuegos, el rodar de los autos viejos y las carencias siempre dignas de los habitantes de la isla. Después de una breve estadía en La Habana arriban a la aduana de Ezeiza graduados en igualdad y solidaridad. Sobre diez días, siete transcurrieron en un resort de Varadero o de algún cayo. Al regreso y en cena con amigos exponen la experiencia entusiasmados y, con algo de culpa, reconocen que jamás podrían vivir allí. Los interlocutores sonríen con aceptación y la mesa se distiende. ¿A quién le interesa la falta de jabones o de coches nuevos? Paraíso por siete días y realidad por tres. Mar transparente, servidumbre hotelera y mojitos. Después, un poco de conciencia social. Vacaciones esquizofrénicas.

Portación de identidad

Los alemanes que caminan por todas las geografías pueden ser detectados por portación de cabellera o por los colores de su bandera bordados en la campera militar comprada en una tienda de rezagos. El brasileño, por su extraña combinación de colores y tipos de tela. Sus mujeres, por la cantidad de oro en orejas, muñecas y cuello. Al uruguayo se lo distingue por la sobriedad de sus lanas y algún accesorio de cuero de carpincho. A un yanqui se lo ve por la céntrica calle Reconquista, perdido, sombrero de explorador en invierno y botas con bermudas en verano. Los argentinos son inconfundibles: bulliciosos en terminales y *halls* de aeropuertos, vestidos con la camiseta de la selección nacional. Los más osados sacan la número cinco, toman dos hileras de asientos e improvisan un arco.

Europa les queda grande

Mediados de los noventa, fiesta menemista de los dólares baratos. El aviso en las vidrieras suena tentador: *Viena y ciudades imperiales. Seis días por mil doscientos dólares.* Para Nico y Vivi resulta una ganga y se embarcan en la aventura, ya que quedarse en el país resultaría más caro. La acción posterior transcurre en Praga, ciudad patrimonio de la Humanidad a orillas del río Moldava. Paisajes de postal de una historia que se remonta al siglo IX. "Me aburrí", dice Vivi con cara de fastidio. "Vos quisiste venir acá y no veo shoppings por ningún lado." Como ellos, miles de argentinos sentirán que el mundo les queda chico. Viajarán por nada, sin saber hacia dónde van ni por qué. En Argentina, mientras tanto, a un grupo de familias que disfrutan de las playas de San Clemente se los estudia con la aplicación de un antropólogo.

Distintas maneras de encarar la existencia

Los citadinos de la clase media alta, o clase alta, le apuntan a Miami como a una de sus mayores aspiraciones. Los primeros se conforman con contarles su paseo de compras a otros padres del colegio. Los de condición alta descansan en la playa, toman daiquiris, caminan por la Collins y hacen cálculos. Sueñan con instalarse o hacer negocios allí y varios se embarcan. El hombre de campo con plata no es como el de ciudad, porque no tiene término medio. Si es tiempo de cosecha o de siembra se queda cerquita en algún balneario o playa del partido. Calcula sus gastos con inteligencia práctica y no se endeuda como el de la ciudad, que por lo general quema sus billetes con velocidad. El chacarero con plata tiene más tiempo para pensar. Se queda ahí nomás o se da la gran vida en Europa sin tanta publicidad.

El harén

El señor de pantalón, camisa y zapatillas claras está en alerta. No debe superar los setenta años y aparenta ser un *self made man*. Camina con autosuficiencia, rodeado de sus cuatro mujeres. La mayor, treinta años menor, terminó convirtiéndose en su esposa después de esporádicos encuentros en un bar de la frontera. Queda claro que no son de la misma clase. Las dos menores son sus hijas, adolescentes de edades varias. Hombre y hembras propias se trasladan a la vecina cancha de golf, al patio de juegos, al cine, al comedor al que ingresan con todos los honores de un Sha. El macho pierde el aplomo y la compostura ante las miradas ocasionales de otros hombres. En el fondo, sabe que no podría pasar desapercibido. Sus mujeres cambian ropa y estilo, pasan de la gala al jogging, de lo señorial a la provocación.

El eterno retorno

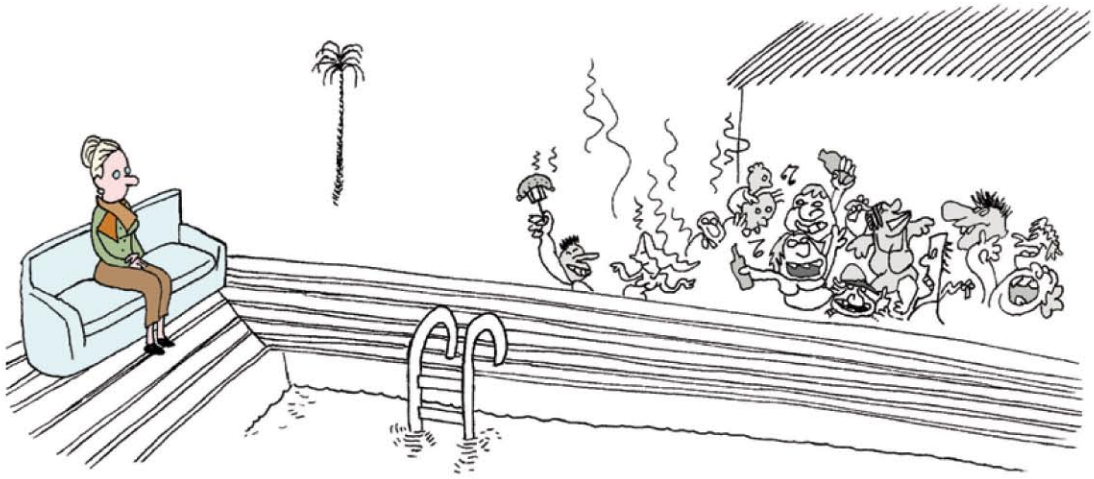
Cortante, la declaración fue dada por un filósofo argentino a una revista de actualidad. *"Jamás me tomé vacaciones. Eso es para gente rutinaria a la que no le gusta su trabajo."* Para el pensador, la mayor parte de los trabajadores argentinos no tiene derecho a aspirar al aire marino, sacarse fotos con un burro serrano, quemarse hasta los pelos en las termas o transitar calles donde la gente habla distinto. Absoluto el juicio emitido por el anciano desde su biblioteca, que puede sonar soberbio y despectivo, pero que hace dudar a quien lo lea. Casi todos los argentinos, sea cual sea su condición económica o social, caen rendidos ante unas buenas o malas vacaciones. Hay que tomar lo que venga: cualquier excusa que los haga escapar aunque sea por un rato. Salir corriendo para después, y estando lejos, añorar el terruño. Y una vez vueltos, planear otra salida.

Rutina, no me dejes

Colonia de vacaciones del gremio. Confort, comida, estacionamiento gratis y juegos para chicos. Pero no todo es bienestar para el colado y el asunto del tedio se vuelve en contra. Nunca un tiburón va a merodear a los bañistas, jamás el juego de la Vuelta al Mundo va a atascarse allá arriba. No habrá ni un instante de incertidumbre en el complejo de cabañas y piletas. Los horarios de las cuatro comidas son innegociables y todos esperan sentados el llamado al engorde. En la colonia le asignarán una mesa que será suya por el tiempo que se quede. Y tendrá que soportar lo malo y lo bueno de la familia vecina. Así de rutinario y de seguro. Todos contentos, activos y jubilados del gremio, descontando días antes de retornar a la vida de siempre.

La grasa de las capitales

Las mujeres del medio no tienen pudor mientras las demás se animan apenas a aplaudir. El verano en Mar del Plata se ve revolucionado por un personaje que, a costa de millones, se dispone a mover el ambiente artístico. Ricardo Fort es un empresario del chocolate y apuesta fuerte para salir del anonimato de toda una vida. Entre las mujeres del medio —ropa comprada en la peatonal y claritos en el pelo— se destaca una. No tiene más de treinta y cinco y se nota que quiere cámara. "Estamos cansadas de que ataquen a Ricky", brama al periodista. A ella se le va el último resquicio de vergüenza y se pone a saltar como una desaforada. Corea el nombre de la nueva estrella y las otras acompañan. Con un poco de suerte, sus vacaciones serán algo diferentes que las de toda una vida.



No, no era lo que suponía

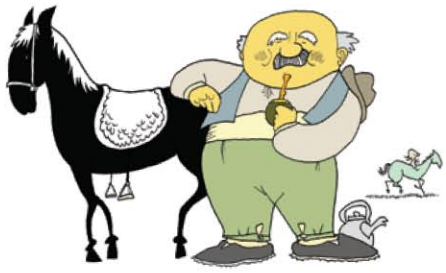
Tantos años de experiencia y viene a pisar el palito. Pobre Dolores, que aceptó con gusto la propuesta pero no supuso tanto populacho. El cinco estrellas con spa sonaba prometedor pero al asomarse al parque, su elegancia y educación chocó de frente contra la molestia de los chicos corriendo y la impertinencia de las señoras calzadas en ropas deportivas. Todo un horror para la vista y los oídos. Al día siguiente, tragó saliva y después de transitar el borde de la piscina y la recepción encontró un *deck* solitario y sobreelevado desde donde sobrellevar el disgusto. Con aplomo, se peinará las canas elegantes y elegirá su mejor ropa. Combinará pantalones beige y verdes con camisas y dos chalinas superpuestas envolverán su cuello como si tanto trapo fuera a protegerla del vulgo.

Dos observaciones, dos

All Inclusive es emborracharse como pavo de navidad a las siete de la tarde. *All Inclusive* es comer cualquier porquería a toda hora, gratis. *All Inclusive* es ingresar al comedor con la panza llena. No, no es un déjà vu: esa rodaja de atún que no se come seguirá siendo cocinada por no haber sido consumida. Combinar sesiones de spa con orgías culinarias es todo un contrasentido. Si un individuo se toma una quincena, los cuatro primeros días le servirán para aclimatarse. Euforia y descanso en partes iguales acontecerán durante otros seis y las jornadas restantes pasarán a gran velocidad entre la amargura del regreso. La mirada descansada y el descenso en la velocidad mental y corporal se irán en una semana para todo quien ejerza un trabajo rutinario. Para el resto, ese estado de bienestar durará tres jornadas hábiles.

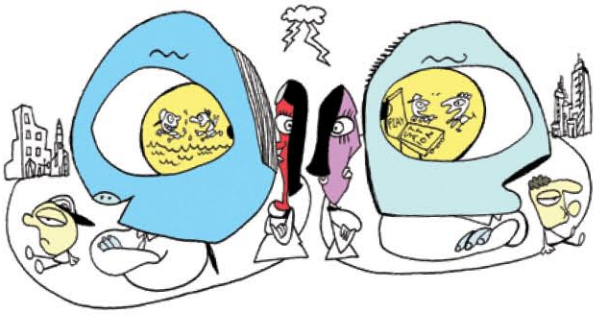
Que no se corte

El argentino vacacionante que no supera los cuarenta y cinco años nunca fracasó. Quizás, para ser aceptado, elude comentar episodios tristes y tropezones cotidianos. Hay excepciones: el que se siente escuchado y una vez en confianza convierte a su interlocutor en un paño de lágrimas. A él le contará su desengaño amoroso con lujo de detalles. A esa pobre víctima al que no deja un minuto le pedirá el número de teléfono. Comparten un último café antes de volver y se lanzan a la carretera. El tránsito va haciéndose pesado en dirección a la ciudad y la ansiedad convierte a los argentinos en seres peligrosos. Los compinches no pueden eludir la regla, aprietan el acelerador y ejecutan maniobras temerarias. Sin darse cuenta, van a sobrepasarse con furia, como si no se conocieran.



Tener mucho con tan poco

Desde que el hotel se inauguró, la tarea de don Coco es la de vivir con caballos, dormir con ellos, cuidarlos y, como baqueano, guiar a los huéspedes por senderos campestres. Las familias se arriman a la alambrada en cada turno de una hora y los chicos deben montar al cuidado de sus papás. Don Coco llama a la base para saber cuántas monturas preparar y su celular no desentona con su parada de auténtico gaucho. El hombre siempre sonríe, y mira a la gente como compadeciéndola. Coco es de pocas palabras aunque de vez en cuando, su parquedad cede paso a la confianza. Lo sorprende una pregunta que contesta con calma: “No, mi amigo. Acá soy feliz nomás y no necesito viajar. Tengo vacaciones todo el año”. El hombre convida otro mate y la luna toma altura por encima del río.



Todo entre nosotros se quebró

Sin especular, el Nene Uno teje una buena relación con el Nene Dos. Los padres del Nene Uno son afables y salen al encuentro de los otros y comentan lo contentos que están. De un lado y de otro, la impresión es buena y hasta coinciden en alguna excursión. Los nenes cuentan las horas para verse y seguir construyendo su propia isla de juegos y coincidencias. Hasta se olvidan del parque y de la Play Station. “Nos vemos en Buenos Aires” es el deseo mutuo y hay un intercambio de correos electrónicos. Pasan los días y, ya en la ciudad, ocurre el ansiado contacto. Los nenes no están tan enganchados y la relación entre los matrimonios se torna desangelada. Los padres del Nene Dos vuelven a casa preguntándose qué pudo haber pasado, a tan pocos kilómetros y días de distancia.

ESTADOS UNIDOS: ¿POR QUÉ TU PUEBLO ES IMBÉCIL?

Por **Joe Bageant**

Ilustra **Max Aguirre**

Joe Bageant nació en Virginia en 1946. De joven fue hippie y más tarde transitó por centenares de redacciones. Alcanzó la fama hace algunos años con su primer libro, *Crónicas de la América profunda*, y se convirtió en un periodista de culto: en un observador minucioso de la realidad de su país. Cuando encaraba su segundo libro le detectaron un cáncer incurable y se fue a vivir a México. En diciembre de 2010 escribió su último ensayo, que publicamos por primera vez en español. Murió tres meses después.

Si uno pasa mucho tiempo con personas inteligentes, es normal que las conversaciones terminen ancladas en los temas políticos y culturales importantes de nuestra época. Por ejemplo: ¿cómo se explica que los norteamericanos, de manera tan sostenida y sistemática, sigan siendo los tarados mentales que son? Gran parte del resto del mundo, que incluye a muchos otros norteamericanos, se lo preguntan al tiempo que ven a la cultura estadounidense derrumbarse como un mastodonte reduciéndose a un pozo de brea del pleistoceno.

Una respuesta posible podría ser el efecto de cuarenta años de empanizador de pollo industrial frito en abundante aceite y gaseosas agrandadas de litro y cuarto. Otra podría ser la cultura pop, que por supuesto no tiene nada de cultura y sí de mercadeo. O también podríamos culpar al autismo digital: ¿le han puesto atención a los primates que viajan en el metro pinchando sus dispositivos digitales, acariciando la pantalla táctil por horas? ¿Han visto esas cejas arrugadas del neolítico por encima de los ojos rojos y estrábicos?

Pero hay explicaciones más razonables. A: no sabemos que somos tarados mentales. B: nos aferramos a instituciones dedicadas a que no nos demos por enterados nunca.

Como ya lo demostró de forma estupenda el estadístico William Edwards Deming, ningún sistema puede entenderse a sí mismo ni entender por qué hace lo que hace, incluido el sistema social estadounidense. Ignorar por qué mierda tu sociedad hace lo que hace genera casos graves de angustia existencial. De modo que creamos instituciones cuya función es la de fingir que saben, y así todos nos sentimos mejor. Desafortunadamente,

también significa que los más despabilados entre nosotros —las élites que manejan las instituciones— se hacen muy ricos, o se protegen de las vicisitudes que nos sacuden a todos los demás.

Directa o indirectamente, esta clase entiende que la verdadera función de las instituciones sociales norteamericanas es la de justificar, racionalizar y ocultar el propósito real del comportamiento cultural del lumpemproletariado, y el de moldear ese comportamiento en beneficio de los miembros de la institución. "Ey, son un estorbo. ¿Qué esperan que hagamos?"

Piensen, lectores suspicaces, en las instituciones de seguro social norteamericanas, las corporaciones de seguros, las cadenas de hospitales, el cabildeo de los médicos. Entre ellos han logrado establecer una forma perfectamente legal para bolsearles, a todos los norteamericanos, miles de dólares a discreción. El hecho de que defendamos rabiosamente su derecho a penetrarnos, a pesar de la cantidad de información disponible en la era digital, sigue siendo un misterio para el mundo.

Hace doscientos años nadie hubiera pensado que la gran cantidad de datos disponibles en la era de la información digital iba a producir norteamericanos informados. Los fundadores de la República, inmersos en el Siglo de las Luces, y los creyentes en que una ciudadanía informada era fundamental para la libertad y la democracia, hubieran delirado con la sola idea. Imaginen a Jefferson y Franklin drogados con Google.

La suposición fatídica fue la de que los norteamericanos elegirían pensar y aprender, en lugar de seleccionar cuidadosamente los blogs y canales de televisión que reforzaran su ignorancia cultural, de consumo, científica o política, especialmente la política. Tom y Ben nunca hubieran imaginado que íbamos a perseguir el espectáculo prefabricado, la ciencia basura y los rumores morbosos como los de los jurados sobre la muerte, el islamismo socialista de Obama y las pruebas bíblicas de que Adán y Eva pasearon por el Edén sobre el lomo de dinosaurios. Esto, probablemente, es inevitable en una nación que equipara la democracia con el derecho de opinión de cada individuo, aunque sea la más ridícula. Al fin y al cabo, los tontos escogen tonterías, por eso se llaman tontos.

La estupidez cultural no sería tan mala si no fuera autorreproductiva y viral, y propensa a colocar gente estúpida en el poder. Todos, en algún momento, mientras observamos al jefe, nos hemos tratado de explicar cómo terminó ese tarado a cargo del lugar.

En mi campo, el de los libros, los mayores charlatanes de ventas y mercadeo, vendedores de autos con título, son los responsables de publicar la literatura nacional. Asimismo, exgenerales del Pentágono pasan de matar bebés morenos en Iraq a convertirse en presidentes de una universidad o en presidentes ejecutivos de alguna corporación. En cambio, líderes empresariales como Donald Rumsfeld (que se creen comandantes de campos de batalla y que ven a sus empleados como tropas que deben "desplegarse") terminan pedorreándose felizmente detrás de los escritorios del Pentágono. En virtud de haber confundido *El arte de la guerra* de Sun Tzu con un libro de texto de negocios, son seleccionados por líderes nacionales igualmente delirantes para dirigir guerras en nuestro nombre.

Pero el daño más generalizado ocurre en los niveles operacionales más mundanos del Imperio norteamericano, a manos de clones del idiota con poder sentado en el escritorio de la esquina de tu lugar de trabajo. Al menos un estudio demostró que la selección aleatoria para ascensos corporativos compensa este efecto de forma significativa. Otra investigación confirma que eso se comenta diariamente alrededor de los dispensadores de agua de todos los lugares de trabajo del país.

Guárdenme lugar en el campo de concentración, voy a Wal-Mart

Como la mayoría se beneficia materialmente de ella, en todas las sociedades se cultivan diversos tipos de ignorancia cultural. Los estadounidenses, por ejemplo, cosechan enormes beneficios producto de la ignorancia cultural —especialmente la clase media— generada por el hipercapitalismo norteamericano materializado en abundancia de basura.

La ignorancia intencional te permite disfrutar de mercancías más baratas producidas por mano de obra esclavizada, tanto extranjera como —cada vez más— doméstica, y aun así "agradecer a dios por su munificencia" en las iglesias nacionales sin el menor indicio de culpa ni ironía. Permite también el robo intimidatorio de recursos y bienes de países débiles, para no mencionar la capacidad destructiva del capitalismo tardío que agota todos los recursos planetarios indispensables para la conservación de la vida.

La justificación norteamericana, en aquellas rarísimas ocasiones en que se dignan a darlas, es más o menos esta:

—Mira, rojo cabrón, nunca he visto una fábrica clandestina y no hay niños asiáticos encadenados en el sótano. Así que tengo lo que el gobierno llama negación plausible. ¡Come mierda!

Mmm, no mires ahora, pero los banqueros te tienen de las bolas, tu país se convirtió en un estado policial, en un campo de concentración, y casi todo el planeta te odia.

Este floreciente clima intelectual habilita a las élites capitalistas a retener y racionar recursos vitales como la seguridad social por la vía sencilla de subastarla entre los más ricos. Los estadounidenses no entienden esto porque el dato más importante (a saber, que muchísima gente no puede ofertar y por lo tanto muere antes de tiempo) siempre estará por debajo de la propaganda política capitalista, es decir, que si damos atención médica gratuita a los bebés pobres con el paladar hendido, el país caerá en las garras del leninismo. Eso es ignorancia cultural. Eso es lo que respiramos todos los días de la vida.

Ahora, cuando se trata de estadounidenses pobres, excluidos de la seguridad social, que votan sin embargo para preservar el proceso de subasta corporativa, hablamos de estupidez cultural. (Hagamos una pausa para agarrarnos del pelo y gritar ¡aghrrr!)

Como dice la vieja canción: "Aquellos que no saben, no saben que no saben". Me aventuro a decir que aunque lo supieran, no sabrían por qué. Las verdades primordiales se nos escapan debido a la abundancia de basura y las propagandas. Quedamos sepultados debajo de productos que insinúan que somos ricos, o por lo menos más ricos que la mayor parte del mundo. Una cordillera de zapatos baratos, automóviles, iPods, cantidades absurdas de productos comestibles y todo lo que el espectáculo del atiborramiento define —y está obligado a hacerlo— como "calidad de vida", según el capitalismo de mercancías. Los bienes que poseemos superan desde reflexiones filosóficas a consideraciones de tipo práctico.

—Puede que muera antes de tiempo por comer subproductos de carne no identificada ensopada en químicos residuales, ¡pero moriré teniendo un televisor de alta definición de sesenta y cinco pulgadas y un Dodge Durango nuevo de cinco velocidades con motor Hemi V8 5.7L debajo del capó!

Ni siquiera el riesgo de tostar la vida del planeta es suficiente para que los norteamericanos se sacudan de ese estado de negación. Como lo señala Guy R. McPherson, profesor emérito de Recursos Naturales, Ecología y Biología Evolutiva, "el 79,6% de los entrevistados por la encuesta de la revista *Scientific American* se niega a privarse de un solo centavo para anticiparse a los riesgos asociados al catastrófico cambio del clima. Los lectores de esa revista son, sin duda, personas más informadas que el público general, y sin embargo no pagarían nada para evitar la extinción de nuestra especie. Es como que de pronto te invade un sentimiento de comodidad y alegría, ¿no?".

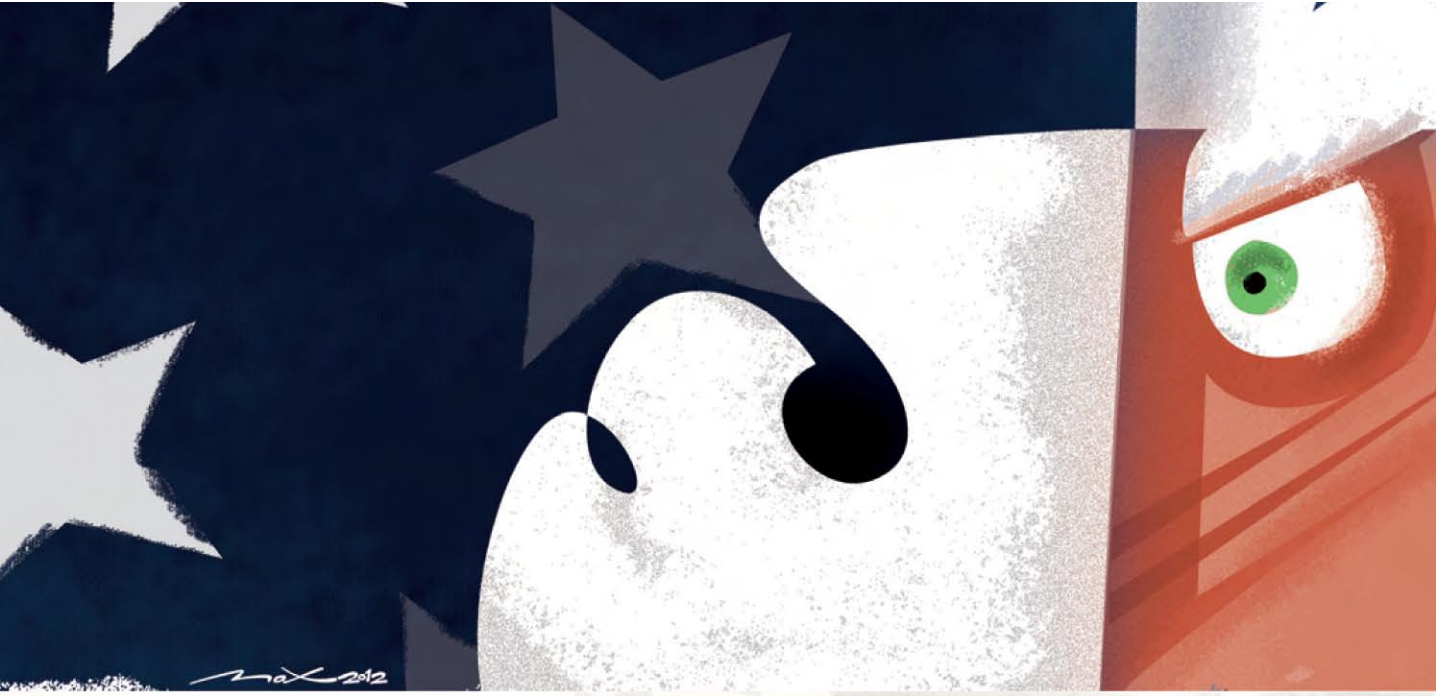
Recemos porque la próxima generación sea un poquito más inteligente.

Pistola eléctrica contra los chicos

El cada vez más sospechoso "estilo de vida norteamericano" vive en constante vigilancia militar y policial para protegernos —a quienes nos autodefinimos come-flores— del envidioso mundo exterior, que según el consenso cultural es un mundo que en este preciso momento se arma hasta los dientes con explosivos y compra boletos de avión con destino a Moline, Illinois. La ignorancia cultural (*ig-cult*) dicta que la mejor manera de impedir que terroristas extranjeros lleguen en avión a nuestro país es humillar a los ciudadanos estadounidenses que viajan al exterior. Adelante, manoséenme los huevos, pásenme la pinga por los rayos equis y por amor de dios no permitan que nadie se monte en el avión con una botella de champú grande. En un país obediente, adorador del estado policial, el insulto físico y la vigilancia son pruebas de vivir en un lugar seguro.

Se trata, además, de un negocio lucrativo (y no solamente para los fabricantes de escáneres). El alboroto alrededor de los escáneres corporales y el manoseo de entrepiernas le inyecta a los medios grandes cantidades de combustible para los índices de audiencia, lo que dispara las tarifas de pautas en TV, aumento que se traslada a los precios de los productos que compramos nosotros. De modo que pagamos para que nos insulten, para que nos hagan cagar del miedo y para que, sin saberlo nosotros, moldeen nuestro comportamiento. En el capitalismo estilo norteamericano, esta banda de Moebius de ignorancia cultural es lo que se conoce como una situación ganar-ganar.

Así también nos distraemos convenientemente



de las ofensas que nos cruzamos unos contra otros diariamente gracias a la desinformación cultural fabricada por el Estado: el miedo. Diez años de alertas naranja y el miedo infundido desde el 11S nos han llevado a sacar algunas conclusiones culturales paradójicas.

Procedamos a internarnos rápidamente en estas paradojas. Por ejemplo, el hecho de que podemos usar la pistola eléctrica como garantía para la seguridad y tranquilidad doméstica. Sí, es una tarea desagradable, pero alguien tiene que aplicar la pistola eléctrica a la ciudadanía. Además, en estos tiempos de altas tasas de desempleo, significa un salario para alguien (generalmente el tipo que se sentaba detrás tuyo en la escuela mordisqueando felizmente un trozo de tiza).

Si pensamos en los policías armados con pistolas eléctricas en miles de escuelas, incluso en escuelas primarias —una declaración cultural bastante extraña por cierto—, está de más decir que las muertes y lesiones de escolares han puesto a los abogados especializados en lesiones personales a gritar *eureka* por los aires a la vez que contemplan sus veleros anclados en la muy exclusiva colonia de verano Martha's Vineyard. Así son las recompensas por trabajos honrados en la *ig-cult*.

De cualquier manera, la oportunidad de una demanda jugosa se acepta como compensación satisfactoria por gritar o escribir en los pasillos escolares. ¿Qué son cincuenta mil voltios y un leve daño de los tejidos nerviosos comparados con una posibilidad para pagar las tarjetas de crédito, renovar el transporte familiar y quizás hasta remodelar la cocina?

Pero no nos desviemos del tema de la ignorancia cultural, esencialmente porque escribí el título primero y estoy decidido a mantener la ilusión de que existe tal tema o al menos engañar al lector al respecto.

Entonces, se puede afirmar tranquilamente que la ignorancia cultural consiste en las preguntas racionales y sensibles que nadie pregunta nunca. Pero también incluye las preguntas extrañas que sí se verbalizan. Por ejemplo, una de las relacionadas con aplicar pistola eléctrica a los niños de escuelas primarias: ¿cuál es el peso mínimo aceptable de un niño para poder aplicarle la pistola eléctrica? (Los fabricantes dicen que veintiocho kilos.) Por alguna razón, de acuerdo al razonamiento prehistórico de este viejo servidor, parece que esa es la pregunta incorrecta, por no decir que se trata de una pregunta que nos desvía de la verdad cultural.

La verdad es que vivimos en una sociedad que autoriza la semielectrocución de sus propios hijos amparada en el hecho de que no es mortal y, por lo tanto, no una verdadera electrocución. Esto brota de la misma veta de crueldad cultural que considera que la simulación de asfixia con agua no es tortura porque rara vez termina en muerte.

No es por ser insensible con las comunidades norteamericanas dispuestas a hacer una *vaca* con dineros fiscales para comprar pistolas eléctricas para sus escuelas. Ya han demostrado con creces el compromiso afectivo para con sus hijos al incorporar el creacionismo y la pizza-para-desayuno en esas mismas instituciones. Pero la pregunta sigue ahí: "¿Qué clase de comunidad tiene la gran idea de aplicar pistola eléctrica contra sus propios niños?"

Los mafiosos de la información

Es labor colegiada de nuestras instituciones manejar la información cultural de manera que se oculten los aspectos perjudiciales de los negocios que protegen por medio de leyes y que promueven por medio de la investigación institucional. Eso explica por qué los estudios demuestran que las microondas de los teléfonos celulares causan pérdida de memoria en el largo plazo a ratas, pero que son inofensivas para los humanos. Estamos hechos, evidentemente, de un material mamífero diferente, a prueba de balas.

El sistema capitalista, gracias a las órdenes de nuestras investigaciones, medios e instituciones políticas, solo amplía y divulga la información que genera dinero y transacciones. Evita, ignora o le saca la madre a la información que no cumple con esos requisitos. Y si no puede esconderla, la destierra a algún rincón del ciberespacio como el blog *Daily Kos*, donde no puede cambiar el *status quo* y además funciona, bombos y platillos de por medio, como prueba de la libertad de expresión norteamericana. Aquí vienen los huevos podridos de los liberales de internet.

Por su naturaleza, el ciberespacio, visto desde adentro, parece enorme y sus grupos de afinidades, al verse inmersos en colectivos de mutua autorreferencia, llegan a creer que tienen un papel mayor y más efectivo de lo que es. Desde adentro de la jaula de ratas dirigida, tecnológicamente administrada, víctima del mercadeo y la propaganda, llamada Estados Unidos, todo esto es prácticamente imposible de comprender. En particular cuando los medios (propiedad de grandes corporaciones) nos dicen que sí, que es imposible de comprender. Hablemos, por ejemplo, del alboroto reciente por las "revelaciones" de WikiLeaks acerca de las pequeñas miserias y estupideces de Washington, que más que revelaciones fueron detalles adicionales sobre lo que ya sabíamos. A ver, ¿es acaso una novedad que el presidente afgano Karzai y su gobierno sea un nido de ladrones traicioneros? ¿O que los Estados Unidos tienen una doble moral? ¿O que Angela Merkel no tiene brillo? La mayor revelación del asunto WikiLeaks fue la reacción del gobierno norteamericano. Es decir, alinear la política de libertad de expresión con la de China. Millones de personas lo anticipamos, pero nuestros gritos de alarma se ahogaron en la campana de vacío virtual.

Tengamos en cuenta el hecho de que escribo esto en México, fuera de los límites de Estados Unidos y del ambiente mediático norteamericano, donde la gente sigue la historia de WikiLeaks más asombrada que otra cosa.

Sin duda, el affaire WikiLeaks es sísmico para quienes participan de las intrigas de la élite diplomática. Pero en el panorama general no cambiará la forma en que actúan los peces grandes de la política mundial, el dinero y la guerra hacen negocios desde la era feudal; es decir, indiferentes a nosotros. Se trata de un antiguo sistema de dominio humano que solo cambia de nombres y metodologías con el paso de los siglos. En dos años, poco habrá cambiado en la vieja, vieja historia de la minoría poderosa sobre la mayoría sin poder. En este importante drama, Obama, Hillary y Julian Assange son jugadores temporales. Observar las sudorosas y fétidas maquinaciones de nuestros gobernantes desde el compromiso apasionado solamente nos impide ver el panorama general: que ellos son jugadores y nosotros, peones.

Aun así, soy uno de los que está a favor de entregarle a Assange la *Médaille militaire*, el Premio Nobel, quince vírgenes en el paraíso y un billón de dólares en efectivo como recompensa por su coraje para hacer muy bien lo único que se puede hacer en estos tiempos: joder momentáneamente el control gubernamental de la información. Pero definitivamente WikiLeaks no generará lo que dijo la BBC: "estímulo potencial para una nueva era de transparencia gubernamental en los Estados Unidos".

Lo que nos trae de regreso al tema de la ignorancia cultural. Por diez puntos: ¿por qué se vio forzado Julian Assange a hacer el trabajo que se supone tendría que hacer la prensa mundial?

Boletín: PayPal cedió a la presión gubernamental de sacar la cuenta de contribuciones para WikiLeaks. No obstante los agentes federales tuvieron al delicadeza de permitirle a PayPal conservar sus clientes de pornografía y prostitución.

La estafa de la transparencia

Una forma de ignorancia cultural es creer que en algún momento del pasado tuvimos mayor control y que nuestro gobierno fue más transparente. Es comprensible que sociedades en declive prefieran evitar pensar en su inminente obsolescencia y se aferren a los mitos del pasado. Así que, tanto liberales como conservadores se alimentan con mitos de acciones políticas que murieron en Vietnam. Los resultados son hilarantes. Los afiliados del Tea Party tratan de emular las protestas de la década del sesenta con mítines patrocinados por los beneficiarios más ricos del *status quo*. Hasta donde yo sé, para el adepto promedio del Tea Party la meta es "empezar una nueva Revolución norteamericana" por medio de indumentaria alusiva, gritos, amenazas y entregarle el voto a imbéciles. Los expertos de los medios declaran al Tea Party como un "movimiento populista histórico".

Ni populista ni movimiento auténtico, el Tea Party puede llegar a ser histórico pero solo por su capacidad de joder las cosas aún más. Derivado íntegramente del espectáculo prefabricado (y por lo tanto sin ningún tipo de cohesión filosófico-política ni de lógica interna), el Tea Party se tambalea a lo largo del panorama político gritándole a las cámaras y reuniendo a las víctimas de la ignorancia política en una especie de cruzada medieval de idiotas. Sin embargo, para el público estadounidense ver al Tea Party en la televisión es prueba suficiente de su relevancia y significado. Después de todo, no saldría en la tele si no fuera importante.

Desde el punto de vista histórico, la ignorancia cultural es algo más que la ausencia de conocimiento. Es también el resultado de la lucha política y cultural en el largo plazo. Desde la Revolución Industrial, la lucha se ha dado entre el capital y los trabajadores. En Estados Unidos ganó el capital y desplegó su exitosa estrategia en el mundo entero. Ahora vemos cómo el capitalismo global destruye al mundo a la vez que intenta salvarse de la destrucción aferrándose a sus utilidades. Un mundo servil se arrodilla ante él, rogando por empleos que destruyan el planeta. ¿Logrará el capitalismo salvaje, con todo su poder y *momentum*, incitado estrictamente por la cosecha mecánica de ganancias, reducir a las masas sin rostro hasta el esclavismo? ¿Cagan los patos en el estanque?

Mientras tanto, aquí vamos, los norteamericanos limitados, en el bus escolar de los discapacitados, disparados hacia el Gran Cañón. En virtud del típico optimismo forzado norteamericano, nos convencemos de viajar en avión. En los asientos de atrás, los chicos más inteligentes planean secuestrar y desviar el avión. Pero el agente de seguridad con escopeta acaricia su pistola eléctrica mientras sonríe. No es que este servidor esté tan cabreado como para enfrentarse por su cuenta al estado vigilante. Ni loco. Salté por la ventana cuando pasamos sobre México.

Lo que Estados Unidos necesita son huevos

Dice Mitch O'Connell, mandamás del Partido Republicano, que lo que Estados Unidos necesita es dejar de sacarle el sirope a Obama y fortalecer a los millonarios liberándolos del pago de impuestos y trasladando esa carga al resto del pueblo. Obama dice que Estados Unidos tiene que lograr la cooperación bipartidaria con el otro partido, el de la crueldad. Elton John dice que Estados Unidos necesita ser más compasivo (gracias, no lo habíamos notado).

Lo que realmente necesitan los Estados Unidos es una insurrección popular masiva, ojalá basada en la fuerza y en el temor a la fuerza, el único idioma que entiende la oligarquía. Y aun así, las probabilidades no son favorables. Los oligarcas cuentan con todo el poder legal, la policía, las cárceles, la vigilancia y el armamento. Por no hablar de un populacho dócil.

Casi como una insurrección masiva, la negativa nacional generalizada a pagar el impuesto sobre

la renta sin duda agitaría las cosas. Pero el gran público norteamericano se contenta sabiendo que la felicidad es un sólido régimen de trabajo duro, estrés y consumo de mercancías. A pesar de lo que digan los noticieros, la mayoría de los norteamericanos se mantienen incólumes ante las ejecuciones hipotecarias, la bancarrota y el desempleo. De modo que poner en riesgo su ciclo de trabajo-consumo-sueño por una insurrección debe parecerles demencial. Como las vacas, viven cómodamente en el sentido estrictamente animal, ordeñados para sacar ganancias. El confort animal mata cualquier pensamiento revolucionario. Carajo, la mitad de la humanidad saltaría en un pie con la situación material promedio de los estadounidenses.

Además, los norteamericanos no tienen historia revolucionaria. Las revoluciones exitosas del siglo veinte en Rusia, Alemania, México, China y Cuba se nos enseñan como fallos diabólicos de la Historia porque todas, menos una, fueron marxistas (la única revolución exitosa no marxista del siglo veinte fue la cubana).

Así que si hablamos de un cambio por medio de la sublevación, hablamos necesariamente acerca de desprogramación porque justo eso a lo que le tememos ya tiene vida propia en nuestra conciencia. La desprogramación de la ignorancia cultural es el paso cardinal de todo movimiento político de sublevación.

La desprogramación implica riesgo y sufrimiento. Pero es transformativa y libera al *yo* de los sentimientos de impotencia y temor. De hecho, libera la quinta libertad, el derecho a una conciencia autónoma. Así, la desprogramación es el acto más personal y autónomo posible. Probablemente el más genuino de todos.

Una vez liberados de la ignorancia cultural manufacturada y autoinducida, queda claro que la política mundial gira alrededor de estos factores: el dinero, el poder y las mitologías nacionales, con algún grado —o ninguno— de derechos humanos. En los Estados Unidos se dan todos en distintas magnitudes; pero para efectos prácticos tales como mejorar la libertad y el bienestar de su pueblo, la república norteamericana ya colapsó.

Pero se sabe que a los ricos todavía les falta ganar más dinero. De modo que el millón y pico de personas dueñas del país y del gobierno usan su poder para convencernos de que no hay tal colapso, de que se trata solamente de problemas económicos y políticos que habría que resolver. Lógicamente, están dispuestos a resolverlos por nosotros. Entonces la economía se discute en términos políticos porque es el gobierno el único órgano con poder para legislar y es así como se traduce a leyes la voluntad de la clase dominante.

Pero la política y el dinero nunca podrán llenar algo que es, en esencia, un vacío público moral, filosófico y espiritual (este último lo reconocen instantáneamente los cristianos fundamentalistas, aunque estén totalmente desfigurados por la ignorancia cultural). Son pocos los norteamericanos comunes que hablan sobre este vacío. El lenguaje espiritual y filosófico requerido ha sido exitosamente purgado por el dialecto de los noticieros, la cultura popular, el proceso de reglamentación humana disfrazado de sistema educativo nacional y la crueldad de la competencia diaria que nos deja sin tiempo para reflexionar acerca de nada.

Aun así, el vacío, el sinsentido del trabajo ordinario y la vacuidad de la vida diaria hace que los ciudadanos pensantes se caguen de miedo: todo lo que no se puede poner en palabras, las cámaras escondidas, las declaraciones del estado policial, la cantidad de ciudadanos borrados por la economía y la sensación general de angustia metafísica.

La maquinaria sin rostro del capitalismo ha colonizado hasta nuestras almas. Si no fuera porque la política es, por definición, un asunto personal, diríamos que es el momento de tomarse la política como algo personal.

Algunos estadounidenses creen que podemos triunfar colectivamente sobre el monolito al que en la actualidad tememos y adoramos. Otros creen que lo mejor que se puede hacer es encontrar fuerza para soportar y dedicarnos a avanzar en las planicies internas del *yo*.

Cualquiera de las dos alternativas necesitan de liberación moral, espiritual e intelectual. Todo depende de desde qué frente se decida dar la lucha. O si se decide luchar del todo. Pero una cosa es cierta: la única salida es hacia adentro. ◣

Joe Bageant (Virginia, 1946 - 2011). Periodista y escritor. Su *Crónicas de la América profunda*, un retrato de los blancos pobres norteamericanos, es una obra maestra. Vivió en México los últimos años y murió de cáncer en 2011. Es uno de los "nuevos periodistas" más leídos de Estados Unidos.

Traducción: **Luis Chaves**

Ilustraciones: **Max Aguirre**

Submarinos yanquis

Me gusta cuando un escritor estadounidense habla así de su pueblo —le digo a Chiri—. Me aburre que solamente el resto del mundo escriba esas cosas.

—Es una pena que se haya muerto Joe Bageant. Y este año además se murió Gore Vidal, ¿quién carajo nos queda ahora para que hable mal de los yanquis?

—Nos quedan algunos creadores de televisión, por suerte, que es donde realmente la crítica es masiva y llega a todo el mundo.

—Es verdad. Louis C.K., por ejemplo. Hay un monólogo del Colorado en la última temporada de *Louie* que está muy bien —me cuenta Chiri—. Louie empieza diciendo que en Estados Unidos es muy difícil educar a los chicos sobre los asuntos de la guerra. Y cuenta: "El otro día algunos padres de la escuela de mis hijas hablaban de la guerra y se preguntaban: '¿Les decimos a los niños que nuestro país está en guerra en Afganistán y en esos otros sitios? ¿Cuándo se lo decimos?'. Solamente en Estados Unidos nos podemos dar ese lujo. Los niños en Afganistán simplemente se enteran. Se dan cuenta cuando preguntan: '¿cómo es que la cabeza del tío Henry ha desaparecido? ¿Qué ha pasado? ¡Ah, claro, estamos en guerra!'".

—Qué buena es esa serie —me excito—. En la primera temporada le agarró la mano al formato, en la segunda empezó a innovar y ahora, en la tercera, ya está haciendo magia: son cortometrajes de arte mayor, se pueden ver sin continuidad, como experimentos narrativos. El Colorado es un genio.

—Antes las series yanquis buscaban a los malos en otra parte: rusos, chinos, latinos. Ahora empiezan a buscarlos adentro. ¿Empezó *Rubicón* con esa variante?

—Yo creo que empezó Jack Bauer en *24* —le digo—. Pero con un concepto muy hollywoodense. *Rubicón* intentó hacerlo en serio y fracasó: no le dieron segunda temporada. Y después llegó *Homeland*, la primera serie que logra llamar la atención con críticas internas.

—Ganó el Emmy este año —me dice Chiri—, le sacó el podio a *Mad Men*.

—Tenemos que estar orgullosos: nosotros hablamos bien de *Homeland* en una sobremesa de la Orsai N6, en marzo. Página sesenta y dos.

—¿Vos creés que le dieron el Emmy por eso?

—Sin duda.

—¿Hay alguna serie yanqui nueva que toque el asunto este de la autocrítica?

—Estoy viendo *Last Resort* —le digo—, empezó hace poquito.

—¿De qué se trata?

—Todo ocurre en un submarino atómico al que le dan la orden de bombardear Afganis...

—Pará, pará, pará —me interrumpe Chiri—¿Estás viendo una serie sobre un submarino atómico, mientras hacemos el cierre de dos revistas juntas y yo no duermo desde hace días.

—Bueno, está bien. Si querés hablamos de libros, o de la paz en Medio Oriente. Pero te aviso que hace diez minutos me estabas contando un monólogo de Louie, de un capítulo que emitieron en Estados Unidos hace dos semanas. ¿Cómo lo viste a ese episodio? ¿Por hipnopedia?

—¡No me vas a comparar a Louis C.K. con una serie de submarinos! —me increpa—. Louie tiene espíritu Orsai, con la salvedad de que él es un genio. El año pasado, por ejemplo, colgó en internet un monólogo grabado en un teatro de Nueva York…

—¿Y?

—Y para poder verlo tenías que pagar cinco dólares por Amazon o Paypal. En su web te explicaba todos los gastos que había tenido: alquiler del teatro, de las cámaras, bla bla blá. Recaudó un millón de dólares en doce días, sin cadenas de televisión detrás, sin productores, sin nada. Y después contó qué hizo con la plata.

—¿Qué hizo?

—Con los primeros 250.000 dólares pagó la producción del show y la construcción de la web; con otros 250.000 le pagó a sus empleados buenísimos sueldos; 280.000 fueron para ONGs que la gente le recomendó por Twitter. Y los otros 220.000 se los quedó para él. Dijo que iba a terminar de pagar la casa, iba a cuidar a sus hijos y con lo que le sobraba se iba a dedicar a hacer cosas horribles. ¿Cómo me vas a comparar al Colorado con una serie de submarinos? ¿Dónde está el espíritu Orsai en un submarino?

—¿Cuántas Orsai N1 vendimos en 2011?

—Diez mil —me dice Chiri.

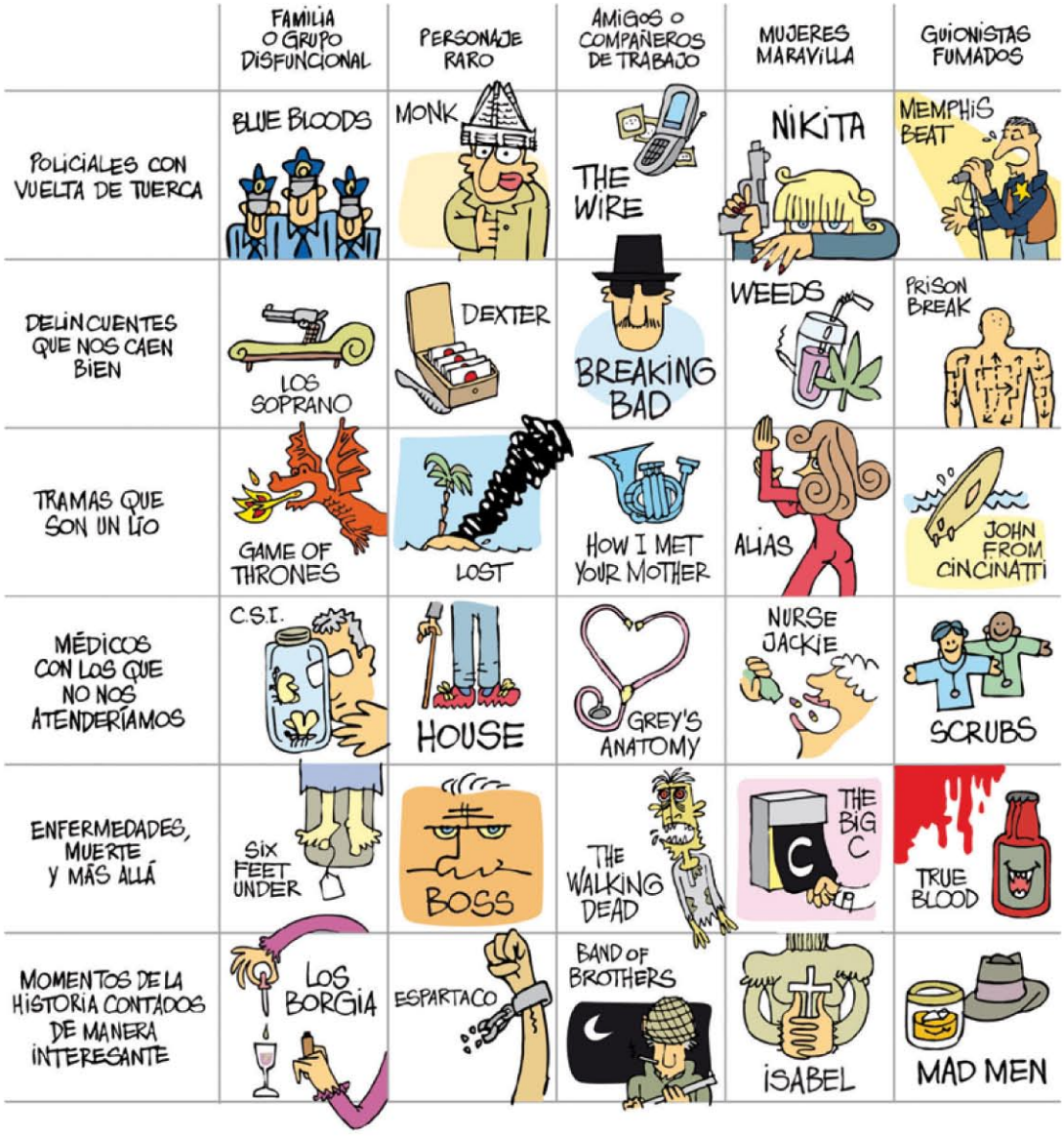
—¿Y cuántas vendimos en 2012?

—Seis mil.

—¿Ves? —le digo—, nos estamos hundiendo. ◣

¿ TARDAS MUCHO ?
CUANDO TENGA TIEMPO
CINCO MINUTOS
YA CASI
EN UN MOMENTO
AL RATO
MÁS AL RATO
LUEGO
DESPUÉS
TAN PRONTO COMO

TELEVISIÓN GENEROSA



ESQUEMA GRÁFICO DE LOS NUEVOS GÉNEROS

El día que el primer esnob dijo que una comedia familiar de ciudad era "una sitcom de grupo disfuncional urbano", sin saberlo, estaba inaugurando los nuevos géneros. Bernardo Erlich se adentra en esta moda y descubre que casi hay un género por episodio.

Por **Bernardo Erlich**

En estos días estuve viendo una maratón de *Suits*. *Suits* es una serie de abogados con una premisa improbable: un joven dotado con memoria fotográfica, que se dedica a falsificar exámenes, ingresa por accidente a una selección de asociados para un bufete enorme y termina trabajando para su abogado estrella. ¿Dónde radica la imposibilidad? En que el muchacho no es abogado. ¿Por qué entonces me paso horas viendo esta serie? Porque desde que terminó *Boston Legal* me quedé sin mi "serie de abogados que se divierten, son interraciales y a veces bailan".

Las "series de abogados que se divierten, son interraciales y a veces bailan" son uno de los nuevos géneros. Lo inauguró probablemente Ally McBeal, y pretende convencernos de que los abogados no son esas personas de corbata que nos extraerían el corazón del pecho con la mano desnuda, sino un alegre grupo de profesionales chispeantes, capaces de improvisar una coreografía en los mingitorios de la empresa.

Las series básicas de abogados, es decir, las de un perseguidor implacable de la verdad y la justicia, un poco inquisidor, un poco detective, empezaron y terminaron con *Perry Mason*. La gracia de *Petrocelli* era que construía su casa en los ratos libres. La desgracia de *Longstreet*, que se había quedado ciego. Sin saberlo, y de un modo casi natural, estábamos saliéndonos del molde e ingresando en los nuevos géneros.

House acaba de terminar, y la recordaremos como la mejor "serie donde se habla mientras se camina rápido por los pasillos". Es este un género nuevo que comenzó con *The West Wing,* en donde ni el portero de la Casa Blanca se quedaba quieto. La última en esta tendencia es *Veep*, la nueva sitcom de HBO, en donde Julia Louis Dreyfus interpreta a una vicepresidenta que accede a su cargo para descubrir que es un lugar inútil.

Pero *Veep* tiene otra doble pertenencia, ya que también forma parte de las "series de mujeres en cargos que antes no ocupaban", que inauguró Angie Dickinson con *Mujer Policía* y ocupó fugazmente *Commander in Chief* (con Geena Davis). Y el segundo grupo en el que calza *Veep* es el de las "series en las que van a fracasar los que hicieron *Seinfeld*", de las que ya tenemos varias en stock. *Bob Patterson* es George Constanza como abogado; *The Michael Richards Show* es Kramer como detective. *Watching Ellie* y *The New Adventures of Old Christine:* Elaine Benes en dos trabajos distintos y en una de ellas viviendo al lado de su ex. Por ahora solo se salva Larry David en *Curb Your Enthusiasm*, y ya reunió al cast de *Seinfeld* en la última temporada.

A este nuevo género al año siguiente le surgió un spin-off, que congrega a las "series en las que van a fracasar los que hicieron *Friends*", que también se reproducen como conejos y consisten en estirar el personaje en la soledad de otro contexto. En ese rubro tenemos a *Mr. Sunshine*, en donde Matthew Perry encarna al mánager de un estadio, después de ser cancelado interpretando un guionista de comedia en *Studio 60.* En *The Comeback* Lisa Kudrow interpretó a una actriz que tuvo un éxito fulgurante y luego su carrera se opacó, y para demostrar que la premisa era cierta en *Web Therapy* probó suerte como psicoanalista... y se emitió por internet. *Dirt* y *Cougar Town* son los dos intentos de Courteney Cox de estirar a Monica Geller hasta el infinito. Tuvieron que venir los ingleses a coproducir *Episodes,* para que Matt LeBlanc se recuperara del patinazo de *Joey,* en donde se dedicaba a demostrar que el personaje no era nadie si no estaba rodeado por los otros cinco. Prevenida sobre el flagelo de este nuevo género, Jennifer Aniston decidió dedicarse al cine.

¿Por qué aparecen estos géneros a partir de

una serie exitosa? Porque generan un impacto fuerte, crean su propia audiencia y cuando terminan la dejan con hambre.

De esa abstinencia nacieron las "series que iban a ser la nueva *Lost*", a las que hay que verlas rápido porque las cancelan a la primera temporada. *FlashForward* amenazaba con ser un boom: durante dos minutos y diecisiete segundos la población mundial pierde el conocimiento y tienen una visión del mismo día, seis meses después. Lo que no alcanzaron a ver era lo confusa que se iba a poner la trama y la pronta cancelación. *The Event* es aún más desfachatada: empieza con un avión que va a chocar (¿recuerdan al Oceanic 815?) pero esta vez en un evento presidencial, para de golpe esfumarse y aparecer en medio del desierto. La serie tiene alienígenas cautivos desde hace cincuenta años en una prisión secreta, varios complots y poco. Y una sola temporada. En *Awake* un policía y su familia sufren un accidente automovilístico. A partir de allí Michael Britten despierta, alternativamente, a dos vidas distintas en las que, o está muerta su mujer, o está muerto su hijo. No alcanzó la analogía con los flashbacks de los náufragos: la cadena decidió matarla prematuramente. *Alcatraz* también transcurría en una isla: la de la conocida prisión. Durante una noche todos los presos desaparecían para reaparecer, igualmente jóvenes, en la actualidad, y se adivinaba una organización secreta detrás del misterio. Jamás sabremos cuál es la nueva Dharma: no habrá segunda temporada.

Para evitar esta muerte súbita por guiones confusos, un género didáctico es el de "series en las que se esconde que la trama es boba, subrayándola con un relato en off". La primera que recordamos es *The Wonder Years*, en donde la voz en off de Kevin Arnold adulto recordaba, melancólica y obsesiva, las aventuras de Kevin Arnold desde que era niño hasta la pubertad. *Desperate housewives* está hilvanada por la voz de la vecina muerta, cuyo cadáver nos habla... ¡durante ocho temporadas! *Grey's Anatomy* y *Scrubs,* por su parte, son dos series de médicos narradas por los pensamientos en off de su protagonista. Lo curioso en este caso es que no sabemos cuál serie parodia a la otra. En *How I Met Your Mother* Ted Mosby lleva hartando a sus hijos en off, contándoles cómo fue que ya van siete temporadas y todavía no conoció a su madre.

Esta sofisticación de nuevos géneros comenzó cuando HBO puso al aire la primera de las "series de hijos de puta con los que uno se identifica": *Los Soprano,* donde el capo mafioso Tony Soprano iba al psiquiatra para combatir los trastornos de ansiedad, pero a medida que la serie avanzaba Tony se ponía más viejo, más sabio y cruel y nosotros cada vez más incómodos por entenderlo. Qué decir de *Dexter*, nuestro asesino serial favorito: destaza como carnicero a la misma gente que nosotros queremos matar. O de *Damages,* donde Glenn Close es Patty Hewes, la abogada más terrorífica que hayamos visto en una serie. Y es tan peligrosa como personaje, que la seguimos viendo aún cuando las temporadas no han hecho más que empeorar. Vic Mackey en *The Shield* tiene un grado de corrupción y violencia que solo se acerca a la empatía y fascinación que nos produce. En *Breaking Bad,* al humilde profesor de química Walter White el cáncer, combinado con la crisis económica, lo transforma en un productor de metanfetamina cada vez más criminal y más seguido por los fans frente a la tele.

Pero a su vez *Breaking Bad* pertenece a otro nuevo género: "series con enfermedades jodidas que parecen que se pueden pilotear". Cathy, en *The Big C,* se ve sorprendida por un cáncer terminal y eso le da el coraje para meter la libertad en su vida, mientras que Kelsey Grammer se saca a *Frasier* de encima para interpretar en *Boss* a un alcalde de Chicago con una enfermedad progresiva que lo acorrala en pleno ejercicio del poder, y que además seguirá ejerciendo con mano férrea.

La violencia y la fragilidad de estos nuevos personajes conllevan también un cambio en las modas. Así es como se ha reforzado otro género que ya hace mucho se venía insinuando: las "series con policías pelados".

Pareciera que el que trazó el perfil inicial fue *Kojak*, el detective griego de los setenta, que a falta de cigarrillos consumía chupetines. Pero esto viene de más atrás. El implacable perseguidor de Richard Kimball, *El Fugitivo,* el teniente Gerard, tenía como actor a Barry Morse, un pelado con cara de científico loco. A Vick Mackey, de *The Shield,* también le brilla la calva. En *Breaking Bad*, el pelado Hank Schrader, cuñado de Walter White, encarna a un agente de la DEA que ni sospecha que su pariente es un narco. En *NYPD Blue* el que lleva la batuta es el sargento Andy Sipowicz, que compensa su pelada con bigotazos mejicanos. Al jefe de la división Fringe del FBI, Phillip Broyles, lo interpreta el hierático Lance Reddick, que ya venía pelado y policía desde *The Wire*, en donde su rol era el del

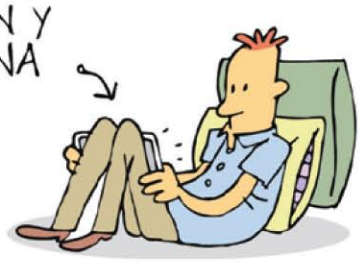
EVOLUCIÓN DE LOS NUEVOS GÉNEROS

AÑOS 60 :

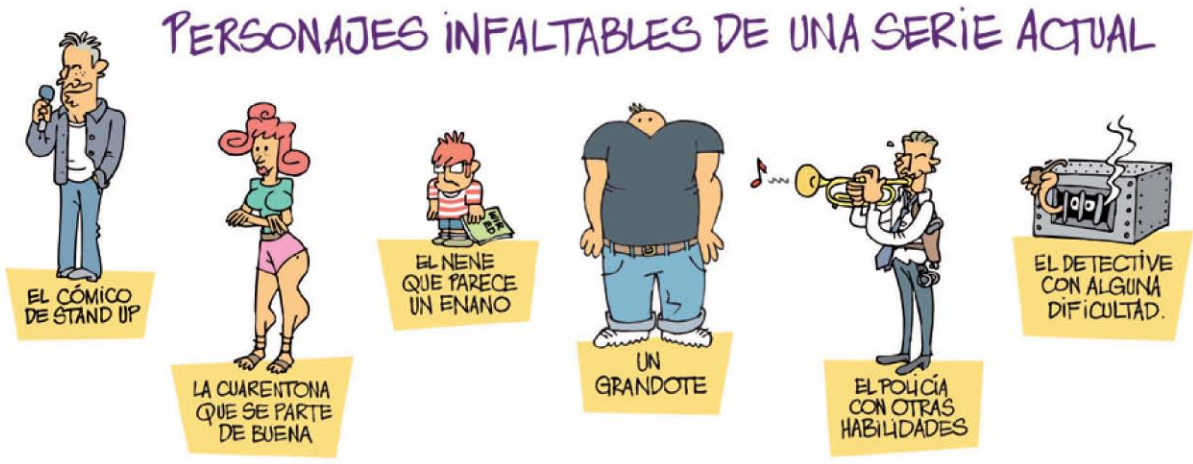
AÑOS 80 :

HACE UN RATO :

UNA DE MÉDICOS FORENSES, CON MUCHOS EFECTOS ESPECIALES, EN DONDE EL JEFE DE UNIDAD ES ENTOMÓLOGO Y TIENE TENSIÓN SEXUAL CON UNA DE SUS ASISTENTES. OTRO DE LOS INTEGRANTES ES LUDÓPATA EN RECUPERACIÓN Y TAMBIÉN HAY UNA RUBIA QUE TIENE UNA HIJA Y FUE STRIPPER.



ERLICH.



incorruptible teniente Cedric Daniels. *True Blood* es una serie de vampiros, sí, pero su policía torpe y pelado es el actor Chris Bauer. El jefe de Mulder y Scully en *The X Files*, Walter Skinner, era un pelado misterioso como el resto de la serie.

Los nuevos géneros también llegan a los chicos. Hay toda una nueva tendencia de "dibujos animados cada vez más neuróticos y depresivos", que aprovecharon la puerta abierta por los Simpson y se fueron complicando cada vez más. *Ren y Stimpy*, un gato ñoño y un chihuahua al borde de la histeria, en un capítulo llegaban a llorar a Olorín, un pedo perdido. *Duckman* es un pato detective con dibujos casi cubistas, una familia freak y la voz de Jason Alexander. *Beavis & Butthead* son dos subnormales que, curiosamente, creó MTV para retratar a su audiencia adolescente, y acaban de arrancar con una nueva tanda de capítulos. *South Park* pinta la Norteamérica profunda con un guion tan puntilloso, que casi no les quedó tiempo para los dibujos, que parecen cartoncitos recortados. *Ugly Americans*, en MTV, muestra un New York del futuro habitado por humanos y monstruos, tan desesperanzador que dan ganas de volverse punk y gritar ¡no future!

En las comedias tienen mucho éxito las "series que se llaman con el nombre del personaje principal, pero en donde los graciosos son los secundarios". Quizá la más conocida sea *Will & Grace,* en donde una diseñadora de interiores comparte departamento con su amigo gay. De haber justicia debería haberse llamado "Jack & Karen", por el amigo de Will y la secretaria de Grace, que son los que dan vida a la sitcom. Justamente la actriz de *Will & Grace* había formado parte de la dupla de *Ned & Stacy*, una pareja de compromiso formada por una chica que no puede pagarse el alquiler y un yuppie en ascenso que necesita mostrar una esposa. Sin embargo lo más divertido de la serie era el matrimonio amigo de Ned, formado por Rico y Amanda. Con *Frasier* pasaba lo mismo. El personaje descollante no era el psicoanalista-locutor sino su hermano obsesivo y fóbico. Un focus group a tiempo habría determinado que la serie se llamase "Niles". ¿Y qué decir de la pareja que formaban el ejecutivo y la hippie de *Dharma & Greg*? La gracia estaba, justamente, en "Los padres de Dharma y Greg".

La industria, por otra parte, parece encapricharse con ciertos números. Debe circular un memo por ahí definiendo al género de "series donde los personajes se tienen que contar con los dedos de una mano". Sumemos: son cinco los integrantes del grupo de amigos de *How I Met Your Mother*, una pareja constituida y tres que se van y vienen relacionándose entre sí. En *Party of Five* la cosa estaba clara desde el título. El cast original de *The Big Bang Theory* está compuesto por los cuatro nerds y la rubia del departamento de enfrente. En *Everybody Loves Raymond* está el matrimonio de Raymond, el de sus padres y su hermano raro Robert. El grupo original de *Mission Impossible* eran cinco. *Breaking Bad* arranca con Walter White, su esposa, su hijo, su cuñada y el marido: otra vez

cinco. En *Bonanza*, ni bien se quema el plano en la presentación, aparecen cabalgando los cuatro Cartwright, el padre y sus tres hijos. Pero apenas empiezan los capítulos aparece el cocinero chino.

Se me mezcla en la memoria *Bonanza* con *El Gran Chaparral* y *Valle de Pasiones*. Son tres westerns de familias que tienen un rancho, los hijos son varios, y tienen que pelear contra la intemperie, la injusticia o los indios. Así es como nacieron las "series que las van a volver a rodar con otra gente y van a hacer de cuenta que son distintas". En *Kolchak: The Night Stalker,* el protagonista es un periodista investigador de fenómenos paranormales, al que nadie le cree y toman por loco o paranoico. A lo mejor la vieron cuando se llamaba *The X Files* y en vez de un solo periodista se trataba de una pareja de agentes del FBI que investigaba fenómenos paranormales en una unidad secreta. A lo mejor luego la volvieron a ver cuando le pusieron de nombre *Fringe* y cambiaron a los actores de la pareja, que también investigan cosas inexplicables en una unidad del FBI.

Si hablamos de un médico malhumorado, que viste la peor ropa del mundo, trata mal a sus empleados, pero es un profesional riguroso, seguramente pocos recordarán a *Becker,* la comedia de treinta minutos que tenía como actor principal a Ted Danson. No le fue muy bien, así que años después la volvieron a filmar, esta vez en formato de una hora, le pusieron de título *House MD* y el resto ya es historia.

Toda la saga de *Star Trek* está incluida en el género "series en donde la gente no está loca y sin embargo le habla como si nada a aparatos inanimados". La *Star Trek* original, *The Next Generation, Deep Space Nine, Voyager* y *Enterprise* nos han acostumbrado a la normalidad de un tipo diciendo a cada rato "computadora, infórmeme sobre tal o cual cosa". De modo que no nos sorprendió en absoluto cuando en *Twin Peaks* el agente Dale Cooper le contaba a su grabador de bolsillo qué incomparable era el café de Picos Gemelos o qué aire puro se respiraba en el bosque de abetos. O cuando Felicity Porter empezaba o terminaba el capítulo haciendo psicoanálisis con un grabadorcito similar.

Los nuevos géneros ayudan mucho a la hora de elegir una serie. Parece un catálogo complicado, pero en el fondo es más simple. Imaginemos que tenemos ganas de ver lo que antes se conocía como una "serie de guerra". Nos preparamos para una hora de aventuras, aquellas a las que nos tenía acostumbrados *Combate*, o de comedia, como nos mostraba *M.A.S.H.,* cargamos la computadora o la tableta y nos encontramos con la interminable solemnidad de *Band of Brothers*. Si no nos advierten de que se trata de una "serie de guerra para que los adultos se aburran", ¿a quién elevamos una queja?

Así que, para ponernos de acuerdo, propongo que adoptemos esta nueva nomenclatura. Así podremos saber, en adelante, que cuando nos referimos a "series en donde hablan tan raro que hay que verlas sí o sí con subtítulos" estamos hablando de las inglesas. Y cuando aludimos a las norteamericanas, diremos "series con casas y autos que los personajes jamás se podrían pagar". ◣

TIMBRE A LAS TRES

Por **Hernán Casciari**

Festejábamos la publicación de la Orsai número ocho en el bar de Buenos Aires, que estaba lleno de lectores, de autores y dibujantes. Había venido Pablo Perantuono a hablar con la gente sobre su entrevista polémica al Indio Solari, y también había venido Eduardo Salles, desde México, para contarle a los lectores sobre sus anti-publicidades en la revista. Era la segunda vez que yo estaba en el bar, pero por alguna razón me sentía en casa. Comequechu tiene la manía de contratar camareras y cocineros mercedinos, y entonces caminar por el bar es, para mí, reconocer caradeformes. En la cocina estaba el Ruso Kehr, lo descubrí enseguida y nos abrazamos. En cada mesa había un lector, un distribuidor, un autor. Todos con pizzas o con picada de salame mercedino. Es muy raro, para mí, volver cada tanto a Buenos Aires y que, en el corazón de San Telmo, haya un antro tan parecido a los bares de Mercedes. Esto que cuento pasó el último jueves de agosto, desde las ocho de la noche. La gente empezó a retirarse a la una. A las dos ya éramos pocos, y a las tres de la madrugada nomás quedábamos en el bar Chiri, el Colorado Ulmer y yo. El Colorado fue compañero nuestro de la escuela desde primer grado, e incluso vivimos juntos los tres, en Buenos Aires, durante años. (Él fue el protagonista de un cuento mío que se llama "Instrucciones para crear mundos paralelos", en el que le hicimos pasar un momento amargo pero imborrable dentro de un ascensor.) Yo hacía más de diez años que no veía al Colorado y estaba muy feliz de que estuviéramos otra vez charlando y fumando juntos. Estábamos los tres solos. La conversación ocurría en susurros.
Entonces sonó el timbre de afuera.

Fue un timbrazo largo, imperativo. Chiri, el Colorado y yo nos quedamos quietos, sin hablar, como suele hacer todo el mundo cuando no quiere atender la puerta. No sabíamos quién había del otro lado pero nuestra conversación era tan mercedina, tan llena de códigos, que cualquier ser humano del mundo habría roto la fluidez. No queríamos a nadie más en ese patio, estábamos bien, teníamos veinte años.

Pasó un minuto y el timbré sonó de nuevo. En general nos sentimos un poco inquietos cuando no atendemos los timbres: no es compasión por la persona que está del otro lado, sino angustia de no saber nunca quién era el otro, ni qué quería.

El timbre ya no sonó nunca más, y nosotros seguimos conversando hasta que amaneció.

Dos semanas después yo me había olvidado de esos timbrazos desatendidos. Estaba otra vez en mi casa de Sant Celoni, preparando esta edición de la revista, y entonces me llegó un correo largo, de letras apretadas. Lo reproduzco.

Me llamo Juan.

Nos conocimos en la presentación de la Orsai ocho, en el bar. Llegué muy tarde (tipo una y media de la mañana) y te pedí que me firmaras la número cuatro. Comequechu ya me la había firmado. También la firmó el Chiri. Si tuviera que elegir algo de todo lo que te dije para que me ubiques, sería lo siguiente: yo leo la Orsai como supongo vos y Chiri leían la *Cerdos & Peces* en los noventa. Creo que fue eso lo que te dije. Para mí leer Orsai es participar de algo histórico en el momento que está pasando. La Orsai es un hecho histórico. Como lo fue la *Fierro*, la *Cerdos* o la *Caras y Caretas*. Pero a esas me las contaron. No son mías. Orsai es mía. De mis temas. De

mi época. De mis modos de producir, distribuir y consumir cultura. Orsai me llega. A veces pienso en un futuro distante, en el que uno de mis hijos, adolescente, presumido, todavía un poco subido a los pies de la estatua paterna, le dice a sus amigos: "mi viejo tiene la colección completa de Orsai. Y la cuatro la tiene firmada por Comequechu".

El jueves salí del bar movilizado por todo el asunto y me subí a mi bicicleta completamente tomado por la situación. Contento. Alegre. Un poco pasado de rosca. Pedaleé hasta mi casa con la cabeza llena de Orsai. La revista, la experiencia, el bar, los artículos, Chiri, Comequechu, vos, Quiosquito; Orsai. Para cuando llegué a mi casa estaba aceleradísimo. "Le debería haber dicho esto. Cómo no le dije aquello." Y después pasé de pensar en lo que había pasado a lo que podía pasar. "Tengo que mostrarle a Casciari tal texto. No, mejor tengo que mostrarle tal otro. No, que ya es muy tarde. No, que no da. No, parezco un pesado." Me fui a bañar. Bajé un cambio. Me metí en la cama y me puse a leer la Orsai cuatro. Arranqué por la nota de Albert Casals. Me inflamé. Me prendí fuego de pies a cabeza. La leí desesperado. Cerré la revista y empecé: "¿Este pibe le da media vuelta al mundo en silla de ruedas y a mí me da vergüenza mostrar lo que escribo?". Traté de parar un toque la máquina. Y dormirme. No pude. Al final salí de la cama, prendí la computadora y me imprimí una historia que me parece respetable. No me quedaba resma de papel y entonces la imprimí en la parte de atrás de hojas que ya había usado. Eran casi las tres de la mañana y no iba a salir a comprar hojas.

Volví a bajar. Saqué la bici. Y pedaleé por Bolívar hasta el bar. Emoción total. Corazón al taco. Le estoy llevando una historia a Casciari. "¿Y si no está? ¿Y si no me la recibe? ¿Y si la recibe y no le da ni bola? No importa." Lo importante era estar ahí, pedaleando a las tres de la mañana, sintiendo que estaba donde pasan las cosas.

Llegué al bar y ya no recuerdo la hora. Estaba cerrado. Toqué el timbre. Y flasheé con que apareciera Quiosquito, como el domingo que me abrió la puerta a las dos de la tarde y me vendió una revista, aunque estaba todo cerrado. Pero no pasó nada. Ni Quiosquito, ni Casciari ni nada. Me quedé media hora a ver si alguien salía. Nada. Al final (¿tres? ¿tres y media? no me acuerdo) decidí darme por vencido y volver a casa.

Me quedé dormido pensando que al día siguiente iba a escribir un mail como este. Pero no lo hice. Ni el viernes. Ni en todo el fin de semana. Empecé con las excusas. "Voy a parecer un pesado. Le deben llegar un millón de mails como este. Lo que escribo es una pedorrada." Hasta que hoy, sábado, casi las seis de la mañana, me digo casi lo mismo que me dije en la cama con el artículo de Albert. *Si él puede dar media vuelta al mundo...*

Así que acá estoy. Escribiendo un mail al lugar donde están pasando las cosas. El mail tiene varios sentidos. Primero, volver a decir, ahora por escrito, lo que te dije el jueves. Segundo, contar lo que me pasó. Tercero, mandarte esa misma historia que había elegido llevarte en el arrebato nocturno. Sin tocarle una coma. Como viene. ¿Para qué? No sé. Si dejo correr la fantasía, para escribir en Orsai. Es un cuento corto. Se llama "La historia del Power Ranger Rojo". Nunca salió de mi círculo de confianza de amigos y familiares. Pero siento que si hay alguien fuera de ese círculo al que tiene sentido mandárselo, es a vos.

Te mando un abrazo, Juan.

Nunca respondí este mail. Pero esta vez no fue por pereza (como la noche de los timbrazos) sino porque decidí contestar el correo de Juan desde estas páginas y agradecerle públicamente las dos historias. Primero la historia cruzada del timbre, que nos encontró en dos planos diferentes de la misma ciudad, y segundo el cuento que Juan imprimió esa noche y yo no leí entonces, sino algunas semanas más tarde. El cuento habla sobre las historias que nacen donde uno menos se las espera. Es un relato hermoso. Habría sido más fácil pedírselo a Juan para publicarlo en algún número del año que viene, pedirle una pequeña biografía y una foto (en lugar de googlear sus datos de manera clandestina), pero a veces lo más fácil es también lo más aburrido. Es más divertido el guiño de que Juan no sepa nada hasta hoy.

Mientras escribo esto, a mediados de octubre, me imagino un día cualquiera de noviembre en el que Juan recibe su Orsai número nueve y llega a estas líneas, que son la respuesta tardía a un llamado que se oyó en el bar una noche y que, por pereza, atendimos tarde. Me imagino a Juan leyendo este párrafo y creyendo ser lector de la revista. Ahora, en cinco segundos, dará vuelta esta página, la cuarenta y tres, y descubrirá en la cuarenta y cuatro que ya no es lector de Orsai. Es un autor que acaba de tocar el timbre.

LA HISTORIA DEL
POWER RANGER ROJO

Por **Juan Sklar**

Ilustra **Tatiana Córdoba**

A mí me gusta escuchar las historias de las historias. O sea, no solo me gusta que me cuenten una historia, también me gusta escuchar cómo nació esa historia. A quién se le ocurrió, por qué se le ocurrió y cómo pasó de ser una idea más o menos sin forma a una historia completa. La que estoy por contar es la historia de una historia. La historia del guion de una película. De mi primera película.

Todo empezó en diciembre del dos mil diez. A mí me gusta decir *"del* dos mil diez" y no *"de* dos mil diez" porque suena mejor y las cosas prefiero decirlas como suenan mejor y no como es correcto. También prefiero escribir los números con letras, porque "dos mil diez" no es un número, es el nombre de un año, y los nombres escritos con números son un asco.

En diciembre del dos mil diez yo había pegado mi primer laburo en un programa en la tele argentina. A decir verdad, mi segundo laburo, porque el primero había sido en un programa muy chico, en un horario marginal (domingos a la medianoche) y encima era un programa cultural, así que no lo veía nadie. Este otro programa iba todos los días de nueve a diez de la noche, era una ficción y lo veía todo el mundo. Era una cagada sideral, pero considerando las circunstancias, yo estaba muy contento. Se llamaba *Herederos de una venganza* (hasta el nombre era choto) y era un culebrón copia fiel de la idea platónica de culebrón: chica ama chico y no pueden estar juntos por razones más bien pedorras, pero aparentemente desgarradoras. Ciento setenta y nueve capítulos de trunca pasión hasta que en el capítulo ciento ochenta comen per-

dices y cogen sin forro. Fin. *Las circunstancias* que me hacían estar feliz de escribir semejante cagada eran, para empezar, una gruesa cantidad de biyuya, que no solo cubría todos mis gastos, sino que también me permitió salir corriendo a comprarme un aire acondicionado, una bicicleta y un plasma. *Las circunstancias* también incluían mis ganas de hacer algo que saliera al aire y no otro guion comprado por una productora para guardar en un cajón, y que la autora que me convocara fuera S.C., responsable de éxitos como *Locas de amor* y *Trátame bien.* En definitiva: un proyecto que era una mierda, pero que estaba comandado por alguien groso, que tenía aire asegurado y por el cual yo iba a cobrar buena guita. Así que ahí estaba yo, escribiendo (dialogando) el episodio nueve de *Herederos de una venganza* y, lo tengo que aceptar, ya me tenía los huevos llenos. En solo nueve episodios se me había agotado la paciencia para escribir giladas de venganzas y pasiones y gente que escucha secretos atrás de una puerta. Y esto no es una forma de hablar. En todos los episodios de *Herederos de una venganza* del uno al nueve hay alguien escuchando un secreto atrás de una puerta. Y en todos hay una escena con Romina Gaetani en bombacha, o en baby doll, o en toalla saliendo de la ducha. Y no de casualidad sino por explícito pedido de la productora. En fin. Ahí estaba yo, escribiendo el episodio nueve de *Herederos,* Luciano Castro en cueros, Romina Gaetani medio en pelotas, los dos mirándose como cerdos en celo, pero sin tocarse por alguna razón pedorra y aparentemente desgarradora. La verdadera razón era que los protagonistas no pueden coger en el episodio nueve, pero eso hay que enmascararlo con alguna excusa. Creo que era que él no podía dejar de pensar en su esposa muerta, o algo así, no importa, el hecho es que hacía treinta y nueve grados de calor, y como los tipos de la instalación no se habían dignado a venir, mi aire acondicionado descansaba en una caja mientras a mí me chivaban las manos sobre el teclado. En solo nueve episodios pasé de estar contento por mi nuevo trabajo a querer matarme y matar al hijo de puta que había creado *Herederos.* En ese contexto tenía que pensar un diálogo medianamente inteligente, cosa casi imposible de hacer cuando te sudan las manos y los personajes están medio en bolas. Si yo pudiera grabar un video-diccionario con definiciones audiovisuales de términos abstractos, la palabra *frustración* estaría representada por un guionista tratando de escribir una tira diaria con treinta y nueve grados de calor y un niño llorando de fondo. Porque —y acá es cuando realmente empieza la historia—, además del calor, me estaba fumando los llantos del hijo de mi vecina, que lloraba a full pulmón revienta alveolo Pantera doble bombo. El hijo de mi vecina se llama Fermín. Es adorable. Negrito, regordete, divino. Pero cuando llora lo querés ahogar en la bañadera. Lo adoptaron de Formosa, creo, y tiene esa característica que siempre me sorprende de los niños adoptados: se parece mucho a sus padres. En especial a su padre. Así que ahí estaba Fermín llorando al taco, dándole forma a mi entrada de video-diccionario y eso me impedía pensar en una línea de diálogo más o menos verosímil. De pronto paró y sentí el alivio. Silencio. Ahora sí, a escribir. Y entonces otra vez el llanto. La dejé pasar, me tomé un jugo de naranja con mucho hielo, me di un baño. Cuando volví a la computadora, Fermín seguía llorando. Como veía que esto no se iba a solucionar en el corto plazo, dejé mi silla, me puse una remera y fui a tocarle el timbre a María Elena, la madre de Fermín.

María Elena me abrió y ahí estaba Fermín llorando como si le hubieran amputado un dedo sin anestesia. Antes de que pudiera quejarme, María Elena me explicó todo. A Fermín se le había perdido un juguete, el juguete que más quería en el mundo, y estaba desconsolado. Un Power Ranger Rojo que tenía desde que nació. Fermín es un niño que llora bastante, en especial cuando su padre lo deja para irse a trabajar. No sé si es algo en particular de los niños adoptados, o solo de Fermín, pero cada separación de su padre suele estar seguida por cinco minutos de llanto incontrolable. Usualmente esto para cuando Fermín se abraza a su Power Ranger Rojo: una especie de chupete psicológico para la pérdida del padre. Yo lo sé porque María Elena es ama de casa y yo guionista. O sea que pasamos mucho tiempo solos en nuestras casas sin compañía de ningún adulto y cada tanto nos juntamos a tomar mate. Ella para tomarse un recreo de Fermín, yo de Luciano Castro.

Entonces lo que había pasado es que el padre se había ido de la casa y al no haber Power Ranger Rojo que lo consolara, Fermín no paraba de llorar. Y no había perspectivas de que se detuviera en el futuro próximo. Yo no me moría de ganas de volver a mi escena de *Herederos,* pero tenía que entregar ese guion en un rato, y el tiempo se me estaba acabando. Así que tomé cartas en el asunto, me acerqué a Fermín y largué una serie de mone-

rías a ver si el pibe se distraía. No logré nada. Traté de jugarle al fútbol. Nada. María Elena me miraba con la ternura de quien aprecia el esfuerzo pero lo sabe inútil. Entonces tuve un rapto de inspiración y le dije a Fermín: "Yo sé dónde está tu Power Ranger Rojo" y Fermín dejó de llorar de inmediato.

María Elena me miró sorprendida. El Power Ranger estaba perdido, y no había modo de que yo supiera dónde estaba a menos de que me lo hubiera robado. Así que aclaré: "Tu Power Ranger se fue de viaje". Fermín me miraba intrigado, pero sin llorar. Seguí explicando. "El Power se fue de viaje. Se tuvo que ir a los apurones y no tuvo tiempo de despedirse. Yo me lo crucé en el ascensor y me dijo que te explicara a vos por qué se tenía que ir."

María Elena me miraba más con incredulidad que otra cosa, pero lo importante es que Fermín no lloraba. Estaba serio, me miraba fijo, y sin dejar de mirarme me preguntó: "¿Por qué sé fue el Power?". Entonces proseguí: "El Power se fue porque la semana pasada le llegó una carta de su papá. El papá del Power le escribió a su hijo y le contó que estaba muy enfermo y que no sabía cuánto tiempo le quedaba de vida".

El golpe fue realmente bajo, pero ahora tenía toda la atención de Fermín. Este truquito se lo sabe cualquiera que haya visto películas para niños con los ojos abiertos. El fantasma del protagonista en las películas infantiles suele ser, en muchos casos, la pérdida de uno o ambos padres. Simba, Faivel, Nemo, Dumbo, Bambi, y siguen las firmas. La jugada de poner en peligro, hacer desaparecer o directamente matar al padre es tan vieja como efectiva. Por eso no me sorprendió que Fermín quedara atrapado por mi relato de la posible muerte del padre del Power Rojo. Seguí con la historia y le conté que, en la carta, el papá del Power le pedía a su hijo que lo fuera a visitar para estar de nuevo todos juntos: el Power Rojo, su mamá y su papá. Fermín estaba triste, pero había dejado de llorar. Crisis superada. Me fui hasta la puerta, saludé a María Elena y ahí Fermín largó

un "¿y cuándo va a volver el Power?". La puta madre, pensé, inventáte algo. "El Power —dije— tiene que viajar muchos días por el espacio exterior para llegar a ver a su papá. No sabe cuándo va a volver. Pero prometió mandar una carta apenas pueda." Fermín compró la mentira y por un momento pareció satisfecho. Antes de que me pudiera ir, Fermín ya estaba repreguntando: "¿Cuándo va a llegar la carta?". El pibe me había clavado un Tramontina en el ventrículo derecho y antes de que me lo pudiera sacar, le dije que no sabía pero que ni bien la tuviera iba a venir a leérsela.

Volví a mi casa y ahora Fermín no lloraba. Podía sentarme a escribir *Herederos de una venganza* sin interrupciones. El problema era que ahora solo podía pensar en el Power Ranger Rojo.

La mejor manera de escribir algo es tener que escribir otra cosa. Por eso, obligado a narrar los avatares amorosos de Luciano Castro, me sentía impulsado a escribir la próxima carta del Power Ranger Rojo. La escribí de un tirón. Eran cuatro carillas en la cual el Power describía su nave espacial, los preparativos y el despegue de la Tierra. La revisé, la imprimí y volví a la casa de Fermín, esta vez con la carta del Power. Se la leí y el niño estaba completamente absorbido, carcomido por la duda acerca de si el Power podría llegar a casa antes de que su padre muriera. Al final de la carta, el Power se comprometía a escribir una misiva cada día.

Al día siguiente volví con otra carta. Y así durante una semana. Le conté cómo el Power se tuvo que enfrentar a unos perros salvajes de Marte que le querían comer las gomas de su nave (la nave tenía gomas porque también era carro de asfalto lunar), y también le conté la desesperación del Power cuando a su nave se le quemó una bujía en la primera rotonda después de Júpiter. En otra carta conté que en un asteroide perdido el Power conoció a un pibe que vivía solo y se la pasaba leyendo y el pibe, cansado de vivir solo, se había sumado a la aventura. Ahora que tenía con quién charlar, el Pibe Solitario no paraba de hablar. El Pibe Solitario se sabía un montón de libros de memoria y se los recitaba al Power sin olvidarse ni una coma. Esto al Power lo ponía contento porque en la nave no había radio ni equipo de música. En otra de mis cartas, la más lograda a mi entender, conté cómo el Power y el Pibe Solitario habían parado a comer en una parrilla cerca de la Galaxia de Andrómeda en la que atendía una chica muy linda pero un poco triste. El Power le preguntó qué le pasaba, pero la chica no contestó. El Power enseguida se dio cuenta de que la chica, además de ser muy linda y un poco triste, era muy tímida, y entonces le dijo que si no quería hablar que no hablara, que igual podían ser amigos y hablar de otros temas, porque él sabía que a veces no nos gusta hablar de las cosas que nos ponen tristes. La Chica Tímida se puso muy contenta porque no

tenía que hablar de lo que la ponía triste y también se sumó a la aventura. En otra carta relaté el episodio en el cual la Chica Tímida finalmente cuenta lo que la pone mal. Su papá se había separado de su mamá y ahora vivía en otra ciudad con otra señora y tenían otra hija. Y aunque él la llamaba y le preguntaba por el colegio, la verdad es que lo veía muy poco y eso la ponía triste. El Power escuchó todo el relato de la Chica Tímida, y aunque él no dijo nada, ella sintió que el Power la entendía y al final del relato le dio un beso.

Seguí con las cartas día tras día. Si para el mediodía yo no tocaba el timbre, Fermín le pedía a María Elena que me mandara a buscar. Le puse a las cartas mucho más amor y más empeño que a cualquier episodio de *Herederos.* Y a decir verdad, eran mucho mejores. Las aventuras del Power continuaron, hasta que llegó la gran carta final. El Power se reencontraba con su padre enfermo. Pero gracias a la ayuda del Pibe Solitario, que también se sabía de memoria varios libros de medicina, lograron curarlo. El problema, contaba el Power en su última carta, era que su padre ahora estaba muy viejito y débil y no podía ir a trabajar. Entonces su hijo lo tenía que reemplazar en el negocio. El Power le contaba a Fermín que le encantaría volver, pero que no podía. Se tenía que quedar a cuidar a su papá.

No terminé de leer la carta y Fermín me dijo "Está bien. Que lo cuide al papá". Me quedé callado intentando entender qué era lo que había pasado, pero en seguida desistí porque hay ciertas cosas que son más lindas si no las embarrás con palabras. Lo importante era que ahora Fermín no solo no lloraba, tampoco extrañaba al Power Ranger Rojo.

Unos días después tomé las cartas del Power y mi propia experiencia con Fermín y lo transformé en un guion de un largometraje. Se lo di a leer a algunos amigos y después lo presenté a productoras. La tercera fue I.S., una productora argentina que hace animación. I.S. compró el guion y tiene pensado producir la película en el dos mil trece. Va a contar la historia del Power Rojo, la de Fermín y sus padres y la del guionista que a partir de crear una ficción, descubre el modo de reencontrarse con su padre, al que no le habla desde que se fue de su casa. ◣

Juan Sklar (Buenos Aires, 1983). Guionista, escritor. Participó del ciclo de ficción *El hombre de tu vida*, de la comedia literaria *Ver para leer*, y es coautor del ciclo infantil de títeres *Z-TV*, todos en la televisión argentina. Colaboró en las revistas *THC* y *La mujer de mi vida*. Es docente en la escuela "El Laboratorio de Guión".

Ilustraciones: **Tatiana Córdoba**

Ya está todo inventado

Se va a poner contento Juan, cuando vea su cuento publicado —le digo a Chiri—, y además ilustrado por Tatiana, que tiene magia en los dedos.

—¿La conocés, a la chica que dibuja?

—No. Es colombiana, no la vi nunca.

—Porque decís "magia en los dedos" como si quisieras darme a entender que alguna vez tuviste intimidad con ella.

—¡Es una metáfora de que dibuja bien!

—Entonces mejor decí "que dibuja bien" y no generás malos entendidos —me dice.

—¿Estás enojado por algo? —le pregunto.

—No —me dice Chiri—. Pero es raro que hayas publicado ese cuento del Power Ranger sin consultarme.

—Bueno, fue un impulso —matizo—. Además, más o menos nos gustan las mismas cosas. Si lo hubieras leído vos primero, también te habría gustado el cuento.

—Sí, me gusta mucho —me dice—, pero yo me doy cuenta de ciertas cosas que a vos se te escapan. Por ejemplo: ¿conocés un libro que se llama *Kafka y la muñeca viajera*?

—No.

—Me imaginaba —me dice, misterioso—. La historia que se cuenta en ese libro es la siguiente: un día que Kafka caminaba por un parque se topó con una nena que lloraba porque había perdido a su muñeca. Kafka se acercó a la nena y le dijo que dejara de llorar porque la muñeca en realidad no estaba perdida sino que se había ido de viaje: él lo sabía.

—¿Cómo lo sabía?

—Porque había recibido una carta de ella.

—Ah, ok.

—Durante las dos semanas siguientes Kafka redactó una carta por día (firmada por la muñeca), que le leía a la nena por la tarde. Cuando supo que era el momento adecuado, escribió la última. "Tú misma comprenderás que en el futuro tendremos que renunciar a volver a vernos", se despide la muñeca, feliz porque se va a casar. Y entonces la nena le dice adiós en paz. Y deja de extrañarla.

—¡Ah, sos un hijo de puta! —le digo—. ¿Qué querés decir, que Juan, el que nos tocó timbre, se copió de Kafka?

—¡No! —me dice Chiri—. Seguramente fue casualidad. Pero quiero hacerte entender que tengo más lecturas que vos.

—Si vamos a jugar en ese terreno, el cuento de Juan también se parece a *El Principito*, que va de planeta en planeta conociendo gente y viviendo aventuras. Pero así pasa con todo, Christian Gustavo. Juan homenajea a Kafka, y Kafka homenajea a Dostoievski. ¿Sabías que el principio de *La metamorfosis* es casi igual a una parte de *Crimen y Castigo*?

—¡No! —me dice—. ¿Lo plagió?

—Más o menos. Escuchá lo que escribe el ruso: "A la mañana siguiente se despertó tarde, tras un sueño agitado que no lo había descansado. Raskolnikov se había retirado deliberadamente, como una tortuga bajo su caparazón". Y ahora oí lo que escribe el orejudo: "Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto. Se hallaba echado sobre el duro caparazón".

—¡Es lo mismo!

—¿Viste? Y tengo otra. En el primer párrafo del cuento *La loca y el relato del crimen*, Piglia escribe: "Gordo, difuso, melancólico, el traje de filafil verde nilo flotándole en el cuerpo, Almada salió ensayando un aire de secreta euforia para tratar de borrar su abatimiento". Y en la página 133 de *Bartleby y compañía* el catalán Enrique Vila-Matas pone lo siguiente: "Luego frunció el ceño y se miró las uñas y acabó estallando en una obscena y vulgar carcajada, como ensayando un aire de euforia para tratar de disimular su profundo abatimiento".

—¿Y eso lo descubriste vos solito?

—Yo no tengo *mis propias lecturas...*

—No te enojes, gordito. Hay gente que se pasa la vida leyendo buena literatura, y hay otra gente que mira series de submarinos. Nadie es mejor que nadie.

—La serie de submarinos está buena —le digo—. Y vos sos una mala persona.

—¿Por?

—Porque seguro que Juan, el autor del cuento, se puso contento cuando vio su trabajo publicado, y ahora, seis páginas después, venís vos a decir que se copió de Kafka. ¿Era necesario?

—No existe el plagio —me dice Chiri—. Todo es metaliteratura. O en todo caso azar o mala memoria. Leé el capítulo del folletín de Caro Aguirre de la página 114. Vas a ver.

—¿Vos sabías que "Orsai" era un programa de televisión del gordo Bonadeo y Pettinato, no?

—¡Shhh! ◣

OLIMPIADAS DE LA VIDA

SALTO DE CAMA

AUTOMOVILISMO URBANO

CICLISMO EXTREMO

RESISTENCIA DE SILLA

ESGRIMA ARGUMENTAL

BOXEO VERBAL

LUCHA DE EGOS

EVASIÓN DE IMPUESTOS

MONTAÑISMO SOCIAL

ATLETISMO LABORAL

HALTEROFILIA EMOCIONAL

GIMNASIA SEXUAL

DIGITACIÓN

LEVANTAMIENTO DE TARRO

REMO CONTRA CORRIENTE

RELEVOS

Por José A. Pérez

Francisco Franco

"No recuerdo nada de la Guerra Civil, pero la resaca me duró años"

En la última entrevista del año no podíamos conversar con muertos de segunda. Nuestro médium se adentró en los inframundos y encontró a la figurita difícil: el Generalísimo. Esta entrevista se realizó mediante el uso de ouija la medianoche del trece de septiembre de 2012 en la casa del periodista, mientras España se iba al infierno.

Un agujero se abre en el continuum espacio temporal, comunicando mi salón comedor con el más allá. La entropía se ordena. Ante mí se despliega El Otro Lado.

—Hola, ¿podría hablar con Francisco Franco?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Me llamo José, me gustaría hacerle una entrevista.

—José. ¿Es usted español?

—Sí.

—¡Bien! ¡Arriba los españoles! ¡Arriba España!

—Sí, bueno. Lo primero… No se ofenda, pero me gustaría saber dónde se encuentra usted.

—No me ofendo. Ofenderse es de rojos, masones y maricones. Los españoles no se ofenden. Como mucho se azoran, pero jamás se ofenden. Y me encuentro en el cielo, por supuesto. La gente buena va al cielo, ¿no lo sabe usted?

—Sí, lo sé, pero…

—La gente buena va al cielo, y los rojos, los masones y los maricones van al infierno. Ah, y los franceses.

—¿Y los dictadores no?

Se hace un silencio. La tensión flota entre dos realidades, el éter se tensa. Espero que los vecinos no le digan nada al casero porque en el contrato de alquiler figura expresamente la prohibición de tensar el éter a partir de las diez de la noche.

Mi entrevistado se pronuncia por fin:

—Dictar no es un pecado. Jesús dictaba. Decía: Pedro, ven para aquí, Pablo, vete para allá. Dictar es amar.

—Ya. Dígame, ¿sigue los avances de España desde el cielo?

—Si con avances te refieres a que las rojas puedan abortar por la calle, sí, los sigo.

—Bueno, yo no diría tanto como eso.

—Francamente, lo que diría usted me importa un cuerno. Lo que yo sé es que España ha estado en manos de una panda de masones durante demasiados años. Uno no puede dejar que las mujeres aborten cuando quieran o tendrás un país de zorras comunistas practicando el coito solo por el placer de abortar.

—Con el debido respeto, Caudillo, no creo que a nadie le guste abortar.

—Mire, yo me conozco perfectamente a esos masones, ¿no ve que maté a muchísimos? ¡Son todos iguales, solo les mueve el vicio! Si dejas que los maricones se besen por la calle, luego te pedirán que les dejes casarse. Si dejas que se casen, te pedirán que les dejes tener hijos. Y, para cuando te quieres dar cuenta, el país está lleno de maricas embarazados abortando por las esquinas.

—Hablemos de usted. Se calcula que, durante su mandato, fueron ejecutadas cincuenta mil personas.

—No esperará que lleve la cuenta.

—Es la cifra que dan los libros de Historia.

—¡La Historia es un invento de los rojos!

—¿Sí?

—¡Por supuesto! ¿No le parece mucha casualidad que tanto Hitler como Mussolini como yo mismo seamos tan criticados en esos libros? Hombre, digo yo que tan mal no lo haríamos todo, ¿no?

—Pero ustedes mataban a la gente.

—¡Venga, por favor, todos los gobiernos matan! Solo que algunos matan dentro de sus fronteras y otros fuera. Por algún motivo, matar fuera está mejor visto que matar dentro, pero deje que le diga una cosa: la única ventaja que tiene matar fuera de tus fronteras es que te dejan organizar unas olimpiadas.

—Pero usted es católico, y matar es pecado.

—No, lo que es pecado es matar al buen tuntún. Y la gente seria nunca mata al tuntún, mata solo a quien lo merece. A terroristas y masones y rojos y maricones. A la gente peligrosa, vaya. A Dios eso le parece bien. Créame, se lo he preguntado. Le dije: Dios, ¿qué opinas de matar? Y me dijo: "¿Tú qué crees?, yo inventé el colesterol".

—¿Me está diciendo que Dios apoya que los Gobiernos maten?

—¡Por supuesto! Dios es el mayor fascista que he conocido en mi vida. ¡Pero si mató a todos los primogénitos de Egipto por un quítame allá esas pajas! Llego a hacer yo algo así y me tiran una bomba atómica en Madrid. ¿Cómo no va a ser fascista Dios? ¿Usted cree que se puede crear el universo usando la democracia? Na. Para las cosas importantes hace falta mano dura.

—¿Qué recuerdos tiene del alzamiento militar que usted protagonizó y que acabó dando lugar a la Guerra Civil?

—Bueno, ¿quién no ha hecho alguna locura en su juventud?

Franco ríe con nostalgia.

—Digamos que el alzamiento fueron las típicas dos cañas que se te van de las manos, ¿sabe usted? Si le soy sincero, no me acuerdo de casi nada de la Guerra Civil, pero le aseguro que la resaca me duró años.

—Usted mostró públicamente su apoyo a Hitler, que ha quedado para la Historia como uno de los mayores dementes criminales.

—Hombre, tanto como demente criminal… no sé, igual es exagerar un poco, pero un tío raro sí que era, desde luego.

—¿Raro?

—Mucho. Muy raro. No le gustaba el queso.

—¿Cómo dice?

—Como lo oye. Asombroso, ¿eh? Quedé con él una vez, en Hendaya, para tratar un asuntillo sin importancia. Y le llevé queso. Un queso estupendo, de oveja, muy bueno. Lo probó un poco y lo escupió. ¿A qué clase de hombre no le gusta el queso?

—No sé.

—Yo se lo diré: a uno muy raro. Era muy especial, Hitler, no sé si sabe lo que quiero decir.

—Especial.

—Sí, ya sabe… Especial. Le gustaban mucho los hombres de uniforme. Y los hacía desfilar continuamente. No paraba de hablar de cómo debía ser el alemán perfecto. Y, bueno, raramente decía que el alemán debía ser serio o, no sé… inteligente. Él solo decía que tenía que ser rubio y musculoso, no sé si me entiende.

—¿Está sugiriendo que Hitler era gay?

—¿Qué es gay?

—Homosexual.

—¡Ah! Maricón.

—Eh… Sí.

—¡Pues me hablas en español, coño! El inglés es el idioma de los turistas. ¿Acaso nuestro idioma no puede describirlo todo? ¿Acaso existe un algo en el mundo que no pueda ser descrito en el idioma de la raza española? ¡Nosotros vencimos a los moros! ¡Nosotros descubrimos América y matamos a cientos de miles de indios! ¡No matamos más indios porque no los encontramos! Los españoles no hacemos coffee breaks, los españoles paramos un momento para tomar el café. Un español no tiene hobbies, tiene actividades de tiempo libre. Un verdadero español no come de catering, sino que ingiere alimento a través de un servicio que provee de una determinada cantidad de bebida y comida en fiestas y eventos de diversa índole.

—Entiendo.

—¿Seguro?, porque yo creo que no. A los jóvenes se os ha olvidado lo que significa España.

—¿Y qué significa?

—España significa grandeza. Significa ansia de conquista. ¿Sabe usted por qué no creé yo un programa espacial, sabe por qué no quise mandar astronautas españoles a la Luna?

—¿Por qué?

—Porque en la Luna no hay gente a la que matar. Los españoles no queremos conquistar sitios vacíos, eso no tiene mérito, eso es cosa de

extranjeros. ¿De qué sirve llegar a la Luna, poner la bandera y marcharte? ¡Eso lo puede hacer un mono, y hasta un francés! ¡El mérito está en matar a miles, millones de indios! ¡Eso es ser español, cojones ya!

—Vale. Hablemos ahora, si le parece, de sus últimos años. Usted nombró como sucesor a Juan Carlos de Borbón, actual rey de España.

—Sí, un gran tipo. No muy listo, es verdad, pero simpático. Un día le dije: Juan, a ti te va a tocar la parte más difícil, que es convencer a la gente de que esto es una democracia. Alzó los dos brazos y gritó entusiasmado: "¡Vagina!" No decía mucho más que eso en aquella época. Aprendió esa palabra y la iba repitiendo por todas partes. No era un tipo muy listo, ya le digo. De hecho, le teníamos prohibido tocar el arma desde la última vez que le dimos una y mató a siete prostitutas por accidente. No vea la que armó. Y, claro, ese tipo de incidentes son terriblemente incómodos para un gobernante porque, una vez mueren siete prostitutas, ya no hay quién te libre de matar a, por lo menos, veinte testigos y volar un periódico. Gobernar es mucho más complicado de lo que la gente cree.

—Me hablaba de Juan Carlos de Borbón.

—¡Ah, sí! Perdone, es que a veces pierdo el hilo. Juan Carlos, sí. Pues ya le digo, muy majo, pero no muy listo. Una vez le sorprendí coqueteando con una lámpara. Se lo dije, le dije: Juan, es una lámpara. Me respondió: "¡Vagina!" Le encantaba esa palabra por entonces.

—Pero si Juan Carlos de Borbón era… así como dice, ¿por qué le nombró su sucesor?

—Bueno, necesitaba un hombre de paja que no molestara a quienes realmente quedarían al mando del país. Su misión debía limitarse a aparecer de vez en cuando ante los medios y sonreír. Eso y salir por la tele en Navidades. Fue todo lo que le pedí y él me dijo "vagina".

—Dígame, después de haber tomado tantas decisiones en la vida, ¿se arrepiente de algo de lo que hizo?

—Bueno, pensándolo con perspectiva, creo que enterrar a los rojos en cunetas fue un error.

—Me alegra oír eso.

—Sí, debimos quemarlos. Porque, si los entierras, siempre habrá algún descerebrado que querrá sacarlos tiempo después. Si algo nos ha enseñado la Historia es que no hay tumba lo suficientemente profunda o escondida que no quiera ser abierta por algún imbécil. Mire Tutankamón. Afortunadamente, en lo que a fosas comunes se refiere, yo lo dejé todo atado y bien atado.

—¿En qué sentido?

—Apartamentos.

—¿Cómo?

—Apartamentos. Ordené construir apartamentos encima de las fosas. Miles, decenas de miles de apartamentos por toda España. ¡Ja! Soy un genio, ¿eh? Fue una jugada maestra, no solo almacenábamos a montones de pobres en un mismo sitio, ¡sino que los plantábamos encima de sus abuelos!

—O sea, que el desarrollismo fue una consecuencia de poner cemento encima de las fosas comunes.

—Efectivamente. ¿Sabe usted Federico García Lorca?

—Sí, hombre, por supuesto.

—Pues le matamos nosotros. ¿Y sabe dónde está?

—No.

—Debajo de un edificio de apartamentos. Durante muchos años tuvo un videoclub justo encima. Por maricón.

—Ya que saca el tema de Lorca… ¿No cree que la represión que ejerció contra la disidencia intelectual condenó al país a un largo futuro de pobreza cultural?

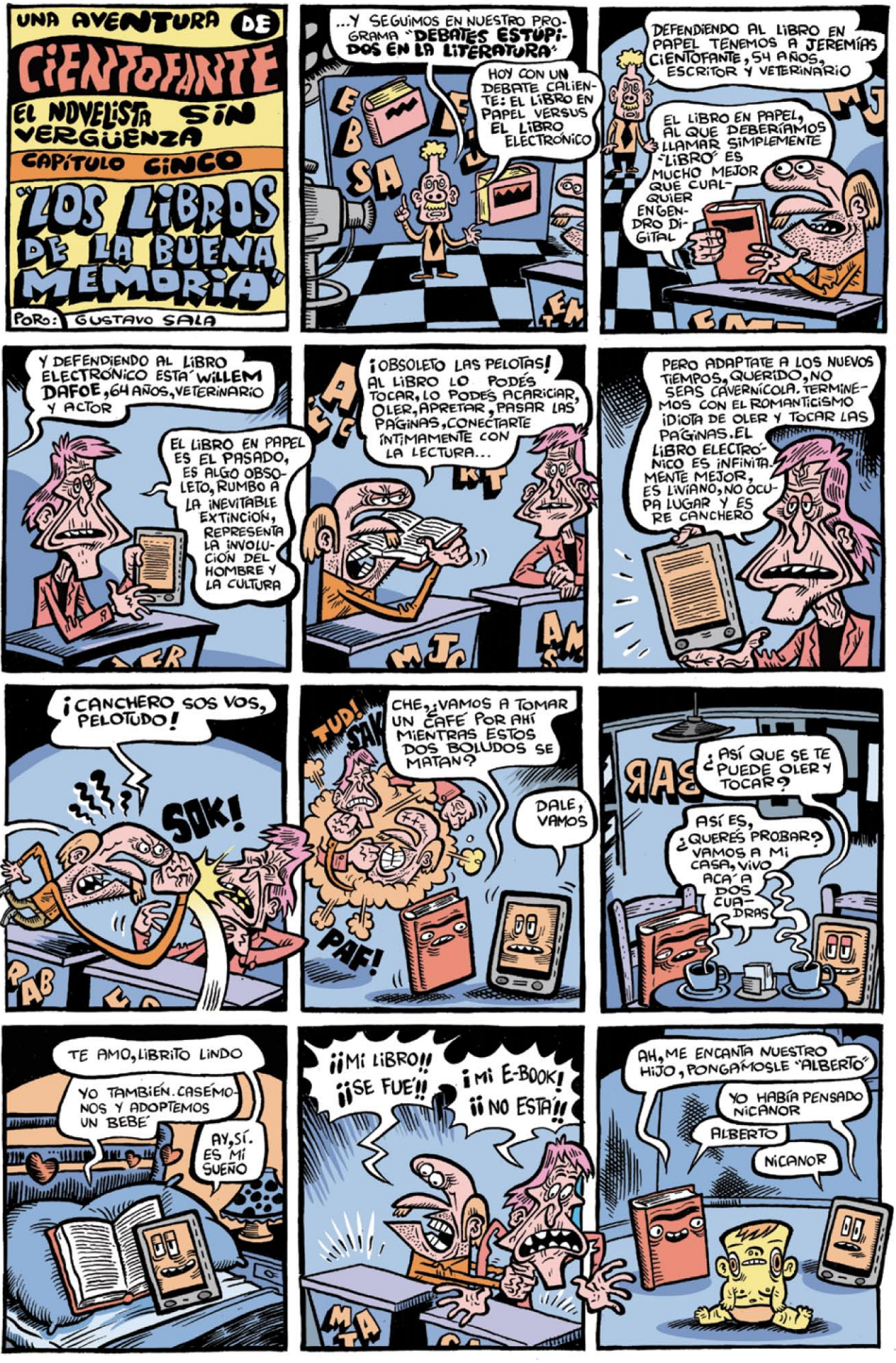
—Mire, a mí la cultura me gusta mucho. Pero la cultura de verdad, o sea, los toros y la caza, lo que viene a ser matar animales. Pero no puede ser que llamemos cultura a cualquier cosa solo porque rime. Y eso en el mejor de los casos, porque llegó un momento en que los rojos ni se molestaban en rimar. Como esas cosas que escribía Lorca: "La luna vino a la fragua con su polisón de nardos". Venga, por favor. ¿Usted dejaría a su hijo con alguien que escribe eso?

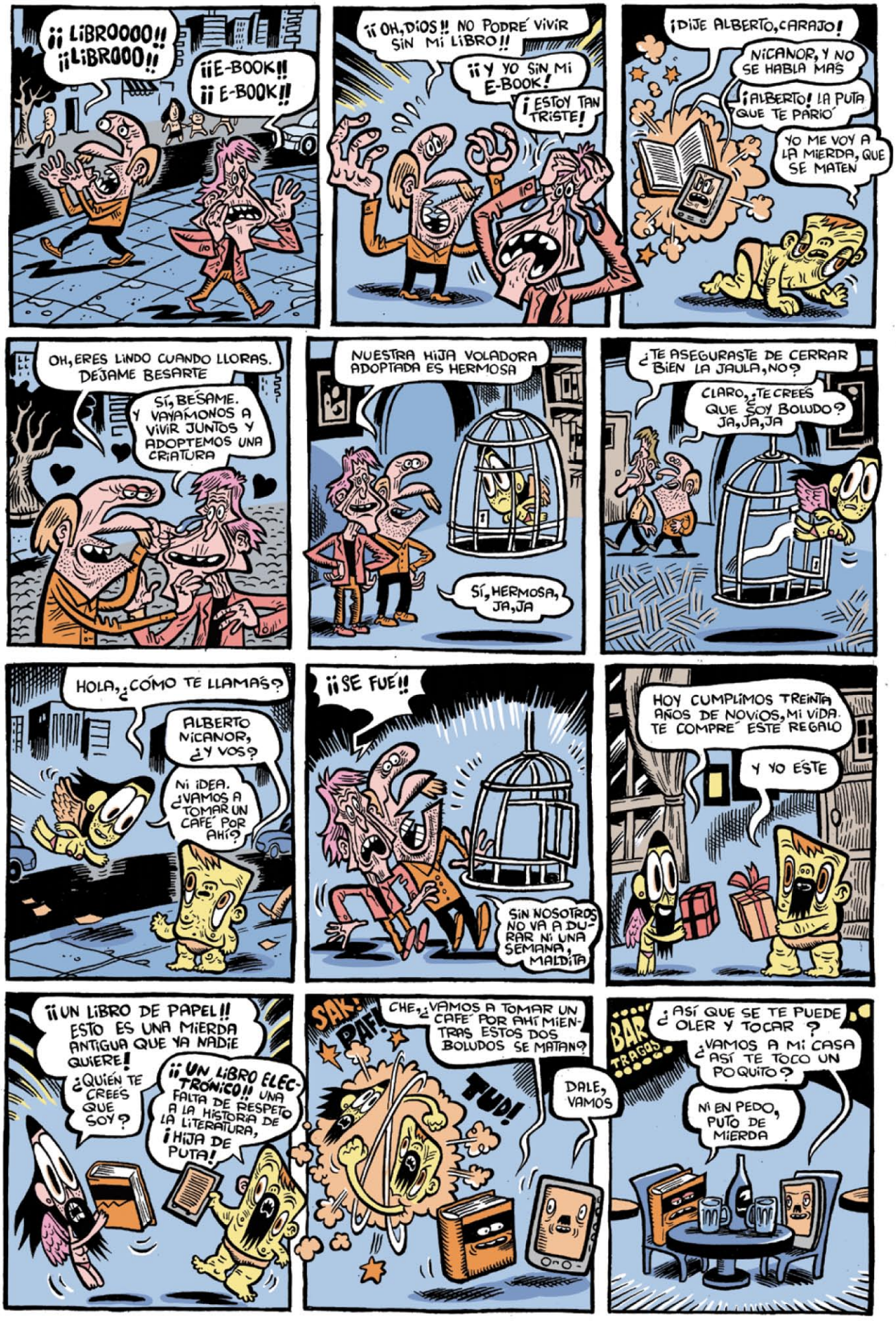
—En España se están retirando muchos de los símbolos franquistas que había por la calle. De hecho, creo que ya apenas quedan esculturas suyas en plazas públicas. ¿Cómo le hace sentir eso?

—Yo quiero estar en el corazón de España, no en sus rotondas. Y de ahí no podrían sacarme.

—Una última cosa. Si la raza española es superior, ¿por qué España es el país donde más temporadas lleva Gran Hermano?

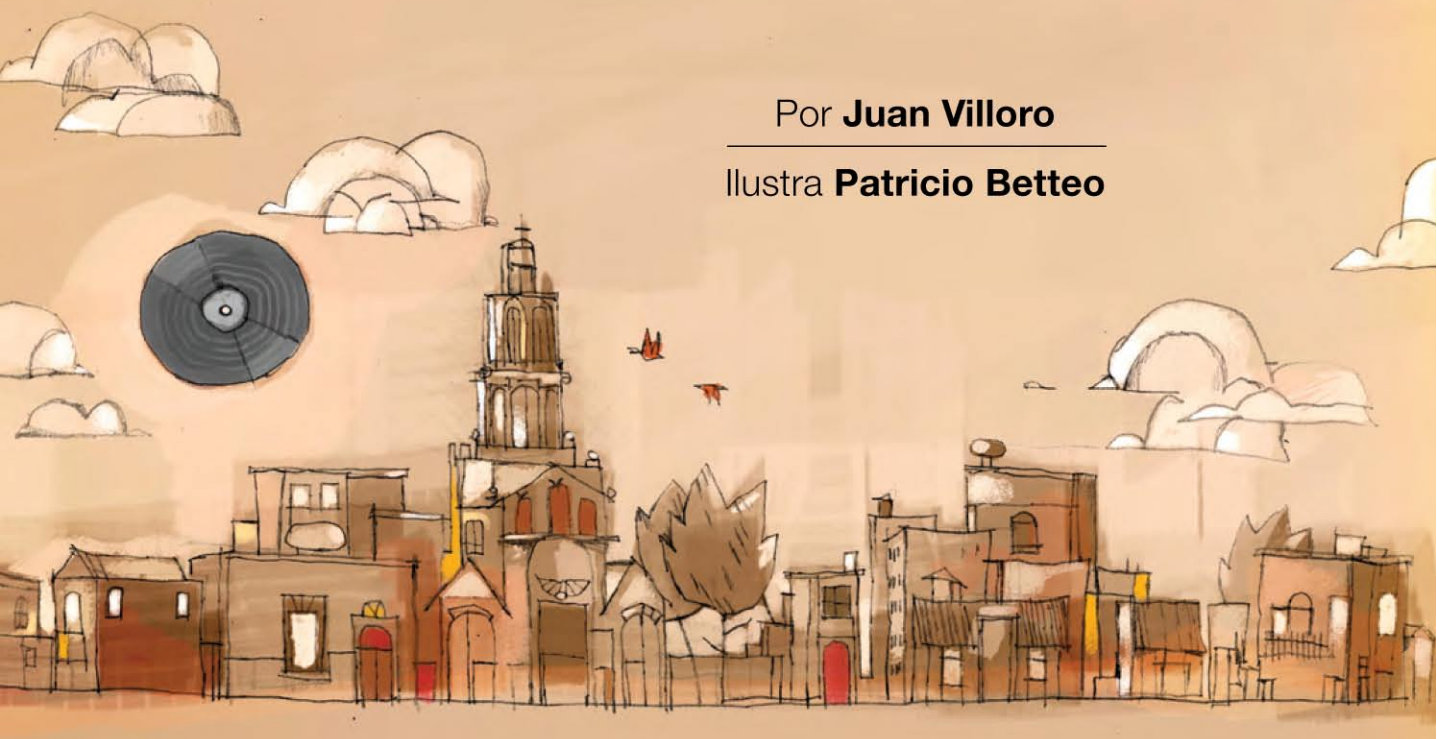
No hay respuesta. El agujero en el éter se desvanece. En el piso de abajo, el vecino grita que baje el volumen del Más Allá o llamará a la policía. Algunos, dice, madrugan mañana.


UNA AVENTURA DE
CIENTOFANTE
EL NOVELISTA SIN VERGÜENZA
CAPÍTULO CINCO
"LOS LIBROS DE LA BUENA MEMORIA"
POR: GUSTAVO SALA
...Y SEGUIMOS EN NUESTRO PROGRAMA "DEBATES ESTÚPIDOS EN LA LITERATURA"
HOY CON UN DEBATE CALIENTE: EL LIBRO EN PAPEL VERSUS EL LIBRO ELECTRÓNICO
DEFENDIENDO AL LIBRO EN PAPEL TENEMOS A JEREMÍAS CIENTOFANTE, 54 AÑOS, ESCRITOR Y VETERINARIO
EL LIBRO EN PAPEL, AL QUE DEBERÍAMOS LLAMAR SIMPLEMENTE "LIBRO" ES MUCHO MEJOR QUE CUALQUIER ENGENDRO DIGITAL
Y DEFENDIENDO AL LIBRO ELECTRÓNICO ESTÁ WILLEM DAFOE, 64 AÑOS, VETERINARIO Y ACTOR
EL LIBRO EN PAPEL ES EL PASADO, ES ALGO OBSOLETO, RUMBO A LA INEVITABLE EXTINCIÓN, REPRESENTA LA INVOLUCIÓN DEL HOMBRE Y LA CULTURA
¡OBSOLETO LAS PELOTAS! AL LIBRO LO PODÉS TOCAR, LO PODÉS ACARICIAR, OLER, APRETAR, PASAR LAS PÁGINAS, CONECTARTE ÍNTIMAMENTE CON LA LECTURA...
PERO ADAPTATE A LOS NUEVOS TIEMPOS, QUERIDO, NO SEAS CAVERNÍCOLA. TERMINEMOS CON EL ROMANTICISMO ¡IDIOTA DE OLER Y TOCAR LAS PÁGINAS. EL LIBRO ELECTRÓNICO ES ¡INFINITAMENTE MEJOR, ES LIVIANO, NO OCUPA LUGAR Y ES RE CANCHERO
¡CANCHERO SOS VOS, PELOTUDO!
SOK!
CHE, ¿VAMOS A TOMAR UN CAFÉ POR AHÍ MIENTRAS ESTOS DOS BOLUDOS SE MATAN?
TUD!
SAK
PAF!
DALE, VAMOS
¿ASÍ QUE SE TE PUEDE OLER Y TOCAR?
ASÍ ES, ¿QUERÉS PROBAR? VAMOS A MI CASA, VIVO ACÁ A DOS CUADRAS
TE AMO, LIBRITO LINDO
YO TAMBIÉN. CASÉMONOS Y ADOPTEMOS UN BEBÉ
AY, SÍ. ES MI SUEÑO
¡¡MI LIBRO!! ¡¡SE FUE!!
¡MI E-BOOK! ¡¡NO ESTÁ!!
AH, ME ENCANTA NUESTRO HIJO, PONGÁMOSLE "ALBERTO"
YO HABÍA PENSADO NICANOR
ALBERTO
NICANOR


¡¡LIBROOOO!!
¡¡LIBROOO!!
¡¡E-BOOK!!
¡¡E-BOOK!!
¡¡OH, DIOS!! NO PODRÉ VIVIR SIN MI LIBRO!!
¡¡Y YO SIN MI E-BOOK!
¡ESTOY TAN TRISTE!
¡DIJE ALBERTO, CARAJO!
NICANOR, Y NO SE HABLA MÁS
¡ALBERTO! LA PUTA QUE TE PARIÓ
YO ME VOY A LA MIERDA, QUE SE MATEN
OH, ERES LINDO CUANDO LLORAS. DÉJAME BESARTE
SÍ, BÉSAME. Y VAYÁMONOS A VIVIR JUNTOS Y ADOPTEMOS UNA CRIATURA
NUESTRA HIJA VOLADORA ADOPTADA ES HERMOSA
SÍ, HERMOSA, JA, JA
¿TE ASEGURASTE DE CERRAR BIEN LA JAULA, NO?
CLARO, ¿TE CREÉS QUE SOY BOLUDO? JA, JA, JA
HOLA, ¿CÓMO TE LLAMÁS?
ALBERTO NICANOR, ¿Y VOS?
NI IDEA. ¿VAMOS A TOMAR UN CAFÉ POR AHÍ?
¡¡SE FUÉ!!
SIN NOSOTROS NO VA A DURAR NI UNA SEMANA, MALDITA
HOY CUMPLIMOS TREINTA AÑOS DE NOVIOS, MI VIDA. TE COMPRÉ ESTE REGALO
Y YO ÉSTE
¡¡UN LIBRO DE PAPEL!! ESTO ES UNA MIERDA ANTIGUA QUE YA NADIE QUIERE!
¿QUIÉN TE CREÉS QUE SOY?
¡¡UN LIBRO ELECTRÓNICO!! UNA FALTA DE RESPETO A LA HISTORIA DE LA LITERATURA, ¡HIJA DE PUTA!
SAK!
PAF!
CHE, ¿VAMOS A TOMAR UN CAFÉ POR AHÍ MIENTRAS ESTOS DOS BOLUDOS SE MATAN?
TUD!
DALE, VAMOS
BAR TRAGOS
¿ASÍ QUE SE TE PUEDE OLER Y TOCAR?
¿VAMOS A MI CASA ASÍ TE TOCO UN POQUITO?
NI EN PEDO, PUTO DE MIERDA

LA GUITARRA DE SANTANA

Juan Villoro prepara un libro que descubre una realidad alarmante: los músicos de rock ya son ancianos. La mística de los sesenta y los setenta sigue viva, pero acusa pérdida de la memoria. "La guitarra de Santana" es una historia exclusiva de ese libro.



Por **Juan Villoro**

Ilustra **Patricio Betteo**

La historia de los Beatles cambió cuando George se casó con una mexicana. Es lo que piensa un amigo al que llamaré Ariel para proteger su trayectoria. De acuerdo con él, Olivia Arias llevó el resentimiento a Abbey Road. Hasta entonces, el guitarrista había estado en el cuarteto más célebre de la historia con la desprendida gratitud del fan que es aceptado por sus ídolos. Era un seguidor dentro del grupo.

Fue feliz, hizo un magnífico álbum triple como solista, se aficionó a la jardinería y las carreras de Fórmula 1, viajó a la India, mantuvo su karma en perfecto estado y se preparó para una dorada posteridad.

Sin embargo, llegó el día en que George se sintió menospreciado y declaró que los otros nunca lo habían tomado en cuenta. De pronto hablaba como mexicano ultrajado. El Beatle melancólico estaba demasiado cerca del budismo para sentir auténtico rencor, pero sus quejas llevaban un inconfundible sello de ardor latino: eran un sufrimiento que aliviaba. Si John y Paul no lo hubieran

TOWER
RECORDS

marginado, él habría destacado más. Eso le dolía; al mismo tiempo, era un descanso saber que sus limitaciones se debían a los demás.

En opinión de Ariel, esa fue la más contundente contribución de la psicología nacional al rock. Santana no era nada en comparación con eso. La gran paradoja del extraordinario guitarrista de Jalisco es que exuda virtudes antillanas.

"Eso no es nuestro, lo nuestro el agravio", argumenta Ariel: "Rulfo describe a Pedro Páramo como 'un rencor vivo'. Cherchez la femme: psicológicamente, Harrison es más mexicano que Santana".

La historia que estoy tratando de contar trata de identidad, memoria y desmemoria, es decir, de rencor. Hay que comenzar aceptando los valores del protagonista: de acuerdo con Ariel, George bebió el eficaz veneno de la insidia.

¿Qué tan objetivo es este juicio? Como todas las valoraciones, define más a quien la otorga que a quien la recibe.

Ariel es uno de los mejores críticos de rock de México, lo cual significa que sabe mucho y casi nadie lo conoce. Durante tres décadas y media ha escrito en publicaciones que se llevan bien con el secreto. En una ocasión incluso se apoderó de una revista médica para hacer una "Anatomía del rock", pero la hazaña no abandonó las salas de espera de los consultorios.

No ha reunido sus críticas en libro ni las ha sistematizado en una enciclopedia. Muchos de los periódicos contraculturales que mejoró con sus textos desaparecieron sin pasar por las hemerotecas y él evitó almacenarlos porque bastantes problemas tiene con sus catorce guitarras cada vez que se muda de casa.

Conserva los instrumentos como talismanes. Hace años que no los conecta a un amplificador. Militó en conjuntos dignos de sus nombres (La Decena Trágica, Antiguo Testamento), pero se hartó de tocar en locales con más ratas que groupies y prefirió el no siempre definible oficio de "intelectual del rock".

Cada vez que atraviesa por dificultades económicas, me "vende" una de sus guitarras a condición de recuperarla cuando tenga dinero. Soy la casa de empeños donde deposita lo que más quiere y menos necesita. Me gusta guardar las guitarras porque me sugieren recuerdos que no tuve. Ser transitorio albacea de una Fender Telecaster o una Gibson me ayuda a retocar mi memoria.

En la infancia, nada me hubiera gustado tanto como ser propietario de una guitarra eléctrica. Tuve que conformarme con un ejemplar de madera de Michoacán tamaño juvenil ("tercerola", se le decía a este modelo para bolerista a escala).

Llevo un "libro de saldos" con los adeudos de Ariel. Por eso sé que fue en junio de 2001 cuando se presentó a empeñar una Fender Telecaster color helado de vainilla. Habló con el despecho que atribuía a Olivia Arias, la esposa de George. Se había humillado concursando con jovencitos en una trivia de rock.

"Pero descubrí un crimen", sonrió a lo Keith Richards, sin sacarse el cigarro de la boca.

"¿Mataron a un concursante?"

"No vayas tan rápido, Slowhand."

Hizo un largo paréntesis para repasar la trayectoria del gran icono mexicano del rock. Carlos Santana tenía que ver en el asunto.

Para el creador de "Samba pa' ti", Dios era la fuente más segura de electricidad. Profesaba una devoción difusa por una deidad que anima sus seis cuerdas y no aparecía en ninguna capilla del país.

El músico que comenzó como mariachi en Autlán, Jalisco, y aprendió a tocar guitarra eléctrica en Tijuana, de la mano de Xavier Bátiz, había olvidado el español (o al menos la parte relacionada con los adverbios). Un trance místico lo llevó a adoptar el nombre hindú de Devadip. Con todo, Carlos Santana aseguraba que no ha perdido sus raíces; lo cual era cierto, porque las había inventado.

México representaba para él la Arcadia donde los ritmos latinos se confunden. Criado en el semidesierto, tocaba para demostrar que el alma incluye cocoteros.

En 1999, el exmariachi grabó un disco digno de su nombre: *Supernatural*. Después de trece años de aspirar al Grammy, recibió nueve trofeos. Un reconocimiento retrospectivo para quien demostró que también las maracas pertenecían a la generación Woodstock.

Ariel acarició su hipotecada Fender, hizo una pausa, encendió otro cigarro, y continuó con la revisión de Santana.

México había mostrado su condición de espejo servil ante lo que pasa fuera:

"Santana se fue, le valemos madres, su español es un guacamole sin artículos, pero nos encanta decir que es nuestro", expulsó humo con indignación.

El municipio de Autlán decidió honrar al hijo pródigo que salió de ahí silbando una canción ranchera. En la plaza de armas, presidida por un

kiosco para banda de pueblo y bancas donde los novios se toman de la mano, se edificó un tardío monumento al principal músico de rock nacido en México.

Santana compareció en bronce, rodeado de cinco pedestales vacíos (pensados con optimismo para futuros músicos de la región, un círculo de piedras como un Salón de la Fama del Porvenir).

De pronto sentí una inspiración digna de Watson:

"Sé cuál fue el crimen".

La guitarra de bronce de Santana acababa de ser robada.

"Yo sé quién fue", Ariel habló con superioridad.

Entonces se refirió al extraño concurso en el que había participado y que lo tenía tan molesto. El premio consistía en darle la vuelta al mundo comprando discos en Tower Records. La compañía cambiaba memoria por memorabilia y mostraba que en tiempos de globalización el cliente puede ser enviado hacia el producto.

Desde hace años, Ariel se queja de que sus recuerdos se desordenan como fichas de dominó y culpa de ello al ácido lisérgico (al que también culpa de su impuntualidad y de los lugares prohibidos donde estaciona su coche). La verdad sea dicha, su memoria es imponente pero sucede en fases. Es un Funes transitorio, al que de pronto se le va la luz.

En el concurso, demostró la superioridad de un profesional del recuerdo ante la generación digital que se sirve de prótesis para almacenar datos y concibe la memoria como un hobby, no como un hábito muchas veces doloroso, difícilmente adquirido en fotocopias de revistas marginales.

En 2001 mi amigo tenía cincuenta años y competía contra adversarios que no entendían el recuerdo como un artículo de fe y estaban ahí por diversión. Derrotarlos era tan agraviante como ser derrotado.

Se sintió tan ajeno a la circunstancia que su memoria funcionó mejor que nunca. Los nervios no entraron en juego porque era el raro del acontecimiento. Cualquier resultado sería justificable.

Obtuvo la más alta puntuación. En cuanto supo que había ganado, se avergonzó de ser un veterano de la psicodelia movido por hábitos de consumo. ¿Valía la pena hacer una circunnavegación consumista en nombre del rock para regresar con veinticuatro horas de jetlag? Lector de Conrad, aceptó el título infamante y renunció al premio.

Lo más importante del concurso fue el odio que cobró por cierto personaje, un promotor con sobrepeso que se hacía llamar Ronnie y deseaba orbitar el mundo para traerle discos a una chica que desde hacía cinco años no quería ser su novia. El tipo insultó a Ariel a la salida del cotejo:

"Te dejaron copiar; nadie se atreve a eliminar a un anciano".

En la escala de valores de Ariel, no hay nada peor que un hippie senil. El decano de la crítica había alcanzado un deterioro tan conmovedor que merecía un premio. Eso insinuaba su rival, el promotor de conciertos con sobrepeso:

"¿Vinimos a hablar de rock o al pabellón de geriatría?".

El mundo del rock comenzaba a ser dominado por la tercera edad y los mayores cosechaban beneficios. La rebeldía era el patrimonio de los jubilados. El eslogan de la época podría ser: "¿Dejarías a tu abuela salir con un Rolling Stone?".

México es un país tan piramidal que incluso la cultura alternativa se somete a una jerárquica organización de la realidad. Ariel triunfó para satisfacer a la cúpula y enardecer a las bases, algo francamente azteca. Los responsables de dar el premio lo vieron de modo piadoso (el anciano que aún respira) y los demás participantes lo vieron de modo darwinista (el anciano que se roba el oxígeno). El rock se había convertido en una disputa por los privilegios de los ancianos.

En un alarde nacionalista, buena parte de las preguntas habían tenido que ver con nuestro único rockero de rango internacional, Carlos Santana. Una de ellas se refería a la deidad a la que rindió tributo en su disco Abraxas. Solo Ariel había podido contestarla.

"¡Pero yo soy de Autlán!", exclamó el promotor, en el tono de un mariachi suficientemente ridículo para hacerse llamar Ronnie.

Aquel ser miserable —siempre según mi amigo— consideraba que la edad es un dopaje. No era justo competir contra un anciano que había tenido tanto tiempo para aprenderse la lección. Además, él era de Autlán. Por absurdo que suene, este reclamo de tintes regionales acabó dando resultados.

Ariel renunció al viaje alrededor del mundo sin saber que, en otro homenaje a los aztecas, la recompensa iría a dar a su principal opositor. Los organizadores decidieron pacificar al rijoso Ronnie simulando que había quedado en segundo lugar.

Cuando la guitarra de bronce desapareció en Autlán, Ariel "supo" que el promotor se la había

La guitarra de Santana

robado para dársela a la chica que no quería ser su novia.

"¿Cómo sabes?", le pregunté.

"Es obvio: él es de Autlán, ella adora a Santana y jamás de los jamases le hará caso. No lo puedo demostrar pero lo sé. ¡Por eso estoy así!", se tocó el pecho para señalar el depósito de su furia, como Iggy Pop después de cortarse con vidrios rotos.

A los pocos días escribió una crónica sobre el robo, sin mencionar al presunto culpable. Terminaba refiriéndose al instrumento que había sido embarcado en una camioneta con matrícula extranjera para ir "rumbo al olvido".

Al mes siguiente, la guitarra apareció colgada de un árbol, como la cabeza de uno de los gemelos mágicos en el Popol-Vuh. ¿Había sido usada para un rito?

El caso no tuvo mayor repercusión. El Santana de bronce recuperó su guitarra en la plaza donde vuelan las palomas y los otros pedestales siguieron vacíos.

Durante dos o tres años, Ariel estropeó algún momento de nuestras reuniones hablando pestes del ladrón de la guitarra, su enemigo en aquel ridículo concurso y, al fin lo supimos, su rival amoroso. La chica a la que Ronnie hacía infructuosos regalos, se convirtió en la novia de Ariel.

El rencor de mi amigo había sido funcional. A partir de ese momento, no volvió a hablar del tema.

La memoria es un terreno ingobernable. Ariel se libró de su obsesión pero me la transfirió a mí. A principios de 2010 soñé que me robaba la guitarra de Carlos Santana y la llevaba a una tienda de juguetes, donde deseaba cambiarla por un John Lennon de Lego. Este impulso regresivo me hizo pensar en Ariel y en Ronnie, el rival con el que compitió en memoria y amor.

Le mandé un mail, contándole mi sueño y aludiendo a la guitarra que le robaron a la estatua de Autlán. Transcribo su extraña respuesta:

"Creo que te confundes. La guitarra de Santana no fue robada. En cambio, a mí me desvalijaron mi Gibson Les Paul". A continuación, hacía un prolijo recuento de la pérdida de su guitarra.

La revista donde Ariel escribió del robo pertenece a la era de internet, de modo que pude consultar su texto. Releí la frase: "fue llevada rumbo al olvido". En verdad la guitarra había ido a dar ahí, no en el mundo real, pues apareció un mes después, sino en la memoria de mi amigo, autor del texto.

¿Por qué alguien que vive para atesorar guitarras y datos del rock se deshacía de una historia? Recurrí al remedio homeopático de enviarle su propio texto.

"Qué asombroso", respondió, "vivo entre black-outs; debe ser por el crack", añadió, exonerando en esta ocasión al LSD. Entonces le pregunté si recordaba al tipo al que culpó del robo de la guitarra.

Para mi sorpresa, Ariel pronunció el nombre de otra persona, un locutor de radio al que considera responsable del pésimo gusto de los mexicanos del tercer milenio. Se trata de una fobia reciente; el locutor tiene treinta años y solo pervierte los oídos de la juventud desde hace cinco. Cuando ocurrió el robo, Ariel no lo detestaba, o no tanto. Mi amigo había cambiado de culpable, actualizando su rencor.

Se lo dije y, naturalmente, desconfió de mi memoria. Le parecía increíble que yo pudiera recordar algo a todas luces tangencial, ocurrido en junio de 2001. Sobre todo, le parecía increíble que recordara un repudio que no pertenecía a mi vida, sino a la de él.

Le hablé de Ronnie. En su mente había dejado de existir. No quise recordarle lo que su oponente había dicho del pabellón de geriatría (eso fue hace diez años, ahora Ariel rebasa los sesenta). En cambio, sí le dije que Ronnie había pretendido a su actual esposa. Esto acentuó su desmemoria. Solo el locutor podía haber robado la guitarra.

Entonces ocurrió un milagro que tal vez sea freudiano. En enero de 2001, siguiendo nuestro rito, yo le había "comprado" a Ariel su Fender Telecaster color helado de vainilla. La puse en mi estudio, como un intocable objeto de poder: Excalibur en espera del Rey Arturo.

En agosto de ese año yo me mudaría a Barcelona. Le hablé a mi amigo y quise devolverle la guitarra. Explicó que aún no tenía dinero para "comprármela". Sugerí que pagara a mi regreso. El trato era magnífico para él porque yo no pensaba volver (había olvidado que los mexicanos nunca se van para siempre). Pero Ariel es hombre de honor:

"Déjala con tu mamá", sugirió.

El aspecto freudiano de este recuerdo compartido y revuelto comienza, por supuesto, con mi madre. Dejar la guitarra en su casa me permitía imaginar una adolescencia en la que fui rocanrolero. Pero el giro decisivo vino después.

La Fender Telecaster permaneció en un cuarto donde mi madre deposita cosas tan variadas

La guitarra de Santana

que pronto se volvió lógica e incluso decorativa. Estuve tres años en Barcelona, puse la guitarra a disposición de mi amigo; él agradeció el gesto, pero insistió en comprarla de vuelta, cuando tuviera dinero.

El tiempo siguió pasando hasta que soñé que le robaba la guitarra a la estatua de Santana. Poco después me habló Rodrigo, que también conoce a Ariel y estuvo presente en aquella difusa comida en la que se habló del concurso para darle la vuelta al mundo comprando discos.

Rodrigo es crítico de cine y se iba al festival de Cannes. Propuse que nos viéramos. El tercer hombre podía cerrar la conversación.

Tampoco él recordaba el robo; en cambio, recordaba en detalle el absurdo concurso al que se había presentado Ariel. Desde entonces, la comunidad del rock odiaba al anciano que obtuvo el premio sin usufructuarlo:

"La competencia les pareció abusiva: pensaron que Ariel estaba suficientemente viejo para haber sido testigo presencial de los hechos", ironizó Rodrigo.

Luego preguntó: "¿Te acuerdas de Úrsula?". Obviamente la recordaba. Úrsula pasó por mi destino como una maravillosa oportunidad perdida: con extraña sensatez decidimos que lo nuestro no era posible.

También ella había participado en el concurso, pero yo lo había olvidado. Tal vez por ser crítico de cine, Rodrigo recordaba a la perfección el reproche de película de misterio que ella le había hecho a nuestro amigo: "sabes demasiado". Por lo visto, hay un punto, determinado por la edad, en que el conocimiento deja de ser una virtud y se convierte en un abuso. Los viejos tienen una relación criminal con el tiempo. La historia del rock parecía entrar en esa fase.

Yo había visto a Úrsula por última vez en 2001, cuando me acompañó a dejar la guitarra en casa de mi madre.

"¿Lo ves?", señaló el instrumento como si fuera una reliquia equivalente a una estela maya. Lo nuestro no podía prosperar: ella era mucho más joven que esa Fender Telecaster.

La escena se borró de mi mente y solo regresó al explorar otra, que la había sustituido. Yo recordaba la guitarra de Santana, el concurso en el que Ariel triunfó sin legitimidad por ser viejo, la presencia del desagradable Ronnie, para no recordar que el mismo mecanismo describía mi relación con Úrsula.

Ariel había desplazado su rencor hacia un rival más reciente; en cambio, yo me había quedado fijo en el momento que "no pudo ser".

La memoria y la desmemoria se potenciaban a partir de una anécdota mínima. Sospeché que Rodrigo había mencionado a Úrsula "por algo más". Le pregunté si la había visto recientemente. Me vio a través de los anteojos que revelan que ha visto demasiadas películas desde la primera fila (su pretensión de dominar la sala es tan imperial que se distrae si hay alguien entre él y la pantalla).

"A veces. ¿Quién no ha visto a Úrsula?", respondió como si yo le hubiera pedido que me prestara su colección de *Cahier du Cinema*.

El olvido es tan selectivo como la memoria. Yo había dejado de asociar a Úrsula con la trama de las guitarras porque, para mí, ella estaba más allá de toda esperanza. Entendí que Rodrigo aún albergaba la ilusión de conquistarla.

"No es lo que piensas", comentó, corroborando que era lo que yo pensaba.

"¿La invitaste a Cannes?"

"Sí", aceptó al fin. "No puede ir. Tal vez se anime a San Sebastián."

Rodrigo es un misántropo ejemplar. No le importa estar solo; puede aceptar que Úrsula lo rechace de festival en festival mientras él escribe lúcidas diatribas contra la comedia romántica.

Me despedí de él. Durante un rato vi el tráfico de la calle, sin intención alguna. Los coches pasaron en un sentido y otro. Me relajó estar ahí, contemplando esos trayectos anónimos que parecían borrar el tiempo.

El ladrón de la guitarra de Santana nunca fue encontrado.

Las sospechas cambian, pero no el rencor. Ariel ha encontrado a un nuevo culpable:

"Fue la esposa de George Harrison".

En lo que a mí toca, he dejado de oír a Santana. Su guitarra me recuerda que sé demasiado. ◣

Juan Villoro (Ciudad de México, 1956). Cronista y escritor. Miembro activo en la vida periodística mexicana, escribe sobre diversos temas, como deportes, rock y cine, además de literatura, y ha colaborado en numerosos medios. Obtuvo el Premio Herralde de novela. Ya había participado en Orsai N1 con su "Crónica intempestiva".

Ilustraciones: **Patricio Betteo**

Don Oso y su pandilla

En 1999 un hombre entró a la casa de George Harrison, el Beatle melancólico, y lo apuñaló en el pecho —me cuenta Chiri—. ¿Sabés gracias a quién se salvó?

—No.

—Gracias a su esposa mexicana Olivia Arias, que golpeó al atacante en la cabeza con un atizador y una lámpara de mesa.

—¡La furia mexicana presente! —festejo.

—Cuando se le apareció el desconocido blandiendo un cuchillo, Harrison se puso a cantar canciones místicas del Hare Krishna. O sea: si no lo salvaba la esposa, se moría igual que Lennon.

—¿Vos esto lo sabías de antes —le digo— o estás buscando la información en internet?

—¿Por?

—Porque acabás de decir el sustantivo "atizador" y el verbo "blandiendo". A ver, compartíme tu pantalla por Skype, así miro qué pestañas tenés abiertas.

—No puedo. Me cuesta mucho compartir pestañas, porque soy miope.

—Entonces dejáte de mirar Yahoo México y hablemos del cuento de Villoro. ¿Viste que en una parte dice que a Santana le cuesta hablar su lengua materna?

—Pero que así y todo a los mexicanos les encanta decir que Santana es de ellos.

—Por suerte Messi sigue hablando en argentino, aunque haya crecido en la Masía.

—Y Alfredo Di Stéfano, que vivió muchos años en España, nunca abandonó su acento de Barracas. ¿Cómo funcionará eso? Vos, con todos los años que llevás viviendo afuera, ¿seguís haciendo fuerza por no perder el tono mercedino?

—Hago lo posible —le cuento—. Y cuando digo sin querer una frase en gallego, me blando la lengua con un atizador.

—No es gracioso.

—¿Fue verdad el robo de la guitarra, o forma parte de la imaginación de Villoro?

—Fue real —me dice Chiri—. Acusaron del robo a unos que iban en una camioneta con paquete yanqui, según la prensa. Pero en el pueblo de Santana el robo no le importó a nadie: no tenían mucha idea quién era el guitarrista, parece.

—Es la puta verdad que el mundo del rock empieza a estar dominado por la tercera edad. Por "pedos viejos" como le dice la prensa británica a los roqueros mayores: "Old farts".

—Juan Villoro es el León Gieco de los cronistas latinoamericanos, ¿no? —se pregunta Chiri—. Es alguien que promociona a las nuevas voces y se lleva bien con los escritores mayores; todo el mundo lo quiere y ahora acaba de ganar en Chile el premio José Donoso.

—¿Don Oso no era un personaje de Disney?

—No, es Donoso, todo junto. Un escritor.

—Ah, qué lástima —le digo—. Me hubiera gustado que a Villoro le dieran un premio de Disney. Los cronistas mexicanos están demasiado relacionados con la crónica del narco, de la violencia. Pero hay escritores mexicanos escribiendo sobre cualquier cosa, sobre los temas de siempre.

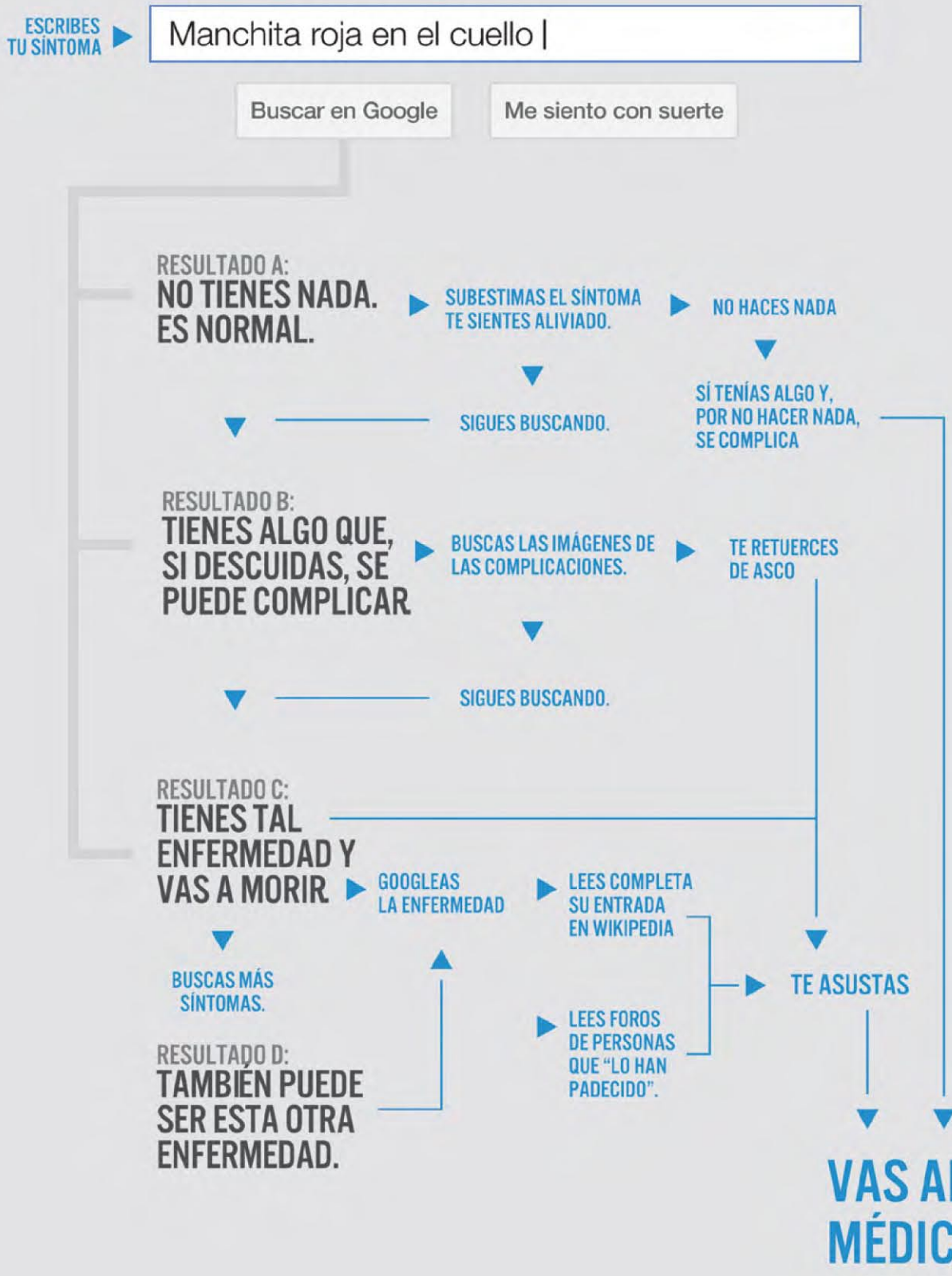
—De hecho —me dice Chiri—, la revista *Granta* en español acaba de hacer un número con autores de diferentes generaciones que representan, según ellos, "la otra cara de las letras mexicanas": Hugo Hiriart, Álvaro Uribe, Pablo Soler Frost. Son escritores que no hablan del narcotráfico. Y eso solo ya es un tema para una revista.

—Es verdad. Y además publicó dos inéditos de Bolaño —le digo—; uno que se llama *Autobiografía* y otro que se llama *Manifiesto infrarrealista*. Escuchá el principio de *Autobiografía*, que aparece online: "Nací el 28 de abril de 1953, en Santiago de Chile. En un hospital. Mi infancia transcurrió en el Cerro Placeres, en Valparaíso, en la casa de mi abuela en Viña del Mar, en Quilpué, en Cauquenes, en Mulchén, en Los Ángeles". Es una infancia muy digna de Bolaño.

—Qué bueno. Increíble que sigan apareciendo inéditos de Bolaño, ¿no?

—El tipo sigue entre nosotros —le digo—. Desde que se murió, no paró nunca de escribir cosas nuevas. ◣

LO MALO DE USAR Google COMO MÉDICO



LECCIÓN DE LA HISTORIA: VE AL PUTO MÉDICO DESDE EL PRINCIPIO

FALLY FARSON

GUION: ALFREDO CASERO
DIBUJOS: JUAN SÁENZ VALIENTE

SEÑORES, ESTOY CANSADO DE MI VIDA DISOLUTA, DE HABER PERDIDO TODO EN LA VIDA, Y DE QUE ME HAYAN DEBIDO TODOS EN LA VIDA...
ZZZZZ

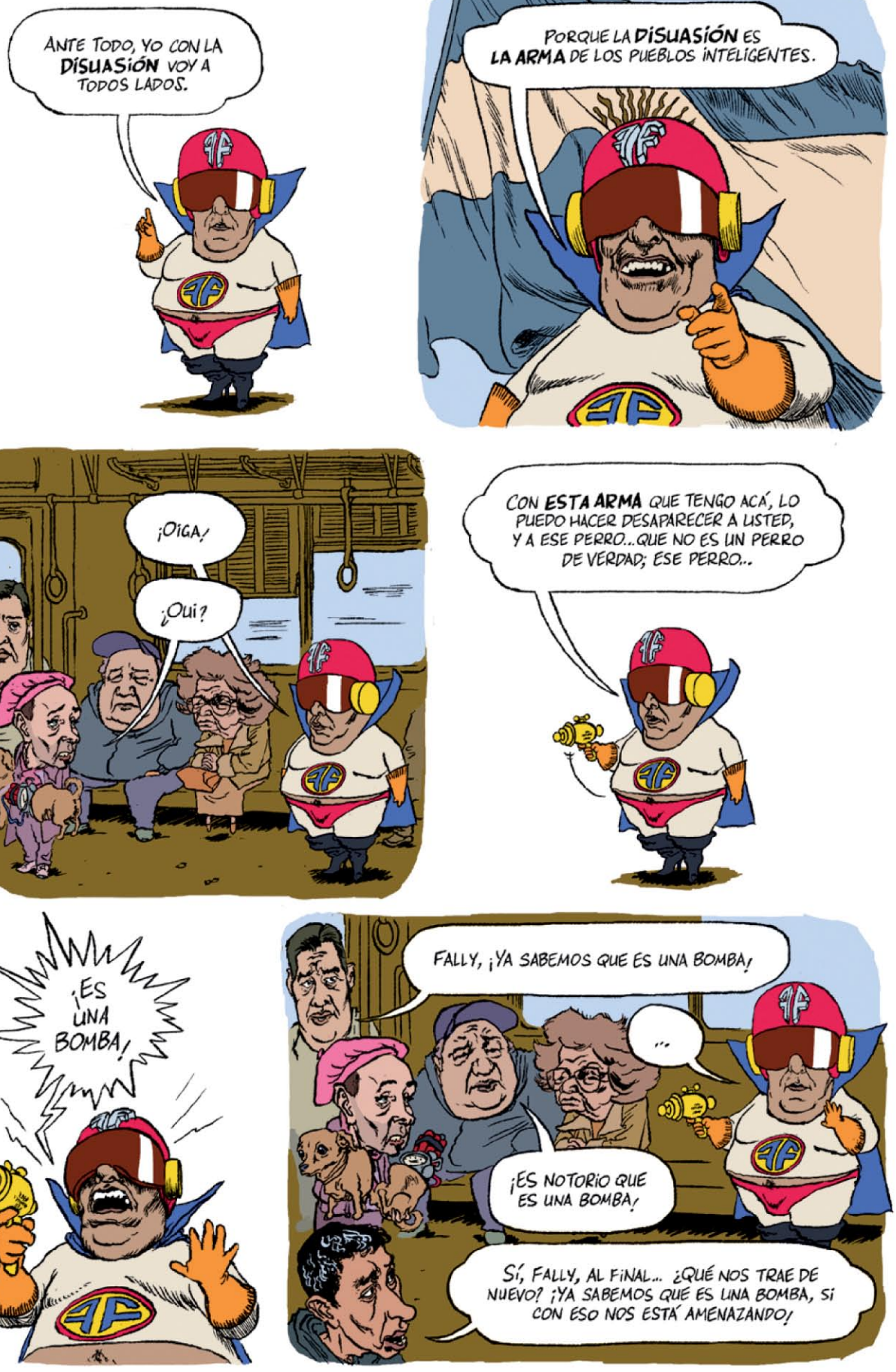
PORQUE A MÍ...
¡EL ESTADO ME DEBE!...

POR EL HECHO DE HABER NACIDO EN UNA TIERRA EN LA QUE NO DEBÍA HABER NACIDO, Y DE QUE TODOS USTEDES TIENEN MÁS QUE YO Y ESO ME PRODUCE...

A: ENVIDIA
B: CODICIA DE LO QUE USTEDES TIENEN
C: SENTIMIENTOS IRREFRENABLES DE ODIO CONTRA "LA SOCIEDAD"...

Y ENTONCES AHORA... ¡VOY A MATARLOS!...

¡CON ESTA BOMBA QUE HE ARMADO YO MISMO!
MIENTRAS TANTO, EN OTRA PARTE DEL MISMO VAGÓN...
FALLY, OIGA... ¿USTED NO ES FALLY FARSON?
ZZZZZZ
FALLY...
¿UH?
¿USTED NO ES FALLY FARSON?
SÍ SEÑORA, ESTOY DURMIENDO..
AHÍ HAY UNO QUE ESTÁ DESQUICIADO, QUE DICE QUE NOS VA A MATAR A TODOS... ¡NO ME DIGA QUE NO VA A HACER NADA!
¡DÉLE FALLY!
¡ENTRÁ EN ACCIÓN, FALLY!
BUENO, ESTÁ BIEN, EJEM..


ANTE TODO, YO CON LA DISUASIÓN VOY A TODOS LADOS.
PORQUE LA DISUASIÓN ES LA ARMA DE LOS PUEBLOS INTELIGENTES.
¡OIGA!
¿Oui?
CON ESTA ARMA QUE TENGO ACÁ, LO PUEDO HACER DESAPARECER A USTED, Y A ESE PERRO...QUE NO ES UN PERRO DE VERDAD; ESE PERRO...
¡ES UNA BOMBA!
FALLY, ¡YA SABEMOS QUE ES UNA BOMBA!
...
¡ES NOTORIO QUE ES UNA BOMBA!
SÍ, FALLY, AL FINAL... ¿QUÉ NOS TRAE DE NUEVO? ¡YA SABEMOS QUE ES UNA BOMBA, SI CON ESO NOS ESTÁ AMENAZANDO!

BUENO, RECIÉN ME DESPIERTO, PERDÓN. AHORA VOY A HACER DESAPARECER A ESTA SEÑORA, PARA DEMOSTRARLES EL PODER QUE TIENE LA ARMA.
A VER...
SWSWSWSSSSSSWWWWSSS
SWSWSWSSSSSSWWWWSSS
SWSWSWSSSSSSWWWWSSS
!
PIM
¿Y LA SEÑORA?
UY... DESAPARECIÓ..
Y EL ARMA DE FALLY FARSON EXTRAÑAMENTE SURTE EFECTO, Y HACE DESAPARECER A LA SEÑORA...

CASERO - SÁENZ VALIENTE - 2012

Lynda Carter durante un show en Nueva York, en 2008. Foto Daniel Capello. © The New Yorker

LA MUJER MARAVILLA CANTA JAZZ

Lynda Carter, el primer sueño erótico de una generación, es ahora una sexagenaria que hace shows musicales para un público que, cuando la ve subir al escenario, espera que dé tres vueltas sobre sí misma y convierta el mundo en un sitio con aviones invisibles y lazos de la verdad.

Por **Diego Fonseca**

Una noche de primavera, como si fuera cualquier día, doscientos adultos ansiosos se reunieron para que el pasado les cante.

Es viernes, es la capital de Estados Unidos y es el final de un día fresco y es, también, la sexta canción de Lynda Carter en la sala del Terrace Theater, en el piso superior del John F. Kennedy Center for the Performing Arts. Carter ha subido a escena a presentar su show "Cuerpo y alma" y se mueve por el tablado de madera con la entereza de quien se ha pasado la vida cantando, aunque para la mayoría de la audiencia no sea otra que La Mujer Maravilla, uno de los últimos superhéroes ingenuos de la última generación ingenua —la mía.

Carter coquetea con sus músicos, bebe agua y un instante después mira pícara a un lugar en el centro del teatro.

—Yo sé que están aquí por algo —bromea.

Todos respondemos con un "uh" largo, con aplausos y vivas y con algún chiflido altisonante descolocado. Entonces Carter amaga una y dos y tres veces y los gritos y los aplausos ascienden y cuando llegan al clímax, finalmente, sí, da una vuelta sobre sí misma, y abre los brazos en cruz y da otro giro y luego un tercero y ya.

Y no pasa nada.

Allí sigue una mujer mayor, madre de dos y esposa de uno, actriz casi retirada, bien protegida por el gimnasio y el cirujano, con las mismas calzas negras, botas grises, chaqueta con flecos y camisa blanca con las que subió a cantar. Pero por una fracción de tiempo, Carter sale de nuestra Siberia emocional y nos recuerda que una vez fue Diana Prince, la muchacha que tras los giros y un flash de utilería perdía el vestido largo y los anteojos y aparecía —cintura Barbie, muñequeras antibalas y lazo de la verdad— embutida en un pantaloncito-pañal estrellado, botas a gogó y un corpiño brutal.

Y entonces, cuando por un cachito el pasado nos devuelve a los setenta y a la tele en blanco y negro y volvemos a tener seis, ocho, once años y tomamos té con tostadas y acabamos de terminar —o no— los deberes, Carter arranca su séptima canción y nos transporta de nuevo al presente, fuera del candor de los años chicos. Como un público obediente, aplaudimos suavemente y dejamos, sin pedir más, que La Mujer Maravilla nos cante jazz.

La mujer maravilla canta jazz

¿Qué tenemos con el pasado?

La Mujer Maravilla original es parte de la patrulla de superhéroes americanos nacidos durante la Segunda Guerra Mundial en las páginas de DC Comics. Su primera misión en el papel de colores fue pelear contra alemanes, japoneses e italianos, que eran el Mal, para bien del Bien. La Mujer Maravilla se llamaba Diana y era la princesa de una isla paradisíaca llamada Themyscira, como la tierra de las amazonas de la Grecia clásica. En la serie de TV, que Carter protagonizó entre 1975 y 1979, la princesa venía de otro planeta pero, como en el comic, conservaba la habilidad de curar sus propias heridas y, como en la vida real, parecía no envejecer jamás. La Mujer Maravilla de la tele había llegado al mundo de los mortales como una migrante ilegal. Cuando la serie comienza, durante la gran guerra contra los nazis, la princesa Diana rescata a un piloto americano cuyo avión cae en los límites de Themyscira. Cuando el aviador se recupera, la madre de Diana, la reina amazona, decide que sus guerreras participen de un juego olímpico para decidir la ganadora que devolvería al extraviado a Estados Unidos. Como la realeza no se mezcla con los plebeyos, la reina prohibió la participación de Diana en las batallas, cuya última prueba ganaría una amazona rubia enmascarada capaz de repeler balas con sus puños. Cuando la vencedora se presenta ante la reina y deja caer la máscara, cae también su peluca y en su lugar aparecen el rostro y el cabello morocho de la princesa. La madre entonces, previsiblemente bondadosa, acepta la enjundia de la hija y le permite emigrar a Estados Unidos en su avión invisible. Una vez en Washington, en la cabeza de Diana Prince —el nombre que elije para mezclarse con la humanidad simple—, dormita la idea de domesticar con mensajes de paz, amor e igualdad entre los sexos un mundo dominado por hombres rudos. Para hacer más efectivo el mensaje, Diana cuenta con una condición atlética excepcional —es ágil y veloz, fuerte al extremo de doblar acero y destrozar el concreto con sus manos—, un intelecto capaz de absorber conocimientos en segundos y posee el imprescindible don de la inmortalidad. Pero aun así, la princesa Diana debe aprobar el examen de recién llegado a Estados Unidos y, antes de que el hombre a quien salvó la emplee como su asistente, tendrá que juntar dinero para vivir utilizando sus puños antibalas como atracción en una feria de variedades. Dicho de otro modo: bienvenida a América, chica maravilla.

La Mujer Maravilla de la serie fue el primer protagónico femenino de la TV americana que tuvo horario estelar y sigue siendo, aun hoy, la heroína más famosa de la cultura pop. Era, para los tiempos de la Guerra Fría y con el batifondo de la última gran guerra, una pacifista: en su show muy rara vez moría alguien y, si lo hacía, no se veía. Aunque se volvió más ruda con el tiempo, pocas veces su violencia pasaba de una pelea sobreactuada que hoy sería ingenua —y lo era también entonces. Y si fue la primera de los superhéroes de DC Cómics en llegar a la TV también fue el único que se mantuvo en una especie de limbo tranquilo y demodé. Tal vez por eso la serie acabó un viernes de verano cuando la cadena CBS retrasó *El Increíble Hulk* para darle espacio a una nueva tira de chicos rebeldes, *Los Dukes de Hazzard*. La heroína pacifista más famosa de la TV y el cómic que había podido contra la maldad nazi era derrocada por una improbable aberración científica y unos muchachos muy planos de pueblo chico americano. En ese mundo nos hicimos adolescentes.

En las butacas del Terrace Theater el público es un signo de estos tiempos. Hay padre y madre —unos con una niña de diez años que bailará todo el show—. Hay dos rubias que inundan las escaleras de perfume: flacas, rectas, de negro, peinados de trescientos dólares, millonarísimas, con una naturalidad que parece decir que lo único que hay para hacer en la vida es pasarla bien. Hay matrimonios de cincuentones y sesentones con ropas que gritan abogado, dipló, ejecutivo. Hay una tribuna de parejas gays: flacos, rectos, de color, peinados de cien dólares, bienpagados, con una naturalidad que parece decir que lo único que hay para hacer en la vida es pasarla bien. Hay una mujer bajita con campera de terciopelo azul en un extremo de la fila uno y un hombre alto con sombrero de cowboy y campera de terciopelo negro en el otro extremo: la mujer de la campera tiene el pelo negro; el hombre es canoso pero de su sombrero cae una cola de caballo —una crin real— negra. Hay un par de chicas muy jóvenes —muy jóvenes es treinta cortos— que muestran un póster del último disco de Lynda Carter. Hay hombres y mujeres con traje y vestidos de oficina. Hay un gordo con anteojos de marco grueso de pasta y una camiseta blanca estampada con el

cuerpo de La Mujer Maravilla, Carter cuarenta años atrás. Hay varios tipos iguales: sesentitantos, pantalón oscuro, camisa o poleras, saco; flacos, rectos, millonarísimos. Hay mucha gente que parece vivir, aquí y afuera, con una naturalidad que blablablá.

Billie Holiday, algo de Motown, una tanda de blues y gospel, Bonnie Raitt y hasta un par de canciones pop van a vibrar por hora y media en el pecho y las cuerdas de Carter. Ella hablará con la gente —esa ficción de la que participan gustosos los crooners y los públicos—, caminará de izquierda a derecha del escenario, saludará a la fila uno, a la dos, a la tres, reirá, reiremos. Pronunciará varias veces su amor por Washington. Vive en Potomac desde 1984, en una zona donde el menos rico es muy rico y a la que se mudó cuando cortó con el espectáculo y cambió anillos con el abogado Robert Altman. En Washington nacieron su hijo e hija —Jamie y Jessica, en sus veintes, en la universidad— y también en Washington decidió retomar lo que hizo de niña en Arizona, tierra de mamá y papá: cantar. Si Carter parece siempre hablar de La Mujer Maravilla como un ser real —a quien ha dicho muchas veces respetar, haber cuidado y agradecerle su existencia como actriz— cuando se vuelve a las canciones dice encontrar el fondo de su vida. En su casa de Tempe había un reproductor de discos que tocaba singles, los únicos discos que la familia podía comprar. Su madre también escuchaba la radio. La música comenzaba a la mañana temprano y acababa largo tiempo después de que la niña Carter dormía. La mamá ponía blues, canciones de negros en bares de mala muerte, en casillas de madera y chapa, en las carreteras y los algodonales del sur. Mamá hacía rodar a Linda Ronstadt, a Grace Slick. Luego a Aretha, a Holiday y a las voces raspadas de Motown. Carter creció en una familia de gringos y latinos y canciones oscurísimas y cuando su cuerpo comenzó a curvarse se abrazó a los Stones y los Beatles, Paul Anka y The Stone Poneys que la volvieron la mujer liberal y respondona que escuchamos para elevarnos en el Kennedy Center, justo frente al Watergate Hotel donde Richard Nixon mandó a escuchar a otros liberales respondones que lo hundirían.

Ahora, cuando Carter entra al escenario, la comunión está lista para la eucaristía. La Mujer Maravilla clava los tacones de las botas como si debiera aplanar cada lámina del tablado con la seguridad de quienes se saben propietarios del deseo ajeno. Tres coristas y cinco músicos la reciben en semicírculo con un fondo de blues sinuoso. Hay, como se dice, efusivos aplausos. La Mujer Maravilla sigue siendo un recuerdo activo. A cinco filas del escenario no ha pasado el tiempo: el cabello azabache, interminable, vaporoso; pantalón ceñido a dos patas de na'vi, el torso generoso con dos pechos que siguen anunciando que ella, por qué no, pudo ser la Afrodita de *Mazinger Z*. No hay arrugas para nosotros en Lynda Carter, señora de sesenta y algo: el Photoshop de la distancia devuelve el sueño que queremos. Allí está la mujer de nuestra infancia —tal vez la primera calentura— como si el tiempo no fuera nada.

Usemos el lazo de la verdad: el tiempo, a veces, nos parece nada y nos mentimos para mantener esa idea.

Carter ha hecho un gran esfuerzo por mantener una distancia prudente con su historia televisiva y volver a rodar como cantante entre la costa este y oeste de Estados Unidos. Es un ejercicio placentero que la lleva varias veces al año a cantar a San Francisco y muy a menudo al Lincoln Center de New York y a pequeños teatros de Las Vegas, Nevada, Florida y la Arizona que la parió. En 2009, Billboard ubicó su disco "At Last" en la posición #6 del ranking de jazz y sus shows reciben buenas críticas, pero nunca parece bastar: a pesar de tanta voz y tanta ruta, La Mujer Maravilla —el pasado— sigue siempre allí. A la salida del show de Washington, una chica panameña contará que trajo a su amiga después de ver el anuncio del concierto en *The Washington Post*. Había estado en la firma del último disco de Carter, *Crazy Little Things*, en el centro de la ciudad. Había compartido fila con una treintena de personas. Había visto a mujeres adultas con cara de vidas tranquilas y a hombres de pelos revueltos y ojos de mal sueño. Había fotografiado camisetas de *Wonder Woman* en panzones y tísicos. Había visto a una muchacha con la foto de Carter estampada en su trajecito liliputiense de amazona: allí se llevaría la firma y, en la mejilla, el beso de La Mujer Maravilla. La chica panameña trabaja en una empresa reclutadora de personal; su amiga en un hospital.

—Le dije que viniéramos —dice—. Quería escuchar a La Mujer Maravilla. ¿Quién iba a decir, no? Canta y todo.

Lazo de la verdad: el pasado, en realidad, nunca fue mejor.

Si el primer modo de transmitir el pasado fue narrando leyendas al oído de hijos y nietos, Lynda Jean Carter Córdova cumplió con el mandato prehistórico y se conectó al mundo usando su voz para contar —cantar— historias. Fue primero la hija de Jean Córdova —de familia mexicana y española— y Colby Carter —un irlandés alto que dejó la familia cuando Lynda y sus hermanos Vincent y Pamela eran pequeños. Mientras la madre se empleaba en una ensambladora de partes de Motorola para mantener a los hijos, Lynda se convirtió en estudiante modelo y, luego, a los diecisiete, mintiendo edad y derecho de permanencia, en cantante en un pub de Las Vegas. Fue Miss Mundo USA a los veinte y estudiante de actuación con Stella Adler a los veintidós. Cuando un productor de TV buscaba una mujer atlética capaz de lanzar la jabalina con estilo pero sin perder el carisma, Carter se cruzó en el casting. Desde ese momento y por tres temporadas se convirtió en La Mujer Maravilla y, si bien ni antes ni durante ni después de la TV dejó de cantar, desde que apareció en pantalla eso es lo que ha sido su existencia para todo el mundo y cada año. Ni en familia Carter ha podido romper el dichoso maleficio de ser una bella mujer poderosa atada a un gran pasado. Cuando criaba a sus hijos tenía la costumbre de cantarles a diario y los niños le respondían con monerías y todos disfrutaban. Pero un buen día, impaciente y cansada, su hija le puso la mano en la boca: quería tararear ella sola, sin mamá maravilla marcando el tono. Carter recordó entonces que incluso el pasado más ligero puede ser una loza pesada cuando nos empeñamos en hacerlo omnipresente.

Lazo de la verdad: incluso ni los presentes poderosos pueden contra las nostalgias de las pobres gentes.

Carter vive en una mansión de techos de pizarra gris, veinte habitaciones y —creo— seis baños. La casa —casona— está a treinta metros de River Road, una calle que apenas tiene serpenteos entre el límite de Washington DC y Potomac, donde tienen súper residencias millonarios como Barry Levinson, Sugar Ray Leonard, Pete Sampras, Stallone y Schwarzenegger. Potomac es una zona de cedros, cerezos y abetos de mediana altura en parques mantenidos por cuadrillas de paisajistas. Los pájaros cantan como en todo Washington y el clima es igual de húmedo, aunque, por alguna razón, el sopor se siente menos.

Después del intercomunicador en los pilares del portón de estancia, a la casa de Carter se llega recorriendo una calzada que acaba en rotonda, justo enfrente de una doble puerta de madera oscura. A la derecha de la casa hay un garage para cuatro autos y un poco más atrás el acceso lateral a la cocina y una sala de estar. En los fondos, una piscina de veinticinco metros —yo mido muy mal— y una cancha de tenis de cemento. Aquí y allá, árboles ocres y verdes de hojas aserradas.

En el pasado-pasado, La Mujer Maravilla viajaba en un avión invisible absurdo: el avión no se veía, pero ella sí. Ahora, en su casa, Carter no tiene mucho que ocultar. Cuando canta modula la voz y la calienta con ejercicios, pero nada de eso está presente ahora: es de día, no hay shows, está en un estar de la casa y su timbre suena acorde al de una mujer en su sexta década.

En la sala, Carter mira por la ventana hacia un jardín todavía verde. Sus hijos están en clase y ella ha estado yendo y viniendo por la casa ordenando papeles y enseres. Jackson, el perro labrador de la familia, hociquea el piso de madera persiguiendo un gato imaginario.

¿Qué hace La Mujer Maravilla cuando solo es Lynda Carter?

—Soy una persona normal, como cualquiera.

Una tarde de primavera, la persona como cualquiera Lynda Carter se reunió con sus fans en la librería Barnes&Noble del centro de Washington para firmar discos y afiches. El público superaba con holgura los treinta años y se repartía entre tipos de jean y camiseta, un obeso embutido en una camiseta deformada de *La Mujer Maravilla*, algunas jubiladas, mujeres solas y varios chicos y chicas gays. Mientras firmaba, Carter atendió una llamada telefónica. Era su madre y le dedicó varios minutos, la mayoría de ellos a recordarle que hablaba con Lynda y no con Pamela, su otra hija. Carter se disculpó por la interrupción con la persona a quien le firmaba el disco —era yo—: su mamá sufría Alzheimer y era difícil poder conversar con ella.

—Confunde algunas cosas. A veces nada más recuerda cuando era muy joven.

Si algo es el pasado, es algo ciertamente más viejo que el presente pero no necesariamente mejor. Carter rememoró hace tiempo que cuando le

Lynda Carter en 1977, en el rol de Diana Prince para la serie "Wonder Women". © CBS Archives

Lynda Carter en su hogar de River Road (Washington).
Fotograma del documental "Wonder Women: The Untold Story of American Superheroines". © Kristy Flanagan/Talking

ofrecieron el papel de La Mujer Maravilla, ella, que había sido una magnífica reina de belleza y ya empezaba a golpear la ruta como cantante, se sintió afortunada. En los setenta no había demasiado trabajo y las mujeres que alcanzaban la TV tenían el estereotipo escrito en los guiones: putamadre-secretaria. Ser la estrella de un show era una rareza que solo compartirían Angie Dickinson en *Mujer policía* y Lindsay Wagner como *La mujer biónica*.

—¿Entonces fue como un sueño?

—No lo creo. La gente respondía a su imagen, les gustaba. Hoy trato de no dar mucha importancia al tema en el show. No creo que la gente quiera estar mucho en eso, pero, sí, siempre me sorprende que se hayan quedado con ella, que la tengan presente.

Jackson, el perro, se revuelve y vuelve a ladrar. Carter se impacienta con él, se disculpa, se levanta y lo persigue.

—Ven, ven aquí.

Abre la puerta y lo saca del cuarto. Cierra. El perro se va. Regresa y toma aire.

—¿En qué estábamos? Oh, la vida diaria de una estrella…

Lazo de la verdad: La Mujer Maravilla no salió del closet.

Al final del show en Washington, un chico flaco y joven de cabello al ras, pantalón negro y camisa blanca ceñida al cuerpo se acerca al pie del escenario en el momento en que Carter saluda y parte a los camarines. La detiene con un llamado y, con timidez, le alcanza el oso de peluche que un instante antes aferraba al pecho. Carter toma el regalo, lo besa y lo aprieta también amorosamente contra su propio pecho.

Cuando dejó la TV, Lynda Carter se hizo esposa y madre y millonaria y figura de la lucha contra el cáncer e ícono de la comunidad gay de Estados Unidos. Carter ha apoyado los derechos al casamiento igualitario de homosexuales, lesbianas y transexuales, donde tiene una multitud de seguidores desde los tiempos en que Diana Prince debía mantener su verdadera identidad escondida tras una doble vida. Cuando en 2007 relanzó su carrera musical, esa comunidad corrió a las disquerías por sus discos y ha sido la audiencia que más ha mantenido vivo su recuerdo. De la media docena de biografías y perfiles sobre *La Mujer Maravilla* varios fueron escritos por autores gays y Carter tiene entrevistas regulares con medios de la comunidad como *Blade* o *Out*. Uno de los

libros, *The Q Guide to Wonder Woman*, explora incluso la conexión emocional entre los gays y el personaje. Carter habló de eso una tarde de 2010 con el periodista Joey DiGuglielmo a poco de recorrer las calles de Washington con la AIDS Walk. "Yo puedo entender perfectamente lo que sienten sobre el personaje: es el secreto en sí mismo", dijo. "La parte de ellos que nadie entiende: esta poderosa persona que está esperando asomar, ser aceptada y reconocida."

En la casa de Carter en Potomac, semiescondida a la vista de los curiosos, ese secreto tiene su propia forma. Los muros y muebles de la mansión exhiben las fotos de los padres, los hijos, el marido y la misma Carter pero nadie hallará allí un minimuseo de Diana Prince a la vista de todos. Carter conserva los restos de La Mujer Maravilla en un closet que solo abre con discreción, como si el pasado pudiera, por igual, fugarse, volverse omnipresente o, quizás, difuminarse.

—Como debe ser —dice Carter—, en casa no hay una gran foto de mí vestida de La Mujer Maravilla.

Lo que sí hay es la chuchería.

Un teléfono de La Mujer Maravilla que no llama a ningún lado. Un cojín sobre el que nadie duerme. Un traje brillante que ya no envuelve el cuerpo de Carter. Pósters, videos, muñequitas de plástico: la fantasía, la materia del recuerdo. Una idea del pasado.

Lazo de la verdad: si quieres tener presente mejor convierte todo en pasado —y pronto.

En sus tours, Carter se halla con una poderosa combinación de seguidores del pasado. Junto a la comunidad gays, los fanáticos de *La Mujer Maravilla* son el segundo grupo de soporte. Tras ello, los televidentes comunes con tres y más décadas de vida, los hijos de Diana Prince, *Tom & Jerry* y *Combate*. Mantener cerca a esos grupos que se reconocen en aquel pasado común de la chica del giro mágico y los brazaletes antibalas exige, curiosamente, hacer mutar el presente de manera permanente. Hace no mucho, en Phoenix y Nashville, Carter presentó un show distinto al de la primavera del Kennedy Center, que a su vez había reemplazado al del Catalina Jazz Club de Los Ángeles, donde toca cada año. Tras el espectáculo en la capital, se presentaría en Manhattan y, tras esa escala, cambiaría otra vez.

—Debes hacerlo, ¿no? Cambiar, digo. Tienes que hacerlo. Quieres a la gente de vuelta.

Un tiempo atrás, cuando quisieron traer de vuelta su pasado de heroína ingenua, Carter no se negó: aplaudió la idea. En 2011, David E. Kelley, productor de *Boston Legal* y de *Ally McBeal* preparó los pilotos del regreso de *La Mujer Maravilla* por la NBC. El nuevo traje de la amazona Diana era ahora una lycra roja y azul de los pies al torso que mantenía los pechos de la heroína altos y mortíferos, pero incluía unos brazaletes para detener las balas que cubrían medio antebrazo y un lazo de la verdad más extenso y grueso, como si hoy La Mujer Maravilla debiera detener mayores dosis de violencia y descubrir más mentirosos. Cuando la serie se desinfló subieron los rumores de una versión cinematográfica. Desde 2005 se ha mencionado a Megan Fox —y, más cerca, a Christina Hendricks y Angelina Jolie— para calzarse los cueros azules y rojos y la tiara dorada. Pero un buen día, no hace mucho, Megan Fox —que es tan brutalmente cárnica como brutalmente torpe—, dijo en Londres que no entendía muy bien tanto remolino con La Mujer Maravilla, a la que creía un superhéroe poco convincente por sus ingenuos lazo de la verdad y avión invisible. Entonces Carter, que es muchas cosas pero no una mujer de opiniones vacuas, consideró que la chica del apellido zorro no tenía buena cabeza para un heroico símbolo único. La Mujer Maravilla, que debutó en el comic en 1941, sigue siendo de los pocos superhéroes —y la única heroína— que se resiste a dejar el cuerpo de la actriz que la hizo visible en todo el mundo. Superman, Batman, El Hombre Araña, Hulk y los Cuatro Fantásticos han llegado al cine y lo mismo ha sucedido con Ironman, el Capitán América, Thor y Linterna Verde, pero la más humanista de las amazonas sigue siendo una Polaroid amarillenta de una señora que hoy solo quiere cantar jazz y volverse a casa. ◣

Diego Fonseca (Córdoba, 1970). Periodista y escritor. Ha colaborado en diversas publicaciones de habla hispana. *South Beach* es su primer libro de relatos. En 2012 compiló *Sam no es mi tío: veinticuatro crónicas migrantes y un sueño americano*. Ya había participado en Orsai N4, con su crónica "Belindia".

La primera vez

¿Vos llegaste a pajearte con la *Mujer Maravilla*? —le pregunto a Chiri—. ¿O eras muy chico?

—No me parece una manera correcta de empezar la conversación en una revista literaria.

—Perdón.

—Empezá de nuevo —me dice.

—Ok —carraspeo—: ¿A qué edad te hiciste la primera paja, Christian Gustavo?

—¡Es la misma pregunta hecha con la voz más gruesa! Hay que empezar distinto. Diego Fonseca es un gran periodista, lo mandamos a hacer una crónica a Estados Unidos, somos los editores de un medio serio, no podés empezar así.

—Pero teníamos diez u once años cuando daban esa serie —le digo—. La chica esta, Lynda Carter, daba tres vueltas sobre sí misma y aparecía en bombacha y corpiño, era la época de la dictadura militar, a la tarde no había nadie en casa, qué sé yo... También estaba Angie Dickinson en otro canal, pero nunca quisimos una crónica sobre ella, porque era fea y salía vestida. ¿Qué querés que te pregunte?

—¿Sabés quién era William Marston?

—No.

—Fue el creador de la *Mujer Maravilla* —me dice Chiri—. ¿Sabés qué más hizo?

—No.

—Inventó el primer Detector de Mentiras. Decía que las mujeres eran más honestas que los hombres y que estaban mejor dotadas para los trabajos. Y también dijo esto, que te voy a leer textual: "Ni siquiera las mujeres quieren ser mujeres mientras nuestro arquetipo de femineidad carezca de fuerza, fortaleza y poder… El remedio obvio es crear un personaje femenino con toda la fuerza de Superman y todo el encanto de una mujer bella y buena". Ahí tenés el germen de la *Wonder Woman*.

—Vos sí que sabés empezar una conversación —le digo, admirado—. Seguro que te empezaste a pajear muy temprano. ¿Más o menos a qué edad?

—Después encontré otra cosa —me dice, ignorándome por completo—: hay un documental sobre William Marston que se llama *Secret Origin*. Ahí se dice que este hombre convenció a su esposa para que saliera a trabajar y lo mantuviera, no solo a él, también a su amante y a los hijos que había tenido con las dos. Mientras la mujer oficial salía a laburar, Marston se quedaba en su casa inventando cosas raras.

—Me saco un hipotético sombrero.

—Hay mucha gente que no lo quiere, y que ve a Wonder Woman como un personaje lleno de características machistas. ¿No viste que en las historietas de Marston siempre había minas encadenadas o metidas en redes gigantes? Los brazaletes y el lazo de la verdad son puro fetichismo. Y además la Mujer Maravilla perdía sus poderes cuando alguien la ataba.

—Justamente. Para mí lo mejor de la *Mujer Maravilla* —le digo a Chiri— es la idea de una isla habitada solamente por mujeres, todas medio en bolas. Había una película argentina con Víctor Laplace que se llama *Extrañas salvajes*, ¿te acordás?

—¡Claro! —me dice—. Género bizarro full.

—Era sobre una isla habitada por dos tribus de mujeres, una tribu de morochas y otra de rubias. Y Laplace era un antropólogo que llegaba a la isla en balsa. Fue una coproducción entre Argentina y Suecia… Había muchas suecas en tetas.

—Pero entre las rubias había una argentina infiltrada —recuerda Chiri—: Emilia Mazer.

—Que también aparecía en tetas.

—Emilia Mazer arranca en 1984 con *Los chicos de la guerra* bajándose el vestido en la habitación de un soldadito, y desde ahí sigue en tetas durante el resto de su filmografía.

—Le debemos mucho a esa chica —le digo—, sobre todo los de nuestra generación.

—También le debemos mucho a *Función privada* —me dice Chiri—, ese ciclo de ATC que pasaba películas prohibidas para menores de dieciocho, los sábados a la noche.

—Con dos borrachos que hablaban después de las películas, como nosotros ahora... Yo en ese programa vi la primera concha.

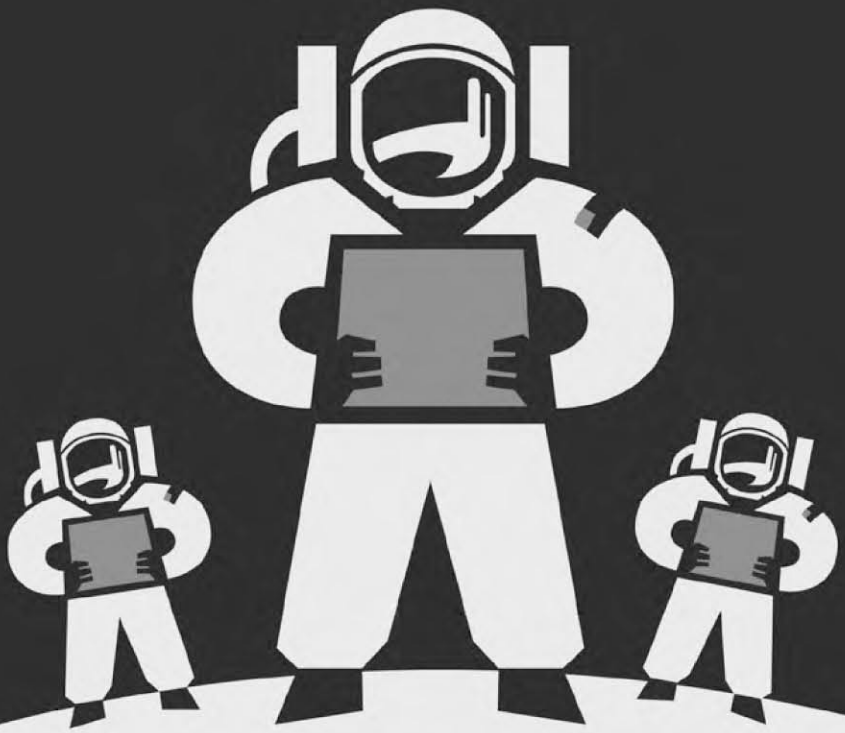
—María Leal —dice Chiri.

—Claro. En *El agujero en la pared*. Aparecía boca arriba en una mesa, y se le veía el felpudo.

—Esa fue mi primera paja —dice Chiri.

—¿Te das cuenta lo que tardás en contestarme una pregunta tan simple? ◣

SI TODOS FUÉRAMOS LO QUE QUERÍAMOS SER DE NIÑOS, LA LUNA ESTARÍA LLENA DE DESEMPLEADOS.



Miedo

Por **Pedro Juan Gutiérrez**

Yo bajaba todas las noches para ver el boxeo del Madison Square Garden. El único televisor que había en el barrio era el de Concha. En 1956, en una ciudad de provincia, no se podía aspirar a mucho. Ella era maestra en una escuela primaria rural. Ganaba una miseria. Pero tenía un amante que la visitaba por las noches y, como todos los amantes, asumía los gastos mayores. Pepe era un hombre desagradable y vulgar, al extremo de hacerse inolvidable. Supongo que Concha tendría asco de sí misma por tener que

acostarse con un tipo tan repulsivo. Era feo, rechoncho, de baja estatura, peludo y hosco como un oso gruñón, fumaba unos tabacos apestosos y lanzaba unos salivazos amarillentos en una escupidera de aluminio que Concha colocaba junto a su sillón. No hablaba y sudaba copiosamente, aunque un ventilador refrescaba el ambiente. Tenía una moto de reparto. Una Cushman, roja, un poco vieja, maltrecha, abollada y ruidosa. Era un triciclo y delante disponía de un pequeño espacio que le hacía parecer un camioncito. Pepe y la Cushman se parecían mucho. Eran igualmente pesados y repulsivos.

Todo eso lo pienso ahora. Un niño de seis años no sabe nada ni saca conclusiones. Si es un niño normal. Si es un genio o un superdotado no sé. Debe ser agotador empezar a enjuiciar y a sacar conclusiones a esa edad.

Nosotros —mis padres y yo— éramos emigrantes. Hacía solo un año que vivíamos en Matanzas. Veníamos de otra provincia, con tanta hambre y miseria que la llamaban "La Cenicienta de Cuba". Así que vivíamos en un lugar económico: un apartamento microscópico con solo dos habitaciones, un bañito, una cocinita, y un balcón con vista al mar. El balcón era amplio, desproporcionado con el resto del lugar. Vivíamos en los altos. Concha en los bajos. Ella no tenía balcón y su apartamento seguramente pagaba menos alquiler porque en realidad era un hueco caluroso y oscuro detrás de la escalera. Aquel edificio, en conjunto, me parecía todo un lujo. El cuarto donde vivíamos en la ciudad anterior era mucho peor y más pequeño.

Lo mejor era el mar. Cerca había un pequeño muelle de madera donde mis amigos y yo pescábamos todos los días. Peces diminutos y cangrejos de fango. Nada comestible.

Algo había sucedido dentro de mí. No sé qué. Pero solo me gustaba el día. La noche y la oscuridad me daban miedo.

El día era perfecto: en el colegio, media sesión por la mañana. Después, por la tarde, jugar con los otros muchachos del barrio, y pescar. Pero la noche me aterraba. Entonces bajaba a ver el boxeo en la casita de Concha. Era un boxeo salvaje y sangriento. A diez rounds. No el jueguito de niños de hoy en día. Yo soñaba con ser uno de aquellos tipos durísimos, fuertes y musculosos, que siempre ganaban y le machacaban la nariz y la boca al contrario hasta dejarle el rostro hecho pulpa. El árbitro solo hacía un conteo de protección a medias. Casi nunca llegaba al diez. Y había que seguir. Y golpeando duro, sin blandenguerías. Si hacías clinch y te ponías baboso para descansar te quitaban puntos. Aquello me gustaba mucho y me emocionaba. Concha era muy amable y me daba limonada fría para hacerme bajar el susto. Pepe, en cambio, se esforzaba para ser desagradable y no hablar ni mirarme siquiera. ¡Qué tipo más pesao!

Una noche muy calurosa y húmeda llegué. Saludé tímidamente y me senté. No había boxeo. Pasaban una larga entrevista con un marinero. Era un hombre de poca inteligencia, y además estaba nervioso. Casi no podía hablar. El locutor tenía que sacarle las palabras. Al fin entendí que era un sobreviviente de un naufragio. Decía que el barco lo cargaron en exceso con sacos de azúcar y que hicieron mal la estiba. Por eso escoró, dio una vuelta de campana y se hundió. El locutor lo hizo repetir esto muchas veces. El marinero explicaba que se había salvado porque saltó y logró nadar lejos antes de que el barco se hundiera y lo arrastrara. En ese momento, Pepe se levantó, apagó el televisor y me dijo:

—Bueno, ya. A dormir.

Me levanté. Di las buenas noches y subí las escaleras. En mi casa no había nada que hacer. Mi madre leía novelitas de Corín Tellado. Mi padre fumaba y miraba a la pared, en silencio. Ahora, para variar, estaban sentados en el balcón, mirando al mar oscuro y disfrutando una brisa leve, casi imperceptible. La humedad era enorme y había nubes y rayos, a lo lejos, sobre el mar. Se formaba una tormenta de verano. A los pocos minutos mi madre dio la orden:

—A dormir. Mañana hay que levantarse temprano.

Fui hasta mi cama, colocada en un rincón de la salita. Me quité la ropa y me acosté en calzoncillos. Mi madre encendió el ventilador, para refrescarme. Ellos se fueron al cuarto. Apagaron las luces. Al poco rato escuché los suspiros y los crujidos de la cama, como cada noche. Y más suspiros y lamentos y cuchicheos. Yo sabía que era sexo pero me parecía doloroso porque se lamentaban y suspiraban, como si se hicieran daño mutuamente. Aunque en el fondo siempre pensaba que era mi padre quien hacía daño a mi madre.

Estuvieron así un buen rato, como siempre. Y mi inquietud crecía.

Después se levantaron y fueron al baño. Sentí el agua correr. Y de nuevo se acostaron. Silencio absoluto. Yo no me atrevía a cerrar los ojos porque me parecía ver fantasmas y muertos a mi alrededor. Si cerraba los ojos se acercarían a tocarme y a arrastrarme con ellos. Pero tenía que aguantar los deseos de gritar y pedir ayuda porque vendría mi madre y me diría:

—¡¿Y ese miedo?! ¿Miedo a qué? Tú eres macho y los machos no tienen miedo a nada, que pa algo son machos. Así que duérmete.

Y de nuevo me quedaría solo y a oscuras. Como todas las noches, tuve que aguantar aquel suplicio en silencio. Sudando. Aterrado. Al fin —como siempre— el sueño me venció y me dormí.

Al día siguiente, muy temprano, apenas amanecía, trajeron un telegrama urgente. Mi madre lo leyó y lloró desconsoladamente. Hablaron muy bajo y no me enteré de nada. Ella recogió apresuradamente alguna ropa que metió en una bolsa. Se despidió de mí con muchos besos. Me dijo que se iba a pasar unos días con su familia. Y me quedé solo con mi padre.

Fueron unos días buenísimos. Mi padre me llevaba al colegio temprano y me recogía al mediodía. Para no cocinar, íbamos a un restaurante chino cerca de casa. Los dueños nos conocían y nos atendían con una amabilidad familiar. Por las noches me hacía cuentos de su infancia en el campo. Sobre todo de los caballos y los gallos de pelea que tenían en su casa.

Lo sentí tan comunicativo que la primera noche le dije:

—No me gusta dormir solo.

—¿Por qué?

—Porque me da miedo.

—Ah, no importa. Duerme aquí, en esta esquinita. No te muevas mucho.

Y me dejó dormir en su cama, tranquilamente, y sin más preguntas. Fueron tres días muy buenos. Muy relajados. La palabra *stress* no existía todavía. En español no existía. Pero fueron días desestresantes.

Al cuarto día regresó mi madre. Al instante mi padre se sumió en su mutismo habitual, distante y neutral. Ella me trajo de regalo un gran frasco de caramelos americanos muy especiales. Y pasó muchos días con lágrimas en los ojos cada dos minutos. Años después supe que su hermana menor —eran nueve hermanos— se había suicidado. Había tomado un veneno muy fuerte y murió en pocos minutos. No dejó explicaciones. Yo la recordaba siempre como una mujer muy buena, noble y romántica. Silenciosa. Quizás yo confundía depresión prolongada con aparente romanticismo melancólico.

No bajé jamás a ver el boxeo. Olvidé aquella idea de ser un gran boxeador profesional y llegar al Madison. Me iba con unos amiguitos a jugar parchís, damas, dominó y monopolio. O a patinar y empinar cometas. Creo que le cogí miedo a Pepe. Presentí que yo le molestaba. Supongo que no tenía nada contra mí, sino que simplemente querían estar solos. Para tener sexo. Pepe quería. No estoy seguro que Concha también lo deseara. En fin, eso también lo pienso ahora. Un niño nunca piensa nada decisivo. Solo juega y divaga.

A los pocos meses nos mudamos para otro apartamento más amplio y sin vista al mar. Mi madre repetía que el mar de noche la entristecía y no lo soportaba. A mí no. Al contrario. Yo necesito el mar.

Después tuve que crecer. Como todo el mundo. Y las cosas se complicaron. Aumentó la confusión. Algo sucedió y me convertí en un tipo desesperado. Siempre tenía prisa. No sé por qué. Caminaba muy rápido y quería hacer todo al mismo tiempo. Con el pie en el acelerador. A fondo. Creo que ya no tengo miedo a la noche y la oscuridad. No estoy muy seguro. Un hombre miedoso destroza su vida sistemáticamente. Hay muchas maneras para destruirlo todo. Es lo que hacemos con más facilidad. Ir cuesta abajo. Lo difícil es hacer lo contrario. ◣

Pedro Juan Gutiérrez (Matanzas, Cuba, 1950). Escritor y periodista reconocido por su elogiada *Trilogía sucia de La Habana*. Hasta entonces había sido periodista durante un cuarto de siglo. Entre 1998 y 2003 publicó los cinco libros del *Ciclo de Centro Habana.*

El murciélago

Por **Aurora Venturini**

La iglesia catedral domina todo el predio y sus torres son vecinas de cúpulas, terrazas y techumbres. Por las noches vuelan los murciélagos que habitan en esos sitios antiguos. Chillan cual las arpías de los banquetes griegos. Cada tanto los obreros fumigan los interiores votivos, pero ellos siempre vuelven con sus alas de paracaídas, alitas plegaditas al colgar cabeza abajo.

No es posible negárseles cierta belleza en el despliegue…

Los murciélagos deben ser católicos pues durante las ceremonias sacras ni pían y acaso recen. Existen actos secretísimos en las especies y los reinos naturales.

Una vez vi a Drácula en el Coliseo Podestá.

Iba con Dinorah, una amiga en tiempos borrascosos de la dictadura de Videla.

Mes de agosto feo.

Dinorah padecía la ausencia de su sobrino Carlitos y yo padecía la ausencia de mi juventud. En realidad, las dos habíamos madurado en el terror de la ciudad sitiada.

A poco, el Coliseo caería en opacidad de derrumbe cual casi el total de nuestros valores ciudadanos.

Vuelvo al caso del quiróptero sentado en una butaca de la última fila: un señor envuelto en una capa de tela de avión negra y lustrosa. Batía su capa española arrebolada por vientos propios; sus vientos antiguallos que insistían en levitarlo arriba hasta las pinturas del plástico Speroni, abuelo de Roberto Themis.

A tope de carrera, huimos. Afuera llovía en los páramos edificados por los gendarmes.

Llegamos al Palacio de Cristal vecino, donde Dinorah habitaba su departamento.

Cerramos la puerta y oímos el golpe contra el vidrio de la ventana. El murciélago yacía en el alféizar del balcón.

Dije a mi amiga que viera la sombra larga proyectada en la portezuela de vitrales. Y no…

Opinó que fantaseaba, pero tembló.

Atribuyó los hechos al terror implantado por el gobierno ruin.

No volvimos sobre el asunto.

Carlitos regresó mordiendo el hueso de una pata de pollo que alguien, apiadado, le ofreció mientras volvía a su casa andando.

Lo abandonaron las bestias del duelo, después de torturarlo.

"El murciélago" era el vals de Strauss más precioso y rítmico. Luis, en épocas insuperables de amor y desamor quería asistir al Colón conmigo a ver, oír y sentir la ópera. Imposible sumado a otros imposibles. ¿Qué mal cabía en eso?

Aunque trate de orillar el tema, se impone en atropellada de ganado chúcaro y no hay alambrada que lo sujete.

Escribo demasiado en tiempo de antes.

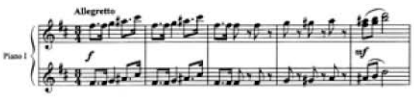
No hay barreras de contención posibles de aquellas tardes que puedan confundirlas en la niebla, en sus neblinas opresoras, en la pena, la lluvia, el más allá.

No obtuve una sola señal que fuera suya, objeto mínimo a la fotografía.

Y me he preguntado si no habrá sido pura imaginación…

No fue. Guardo un pequeño libro de sonetos nicaragüenses. Lo único valioso del minúsculo texto es su contacto y el perfume conservados tantos años.

Compró el poemario en México, en viaje con el equipo de fútbol que fundó. "Para tus manos de poeta", me dijo.



Supe que su hijo mayor falleció.

Antes, hablé con él por teléfono y quedamos en que me invitaría a cenar.

Le pediría una foto.

Una semana ilusioné.

Vino la contrapuesta de su mujer.

A veces, confieso, soy cursi.

Cursi, puse el disco de pasta en el fonógrafo de colección, que aún funciona.

Roló "El murciélago" de Strauss y el viaje a Viena, y sus calles inundadas de Danubio Azul.

Naufragaba de azul y de ilusionado olvido.

La noche entró al hall de la Ópera de pasos encima de las alfombras; el silencioso divagar de los espíritus.

Confundí a un ciudadano elegante que estaba parado dándome la espalda, en el silencio mullido y se dio vuelta:

"Lamento no ser Luis".

Humedecí dos pañuelos arrebujada en la butaca de felpa roja.

Fumaba con elegancia de una boquilla de nácar un cigarrillo; seguramente en el sur del mundo haría lo mismo…

En el sur del mundo evitaría vivir por una temporada. Vería…

No quiero regresar al punto de partida.

Luis:

"Tendríamos una casita cerca del mar y 'El Murciélago' de Strauss".

A pesar de la consciente levedad de cualquier proyecto que un vientecillo suave derribaría, insistíamos en crear ciudadelas de arena, instalarnos en los paisajes diseñados con carbonilla fáciles de borrar, con almohadilla de segundo grado.

Cuando leí *El Proceso*, de Kafka, supe del edificio y sus circunstancias, del esfuerzo inútil por conquistar el universo ajeno.

Me dividí en dos. Una de las porciones correspondía el querer con desesperación; la otra, el deber con desesperación, y me dediqué a la última pero sin poder separarme de la primera.

De tal manera desequilibraba, que me borraron del mapa con la almohadilla escolar y perdí como *El jugador*, de Dostoievski.

Los amaneceres descubrían mis ojos abiertos como platos playos; mi corazón sangrante cual achura de vaca en la carnicería.

Febriles horas del fin de adolescencia despuntando a la juventud pesarosa, lógica y matemática porque dos más dos es cuatro. Y un hombre casado es de la sociedad organizada a la que no renunciaría por intereses creados en el medio social donde nació y al que volvería indefectiblemente luego de cada tarde a las cinco.

Pero pasan las horas encimadas a los calendarios y permitimos la repetición de los encuentros, tal vez por consideración de una de las partes; la otra sigue en Babia y concurre cual escolar al tercer recreo, el recreo largo, así es de inocente…

En años y años se sienten cercados por ceños fruncidos que lastimarán al ceño débil de ella.

Distraído, el señor disminuirá citas a la prestada por un amigo, casita de amor.

Los años, los meses, los días corren con la velocidad de los caballos del hipódromo ganadores; ya no hay bolso ni bolsillo que contenga las monedas del amor de él, que será el último; el de ella es el primero. Él no resistirá el golpeteo del prejuicio y además, añora la comodidad de la cama camera conyugal, la mesa puesta y la bañera con espuma.

Ella entiende que ha perdido un tiempo escolar de inicio universitario, aunque comprenda que dada su edad, será recuperable.

Lo angustiante: nunca lo olvidará.

Fueron demasiados los encuentros y los besos; los versos repletarían un tomo grueso, tal la guía telefónica y sus encantadores.

Gimoteará en los últimos bancos de la sala enorme de Humanidades cuando expone Arturo Marasso; en el Aula Magna reflexionará cuando exponga Coriolano Alberini.

"Cuando vea a Cristofredo Jacob le contaré mi aventura; en el Museo de Ciencias Naturales le descubriré la filiación del aventurero."

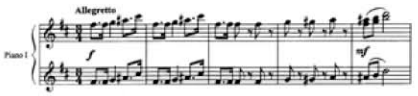
"¡Oh!", exclamó. Habló luego con acento germánico porque nació en Baviera.

"Usted no debió ser tan débil y accesible, y se ha dejado deslumbrar por uno que se las sabe todas… No insista en la tontería, nena, vuelva a ser usted misma y a otro capítulo de otra historia."

Le hice caso. Me encaramé a la colina de un orgullo desmedido que será mi ánima.

Soy cual un castillo enclavado en el mar, cuyo puente, levado, ya no permitirá salir del interior de madera y hierro.

En la profundidad razonante, sí que elegí la actitud dura de evitar cualquier obstáculo que



distrajera la consecución de un fin absolutamente intelectual.

A propósito traigo a colación a Kant, mi filósofo dilecto.

Cuentan que el autor de *Crítica de la Razón Pura* lucubraba difíciles silogismos porque filosofaba Sócrates y se advertía exigente de estado de ánimo precisado de amplios territorios.

De repente, atacó al pensador la neurosis causada por algo del horizonte que señaló a su mucamo.

Era un árbol que interrumpía al llano y que lo interrumpía.

Impulsado el mucamo por el mandato de su amo encolerizado, corrió al lugar con un hacha y atacó al árbol que cayó en el pasto ralo del predio, ahora liso.

Recobró su paz el filósofo y siguió por los rieles de las tres premisas silogísticas, sin furia ni esfuerzo.

En mi horizonte liso rendí siete materias en diciembre.

Rendí Práctica de la Enseñanza en un cuarto año de la escuela "Miss Mary O'Graham", cátedra del doctor Alfredo Calcagno, quien notó mi cierta emotividad.

"Nada de eso, las niñas son adolescentes."

Me contuve.

Me acordé que en esa escuela dictaba Higiene, Luis. Acaso se hubiera jubilado y de pronto lo vi en el pasillo, fumando.

Salvé graciosamente la situación y me gradué.

A los tres años de distancia de esa práctica, me nombraron en la Mary O'Graham, en Filosofía, Psicología y Didáctica.

Naturalmente, vería al profesor de Higiene, ahora compañero de profesorado, en reuniones, en la sala.

Confieso que simulé distracción, porque ahí estaba, saludando al pasar al grupo sentado.

El susodicho mordió su pulgar de mano derecha, gesto de nerviosismo, descubierto por mí hacía bastantes años…

Mostró facciones rubefaccionadas:

"¿Cómo te va?", asestó, y me ofreció un cigarrillo rubio.

"Gracias, ya no fumo."

Salí del sitio con sigilo, en estampida, a parar un taxi que me llevara a la escuela "Almafuerte", donde también cumplía tareas de cátedra; las mismas materias.

Regresé a mi departamento vecino al Bosque; lloré torrencialmente.

Los libros de mi biblioteca de derrotado olvido humedecí con lágrimas derrotadas; los de tapas duras fueron barquichuelos náufragos en oleaje amargo.

Negué reconocer cuánto lo amaba.

Duché y dormí pesadamente.

En sueños, transitaba calles desiertas angostas, contenidas entre altos paredones de piedra gris.

Iba sobre rieles afilados que lastimaban pies descalzos; igual, seguía caminando y repetidas zonas con rieles obligaban al sacrificio horrendo.

Una pesadilla me entregó desnuda y helada en la lluvia. La mujer me dio una frazada; me cubrí y seguí el camino.

Al amanecer, mi fatiga veía por la ventana ancha y generosa los árboles y las nubes viajeras.

La ventana alegraba la pared color arena, y colaba el murmullo verderol del Bosque.

En una pesadilla, lo vi.

Hoy me acostaba tarde por miedo a los sueños vacíos.

Cinta plateada de la vida.

Me proyecté hacia arriba, abajo y a los costados.

Cinta enloquecida de cinematógrafo, y a veces ignoraba si era o solo fuera imaginería fantasiosa.

Enamoramientos de Malte Laurids Brigge.

Tendré que recurrir a los amores de Malte a fin de contar los míos. Me cuesta un milenio de pesadumbre y agobio… Igual, lo haré después.

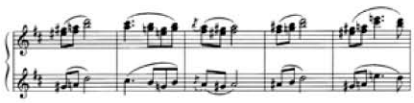
La joven asistía a la misma reunión de sociedad danesa a la que invitaron a Malte. El salón nutrido de personalidades. De pronto, solicitó a la joven que cantara, y ella, en principio, dijo "no". Y se apoyó en la ventana que se abría a un jardín.

Malte advirtió que ella lo enternecía por su parecido a Benedicte de Qualem, y que ella le correspondía.

Benedicte jugó un papel sentimental en la vida de Baggesen.

A medida que fijaba la atención en la muchedumbre, imaginaba "la tranquilidad oscurecida de sus ojos que auguraban la clara oscuridad de su voz".

La escena transcurre en tono de "Claridad de Copenhague".



Malte deseó acariciar el trenzado del cabello y el escote de su vestido.

La bella criatura cambió de opinión y cantó lánguida romanza italiana que aplaudieron.

Él experimentó sensación celosa, novedad que lo intranquilizó; hubiera querido que ella cantara solo para él…

Pedía a la Fortuna algo para sí mismo; "nunca tuvo algo así, y hasta su origen era incierto".

La cantora, interrumpiendo la sesión, vino hacia Malte diciéndole al oído que cantaría en danés, y él se llenó de amor primero, que es el más peligroso.

Ella, para cantar, se fue entre la multitud de invitados; la timidez del novato en el arte de amar le impidió seguirla.

Malte recordó cuando ella musicó alguna frase a su tía Abelone, que vocalizaba tonos graves.

El descubrimiento de la primicia que alerta el corazón a nuevas emociones recaló en una "pieza sin ruptura", una balada alemana.

De niño, el poeta experimentó un indefinible sentir al ver a Abelone. Se preguntaba preocupado por la ya otoñecida dama por qué no dedicaba las "calorías de su generoso corazón a Cristo".

No divagaré a fin de evadir el compromiso de contar mi amor primero, que floreció un interior melancólico de luz de luna.

Era apenas una adolescente, catorce o quince años, cuando rozó mis manos con ademán imprevisto, aquel señor mayor.

Mi precocidad inocente adivinó el futuro cruel, por no decir horrendo. Yo representaba a alguien larguirucho y tonto, mirando el entorno con ojazos extraños. Y me ericé.

La luz pálida proyectada desde la sala de actos de la escuela Mary O'Graham descubriría al grupo prieto de casi niños, enfrentando al profesor de Higiene. Este señor mayor, médico y político, atesoraba la adivinación romantizada del grupito, sin malicia; todo encanto de *Juvenilia*, de Cané.

En varias ocasiones, escuché a mis compañeras referirse al profesor, ardorosamente.

A nuestra edad, es fácil; lo difícil es fácil.

Más tarde vendrían los problemas.

Hoy, con fría y despectiva necedad, es posible relatar antiguos incendios devastadores, sin inmutarse; antes fue el fin de la esperanza y de la credulidad. No obstante esa ira antañosa, estamos anclados ahí, irremediablemente. Ya no hay nada que hacer, porque todos se han muerto.

¿Acaso se pudo hacer algo?

Ahora, en este desierto, podríamos edificar un reino, ¿pero entonces?...

El aparentemente descuidado roce produjo erizamiento generado por una mano áspera de jardinero. Él vivía en City Bell y cuidaba el jardín de la quinta. Allí habitaba con su esposa y dos hijos. Supe esto un día aciago.

Ayer, en abrazo intenso, me hubiera sepultado junto a él, yo que odio los sepulcros.

Volvimos a encontrarnos cuando cumplí diecinueve años; delgada y juncal; universitaria, ya publicaba mis escritos.

Nunca olvidé el roce de manos del jardinero. No me he movido un tramo de aquella vez del encuentro, junto al grupo estudiantil de *Juvenilia*, tal como Rilke en la ventana en que se apoyaba la cantante danesa.

Cuando un ánima delicada se rasguña apenas, sufre la infección tan peligrosa de una malaria de peste negra, cuyos espantosos efluvios contactos contagiaron al prójimo. Entonces, el universo, que es inconmensurable, lo hará a un lado, así como el oleaje bravío puede arrastrar la embarcación perdida, la arrumba lejos de la rivera, y no habrá salvación. Se vaciará el pecho desviscerado y los renovados golpetazos producirán ruidos de lata vacíos.

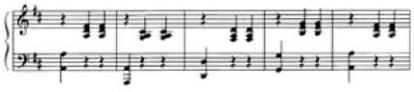
Enamorarse del amor verdadero, del destinado, váyase a saber por qué prodigio es convertirse en caja de lata barata contra cuya superficie miserable y pobretona habrán de coincidir hasta los golpes más despistados.

Y el enamorado intentará otros rumbos y requiebros sentimentales, causándose daño a sí mismo y al otro que, por inocencia, le creyó…

Diecinueve años sumaron hasta veinticuatro; sumaron andanzas divinas que clavaron sus agujas de plata en la carne desprovista del alivio que procuraría cualquier aliciente, anestesia, por ejemplo, aplicado a la lastimadura tan profunda.

Habría que recurrir a los tranquilizantes que suelen ser de acostumbramiento: uno para despertar; dos para vivir el día; tres para dormir. Y cuando nos olvidamos de ir a la farmacia, el mundo se derrumba…

Malo es enfermar de amor primero: tenebroso. Incurable. Sabiendo que no es imposible, corres-



pondería, ante su inminente posibilidad, improbable, huir a toda velocidad.

Bueno es amar por hábito de sociedad y familia; tranquilo como agua de pozo.

Después de mi catástrofe personal, intenté lo que acabo de anotar, y me acibaré de repulsión. Hay vacíos triunfadores.

Si intentáramos llenarlos, fracasaríamos. Y no solo nosotros sino también la imprudencia de aquellos que nos creyeron.

El enamoramiento de amor primero deberá crucificarse y clavarse en su cruz, en el desierto.

El doliente podrá llorar de vez en cuando, si le quedan lágrimas.

El estado del ya mentado amor primero significa el punto donde convergen todos los puntos. O sea, el universo de Jorge Luis Borges, contenido en "El laberinto", donde mora El Aleph.

Una tarde, principio de otoño (yo vivía en Buenos Aires), de malhadada época, me encontré con el Homero criollo, Borges, en un café del Bajo, próximo a la Recova. Pura casualidad: había muerto Estela Canto.

El poeta trasuntaba algo de escolaridad angustiante, de pena adolescente.

Este escritor siempre me pareció una criatura no despabilada a la crueldad mundana, que es intangible.

Personajes de sus cuentos darían imágenes borrosas de Carlos Argentino Daneri, tosco y servil, y de Beatriz Viterbo, que implantaba en la escena a Beatrice Portinari, de Alighieri. Ambas Beatrices nadaban en nebulosa como en un lago flotante. Había muerto Estela Canto. Ya lo dije.

Un vacilante fino peplo cubría y descubría paisajes de amaneceres de Londres, antigua niebla. Jorge Luis Borges los admiraba. No sé si tendría sangre de Albión. Frío de despegue nos aislaba del entorno porteño. Borges era un ser cristalizado en el corazón de un muro congelado.

De mientras, yo retrocedía en mis temporadas, cual un esquimal esquiando. Recuperaba las motivaciones difusas: argos, fantasmas, ensabanados de seda china, que los vientos arreciaban; sures imposibles de capturarse en mapas y portulanos.

Adolecíamos de quereres aggiornados de hondos muertos. Abismos de orillas resbalosas que impedían hacer pie.

Meditó el poeta: "Estela… Beatriz… Beatrice".

Yo: "Él se llamaba como usted".

Opinó algo, aludiendo a la coincidencia, y preguntó:

"… fundó un club de fútbol… ¿no?"

Lo afirmé: "Fue en La Plata, donde vivía Pancho López Merino".

Dijo Borges: "¡Ah! Sí, sí…"

La flecha de oro

A pesar del fracaso, el primer amor fue la flecha de oro insertada en el pecho; fue el abanico de Samain que hizo el vaso donde fatalmente agonizaría la gardenia, el fundamental paso en falso.

Ya no sucedería nada igual.

Asomarse a la intensidad de la vida y desde su mirador advertir que se derrumban los castillos edificados por una misma, aún sin conocer arte arquitectónico, es la mismísima muerte…

¡Qué fatalidad desgraciada, qué bolsa tan pesada repleta de nada cargamos de ahí en adelante!…

No obstante, jamás la descargaríamos y con los muchos años que son siglos de dolor. Hasta olvidaremos cuál es su contenido, y allá vamos cual linyeras del mal augurio.

La tristeza nos ha marcado líneas decadentes en las comisuras de la boca y la voz se ha entenebrecido en las sombras de ese gran difunto que es el primer amor.

Con qué displicencia aceptaremos triunfos y derrotas, porque somos los generales sobrevivientes de la guerra que supera la más cruenta batalla…

Nada podría asustarnos, alegrarnos, lastimarnos, glorificarnos.

Porque a un muerto solo le resta la desintegración indigna, fea… ◣

Aurora Venturini (La Plata, 1922). Novelista, cuentista, poetisa, traductora y ensayista. Amiga íntima de Eva Perón, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Albert Camus y Eugène Ionesco, entre otros. En 2007 recibió el Premio de Nueva Novela Página/12 por su libro *Las primas*.

Los traidores

Por **Mempo Giardinelli**

Ahora voy a contar la historia de Arturo, el hombre amargado de mi pueblo. Uno que, por decirlo de algún modo, nunca pudo sobreponerse a la tragedia que fue su propia vida, quizás porque la tragedia no siempre es numerosa y los traidores pueden perderlo todo menos el rencor.

Y además la cobardía sabe ensañarse con los infelices y ahí está él para probarlo: ya pasó los sesenta pero según se lo mire es aún joven, fuerte, bien plantado y en el pueblo se lo respeta porque desde hace veinte años cuida en su propia casa de dos seres arruinados: Ana Belén, su esposa quince años menor, que a los veinticinco de su edad era la muchacha más bella de la región; y Américo, un napolitano pintón que era su amigo y camarada en la cooperativa algodonera.

Desde que sus viejos lo trajeron de Italia durante el primer peronismo, época de miserias europeas por las durísimas consecuencias socioeconómicas de la posguerra, y siendo apenas un muchacho, Arturo aprendió la lengua de Castilla y el oficio de carpintero, todo a la vez en la Escuela Industrial de Resistencia. Sus padres murieron tempranamente y él se dedicó a cortar y ensamblar maderas en la carpintería de otro paisano, el Tano Diomedi, que era un genio para hacer muebles a medida.

Silencioso y activo, y sin ambiciones ni talento para nada, Arturo simplemente trabajó mucho y en silencio, hasta que un día conoció a Ana Belén en un concierto de la Banda Municipal y se enamoró en un segundo. De belleza aparaguayada, tímida y silenciosa, era casi una niña y cuando él la miró escuchando fascinada la Marcha de Aída, por el puro embeleso de la muchacha pensó que sería italiana. No se atrevió a acercarse, pero al domingo siguiente y durante una kermés del día de la primavera en la plaza 25 de Mayo, el pelo y los ojos morenos de la muchacha, coronando una figura de suaves curvas prometedoras, lo cautivaron de manera tan definitiva que se acercó a hablarle y a la semana siguiente ya estaba apersonándose ante la familia. En menos de un mes pidió su mano y cuatro semanas después se casaron en la parroquia de San José Obrero.

Por su parte, diez años más joven que Arturo e inmigrante como él pero desde que tenía solo ocho meses de vida, Américo mostró desde niño su vocación por mezclar el esfuerzo con el placer. En el Chaco, donde se radicaron sus padres estimulados por los padres de Arturo, pues ambas familias provenían del mismo pueblito perdido de la Basilicata, un chico lindo, simpático y hablador como Américo tenía —o eso creía él— el futuro asegurado. Mediocampista exitoso en la primera división del Chaco For Ever, luego diestro en naipes en el Club del Progreso, durante un tiempo timbero profesional y eventualmente vendedor de seguros y de los tractores Deutz. Mujeriego contumaz y a la vez encendido dirigente socialista, a la muerte de sus padres Américo se instaló en una pensión de la calle Edison y fue también fundador de las primeras ligas agrarias y hombre de verba

inspirada y deslumbrantes ojos negros, brillosos como el carbón mojado.

No pasó mucho tiempo —era previsible— hasta que Ana Belén y Américo se liaron. Jóvenes y fogosos, no supieron o no pudieron resistirse a un calcinante amor clandestino, culposos ambos porque los dos querían sinceramente al bueno de Arturo, que cuidaba de su amada esposa tanto como celebraba, generoso y fraternal, las andanzas y las ideas del joven Américo. Pero el amor o la pura pasión, como se quiera pensar y decir, pudo más, quizás porque siempre el amor y la pasión pueden más que la mera voluntad de las personas. No hay modo de detener los ramalazos del deseo cuando agobian de impulsos y de culpas a la carne joven. No hay culpa que amaine esos incendios. Y así fue que se liaron.

De igual modo, y con la misma inesperada direccionalidad, y tal como se producen los cruces en las vidas de la gente, sucedió que un día Arturo lo supo todo. La develación fue sin aviso, sin sospechas previas; sencillamente se podría decir que fue inexorable como la llegada del otoño algún día de entre marzo y abril. Para Arturo la mezcla de sorpresa con dolor y rabia fue tan natural como revulsiva.

Sin embargo no hizo nada, y ni siquiera pronunció palabra, si bien dejó entrever con toda claridad que estaba al corriente del amorío y que no aprobaba la traición ni el adulterio. En realidad no sabía qué hacer, no encontraba un modo de proceder, o de hablar, que aliviara su desesperación. Y en eso estaban los tres, cada uno inmerso en sus volcanes interiores, cuando el azar, o uno de esos modos de la vida que solemos llamar destino, determinó que una tarde de diciembre, poco antes de Navidad, ocurriera el accidente que les cambió las vidas radical, copérnicanamente.

Habían ido los tres de visita al campo de los Meneghini, unos tanos de más allá de Puerto Tirol y a la hora de la siesta, después del asado y los vinos y las frutas, los jóvenes se metieron monte adentro, entre lapachos y caraguatáes, y por ahí anduvieron retozando, previsiblemente, hasta que fueron llamados para partir de regreso y emergieron recompuestos, tan obviamente plenos de sexo como exentos de culpas. Y ahí el Diablo metió la cola, como se dice: en el camino de regreso, al salir la camioneta de un sendero de jacarandás restallantes de azules y violetas, en un curvón mordió una zanja justo cuando pasaba un camión cargado de rollizos de quebracho colorado que no alcanzó a frenar y fue todo uno dar un par de tumbos y quedar la camioneta con todo el peso de un rollizo sobre la cabina y las cuatro ruedas girando en el vacío. El violento encontronazo y la mala suerte jugaron su papel. Arturo voló y cayó en la zanja metros más allá, amortiguado por el agua, mientras los jóvenes amantes resultaron aplastados y con gravísimas heridas.

Al cabo del auxilio que recibieron por parte de la familia anfitriona y un par de peones, que demoraron horas en rescatarlos, los tres acabaron en el Hospital Perrando. Arturo fue el único afortunado: lo dieron de alta cinco días después. En cambio ambos jóvenes debieron permanecer mucho tiempo internados y quedaron inválidos para siempre después de pasar una larga temporada hospitalaria: Ana Belén sobrevivió con la columna quebrada por el rollizo que aplastó la camioneta, sin gobierno de sus movimientos y muy limitada su capacidad de articular palabras; y Américo sin piernas, cortadas ambas a media altura femoral, con movilidad reducida en los brazos y la mandíbula destrozada y sin dientes ni lengua, todos daños irreversibles causados por el peso del tronco que les cayó encima.

El único capaz de hacerse cargo de ellos, el viejo Arturo, se dedicó desde entonces a cuidarlos. Odiándolos, sin duda, se aplicó sin embargo a asistirlos igualmente: los cuidó en el Perrando y después los llevó a su casa, donde, que se sepa y como quiere este relato, cualquiera puede ver que los atiende y alimenta con paciencia pero sin amor, porque también los desprecia y maltrata. Es presumible que durante las convalecencias les habla con palabras soeces y ofensivas, que los sacude en las sillas de ruedas en las que ambos están confinados, y que cuando pasa a sus lados rumia maldiciones que ellos devuelven con medias palabras, quejidos agudos, apenas sonidos guturales. Pero ahí los tiene, y a su manera los cuida.

Pasan los años y es evidente que Arturo no sabe qué hacer con ellos. Habitan los tres la misma casa y él ve cómo se miran, amantes aún en la desgracia. Los odia más y más cada día, y los insulta y zarandea, pero a la vez los atiende como un santo, como una madre abnegada. Les da de comer en la boca, les provee las medicinas, les limpia las heces, los lava cada tarde con agua y jabón, coloca sus sillas frente al televisor a todo volumen para silenciar sus quejidos que parecen de pájaros roncos, y cada noche se ocupa de acostarlos en los

catres así como cada mañana los alza y recoloca en las sillas rodantes.

Los amantes —los traidores— solamente pueden mirar. Inexpresivos y silentes, a veces babeantes y completos de odio, miran al viejo Arturo como los gatos que cada mañana esperan que los de la casa esparzan las pequeñas croquetas de alimento concentrado. Miran y se miran cuando el viejo los coloca de modo que puedan verse, no directamente frente a frente pero sí como de soslayo, como para que, crueldad sutil, deban hacer esfuerzos extraordinarios para mirarse el uno al otro.

Sin palabras ni gestos, todas las viejas, eternas miradas amorosas, sensuales, parecen caber todavía y no sin angustia en esos cuatro ojos. Arturo los mira mirarse y los detesta con un rencor vivo, militante, como el de un condenado a jamás reponerse de los celos; pero a la vez los cuida, los alimenta, los viste, los ayuda en sus necesidades íntimas, saca sus cuerpos derrengados y débiles y los pone al sol en el invierno, uno junto al otro, casi al alcance de las manos del uno y del otro pero no lo suficiente como para que ella o él estiren los dedos hasta tocarse; así les imposibilita la caricia al amante.

Y así transcurren algunos años más, dígase seis o siete o diez más, hasta que un día el viejo regresa de unos mandados que debió hacer en el pueblo, y, cuando desciende de la camioneta, otra camioneta, descubre en la galería, y como al azar, que ambos están llorando a dúo, desgonzados y casi en silencio, emitiendo apenas sus ruidos animales, intensamente adoloridos, y amándose todavía.

Y no lo soporta. Y entonces, con renovada violencia, los entra y los coloca en la sala, a ella primero y luego a él, uno a cada lado de la mesa y como para que se miren ahora sí el uno frente al otro, y enseguida rocía el ambiente con nafta, y la escalera que lleva a su propio dormitorio, y las cortinas y hasta el porche, y enciende un fósforo y lo lanza mientras sale. La casa se incendia velozmente y el crepitar de las llamas que todo lo queman es el único sonido, porque ni en la desesperación les es dado a los amantes pronunciar palabra o grito alguno.

Arturo se dirige tranquilamente a la camioneta y se instala ante el volante solo cuando está seguro de que las llamas harán el trabajo completo. Pone en marcha el vehículo y se dirige, a la velocidad normal permitida, hacia el puente que cruza el Paraná y lleva a Corrientes. Marcha decidido a enfilar acelerando cuando esté sobre la calzada. Cruzará el puente a la máxima velocidad posible, decidido y calculando que cuando esté en medio del río dará un volantazo y hará volar la camioneta como si cayera desde un acantilado de cincuenta metros o más hasta las aguas turbulentas y ese será el fin de esta historia de mierda, piensa y cierra los ojos llorosos porque no puede más del resentimiento que siente, no puede hablar ni respirar de tanto odio acumulado.

Así entra al puente y acelera. La camioneta trepa hasta lo más alto, pero debe marchar detrás de un enorme camión de YPF cargado de combustible. Arturo vacila unos segundos, sin decidirse a sobrepasar al camión, y se mantiene en la fila, y es en esos segundos cuando piensa que ahí mismo debería dar el volantazo final, pero también son los segundos en que de pronto siente un devastador deseo de llorar copiosamente, una necesidad intensa y desesperada de llorar todo lo que no ha llorado, y entonces grita y putea, siente vergüenza y el peso abrumador de la cobardía, y no quiebra el volante sino que se somete al paso cansino y pesado del camión de combustible, y lo sigue, ominosamente lento, hacia abajo, hacia la costanera correntina en la que no sabe qué hará, ha descubierto que no tiene el coraje de matarse como jamás tuvo coraje para nada, de pronto es como si la dimensión del miedo lo venciera y entonces simplemente llora, pensando en Ana Belén y en Américo carbonizándose en la casa, y en que ahora irá a entregarse al destacamento de policía de ahí abajo, y qué alivio, dice para sí, llorando como un niño, qué mierda de alivio haber matado a esos traidores como se mata a un alacrán que te envenena el alma.

Mempo Giardinelli (Chaco, 1947). Escritor y periodista, creador de la revista *Puro Cuento* (1986-1992) y de novelas y relatos traducidos a varios idiomas, entre ellas *El Santo oficio de la memoria* y *Luna Caliente*. Recibió numerosos premios, entre ellos el Rómulo Gallegos.

El perro con ojo de agujero

Por **Mario Bellatin**

En este país, durante los últimos cuatro años, han muerto miles de personas en circunstancias violentas. Aparte de la inusitada cantidad de víctimas, lo que llama la atención es la crueldad y el aparente absurdo con que esos crímenes han sido llevados a cabo. En medio de esta violencia desatada, mi amigo Camilo se encuentra

internado en el hospital. Padece de un cáncer que comienza a generalizarse, producido quizá por no haber atendido a tiempo su condición de portador de VIH. Mi amigo Camilo es un personaje militante. Ha participado en cuanta campaña le fue posible a favor de los derechos de las minorías. Ha emprendido también empresas a favor de que la gente se haga lo más pronto posible exámenes para conocer su condición de portador o no del virus del VIH. Resulta curioso que precisamente una persona con su historial no se hubiese realizado nunca una prueba semejante. Cuando se lo pregunté me dijo, mirándome fijamente a los ojos, que había tenido miedo de los resultados. Cuando volví a inquirirle que él sabía perfectamente que un resultado positivo detectado a tiempo daba a las personas la posibilidad de llevar una vida normal, se echó a llorar. El caso es que cuando descubrieron la presencia de un cáncer linfático en su cuerpo tuvimos que enfrentarnos a un problema añadido: Camilo nos prohibió que le informáramos a alguien, y menos a su familia, la presencia del virus en su sangre. Mantuvimos esa actitud cerca de una semana. Yo hablé, a regañadientes, con su médico de cabecera para solicitarle que llevara el caso con discreción. Camilo en ese entonces, dueño aún de una fuerte vitalidad, apelaba que era un derecho que tenía como individuo decidir quién debía saber o no la verdad sobre su cuerpo. Nosotros —hablo de mí y de otro amigo— escuchábamos en silencio sus alegatos y pensábamos que en algún aspecto podía tener razón. Mientras tanto, los médicos y enfermeras entraban y salían del cuarto. Hacían pruebas diversas. Sacaban el cuerpo de Camilo de la habitación y lo devolvían unas horas después, generalmente extenuado. Cuando los médicos ya tuvieron el caso en orden, es decir, cuando llegaron a un punto donde estaban casi seguros de las condiciones del paciente y de las medidas que tendrían que llevar a cabo, nos dijeron que no podían seguir manteniendo la discreción. Acto seguido llenaron en la cabecera de la cama de Camilo una hoja colocada sobre una tabla donde decía la totalidad de enfermedades que padecía el paciente. Se trataba de la hoja de ruta que, a partir de entonces, iban a seguir los empleados del hospital para tratar de sacar adelante el caso. Cualquiera que entrara a la habitación podría leerla. Es lo que pasó. Lo hizo su madre y desde ese momento el problema mayor no pareció ser el tratamiento que debía seguir Camilo, sino la confrontación que llevaron una madre y un hijo por haber sostenido una relación basada en la mentira. La madre —una científica reconocida— dijo algo alterada que aquella situación, de ver a su hijo consumiéndose por la enfermedad, la había descrito en uno de sus ensayos más conocidos, donde menciona situaciones que son difíciles de explicar. Haber descubierto que su hijo era víctima de cáncer, la llevó al suceso que describió en su libro, donde hablaba de una institución conocida como la Ciudadela Final. Ese edificio, ubicado en las afueras —en un área determinada del país que se conoce como el Paraíso de las Mujeres Asesinadas: Ciudad Juárez— donde internan forzosamente a las personas afectadas por enfermedades transmisibles, fue creado con el fin de evitar que el contagio se difunda entre la población. Aquel escrito relata una sociedad en la que los habitantes, por razones bastante complicadas que tienen que ver con cierto perfil de carácter político, aceptan de buena gana la reclusión y rechazan muchas veces el libre albedrío. Algunos ciudadanos incluso piden, a pesar de encontrarse sanos, ser confinados. Lo hacen porque en líneas generales las condiciones de vida dentro son menos difíciles que en el exterior, pues para de algún modo acallar las protestas que ese método de confinamiento suscita en el mundo, se dota a los recluidos de ventajas con las que no cuentan las personas sanas. Algunos de los internados son jóvenes adictos a las drogas, pese a que en la Ciudadela Final está prohibido el consumo de estupefacientes. La madre habla en su ensayo del tráfico de sangre infectada —que reciben quienes desean tener un motivo real para ser ingresados— a cambio de remesas de anfetaminas que son introducidas a través de los rombos de las alambradas. La Ciudadela Final está rodeada por una cerca que la humedad ha llenado de óxido. Durante la noche de verano a la cual se refiere la madre en la primera parte de su libro, un miembro de la Banda de los Universales se acerca a la institución acompañado por uno de sus más viejos perros de pelea. La madre denomina Banda de los Universales a los grupos de jóvenes que en las ciudades industrializadas el sistema relega a los suburbios. Una vez que está ante los rombos de fierro, el Universal del que habla la madre se quita la camisa, las botas militares y el estrechísimo pantalón amari-

llo que lleva puesto. El pálido cuerpo queda desnudo bajo la luz de una luna que ilumina un campo desierto. Lo único que conserva son unas muñequeras de las que sobresalen unas puntas de acero. El perro de pelea que va a su lado comienza a lanzar leves gemidos. Lo hace señalando con el hocico el interior de la Ciudadela Final. El perro solo tiene un ojo. En el lomo luce una serie de tajos ocasionados seguramente por alguna de las tantas peleas a las que ha sido sometido. Se inquieta al sentir que unas personas se acercan por el otro lado. Aparecen entonces tres jóvenes de edades parecidas a las del Universal. Como todos los recluidos, están vestidos con un overol azul oscuro en el que está cosida la insignia de la institución. Preguntan si el Universal ha llevado las pastillas. Dicen además que no es necesario que se quite la ropa. El Universal no contesta. Le da al perro la orden de calmarse. Entrega una serie de tubos de pastillas y ofrece luego la vena del brazo derecho acercando aún más su cuerpo a la alambrada. Uno de los recluidos saca del bolsillo una jeringa con una sustancia oscura. A través de los rombos, el Universal recibe la sangre infectada sin hacer ningún gesto. Los recluidos desaparecen después en la penumbra. Antes le aseguran al Universal que no cabe la posibilidad de un error. Han mezclado la sangre de los tres. Al verlos correr, el perro da un brinco. Quiere seguirlos. Emite un par de gemidos antes de callar nuevamente. El Universal mira la huella que la aguja ha dejado en su brazo. Después de repasar los dedos sobre el punto escogido espanta al perro y se viste con lentitud. Se demora al ponerse las botas. Recoge luego la jeringa abandonada en el suelo y, con un movimiento brusco, la arroja al otro lado. Una vez que la madre se calma, empieza a llamar, allí en el cuarto de hospital, a Camilo como su hijo el guerrero. Como un personaje lo suficientemente fuerte como para remontar el cáncer. Parece que pretende convertir a su hijo en un elemento de algún próximo libro, no donde describa las cosas difíciles de explicar como en el anterior sino las fáciles de entender. Es de ese modo cómo a partir de entonces mi amigo Camilo queda en manos de las indicaciones que están escritas en la tablita clavada sobre su cabecera. La primera quimioterapia no presenta resultados negativos mayores. Mi amigo Camilo sale del hospital con la cabeza rapada y un par de dientes menos —se trata de los dientes falsos que tienen que ser extirpados a cualquier persona que se enfrente a un tratamiento de esa naturaleza—. Una de las primeras acciones que realiza es ir a su bar preferido, reencontrarse con sus amigos de siempre. Me rehúso a acompañarlo. Principalmente porque sé que, a diferencia del establecimiento descrito por la madre en el libro, mi amigo Camilo llevará su libertad a límites insospechados. Ingerirá la mayor cantidad de cocaína posible para después hacer un recorrido por los cuartos oscuros buscando tener sexo sin protección. La segunda sesión de quimioterapia es más severa. Mi amigo Camilo ya no sale con el ánimo de costumbre, aunque no deja de ir al bar y darse algún par de toques. En la tercera va del hospital directamente a casa de su madre, quien trata de atenderlo lo mejor posible prestándose incluso —después de seguir un curso improvisado por las mismas enfermeras del hospital— a inyectar ella misma a su hijo las sustancias revitalizantes necesarias para alguien que ha pasado un proceso semejante. La madre en una ocasión se pinchó un dedo durante el proceso. Camilo no aguantó la cuarta sesión. Sus órganos dejaron de funcionar. Fue desahuciado en el hospital. Sin embargo, sigue con vida. Acaban de descubrir que el cáncer se ha extendido por todo su cuerpo. Esperan que se recupere de este viaje de ida y vuelta a la muerte para que, en sus cinco sentidos, diga si quiere vivir o no. Mientras tanto, siguen apareciendo fosas clandestinas en la parte norte del país. Acaban de apresar a un grupo de niños sicarios, y a un hombre que reconoció haber hecho desaparecer con ácido cerca de trescientos cadáveres él solo. ◣

Mario Bellatin (Ciudad de México, 1960). Escritor, hijo de padres peruanos. Su novela *Salón de belleza* figura entre los mejores veinte libros en lengua castellana de los últimos años, según una lista confeccionada por escritores y críticos. Había participado con un cuento en Orsai N4.

No pueden parar de escribir

Pedro Juan es un gran representante del realismo sucio. ¿Estás preparado para un párrafo chancho de su *Trilogía sucia de la Habana*?

—Esperá que pongo los auriculares, porque está Nina dando vueltas por acá.

—Oí: "El sexo no es para gente escrupulosa. El sexo es un intercambio de líquidos, de fluidos, de saliva, aliento y olores fuertes, orina, semen, mierda, sudor, microbios, bacterias. Si solo es ternura y espiritualidad etérea entonces se queda en una parodia estéril de lo que pudo ser".

—¡Qué bueno! Con esa contundencia escribe también sobre La Habana. ¿Bajará línea política?

—No creo —me dice Chiri—. Incluso creo que hay gente que lo acusa de no comprometerse. Pero a Pedro Juan le importa tres carajos.

—Otra que escribe sin parar es Aurora Venturini —le digo—. Tiene cincuenta y dos libros, seis sin editar. Y ya cumplió noventa. ¿Cómo la ubicaste, tiene mail, tiene Twitter, tiene microondas?

—Llegué gracias a Ulises Rodríguez, el autor del perfil de Lavand en la Orsai N4 —me dice Chiri—. Ulises la llamó por teléfono para pedirle un texto para nosotros y Aurora no dudó.

—Hay dos perfiles de ella que la retratan muy bien —le digo—. Uno lo escribió Leila para *Gatopardo*, y otro lo hizo Josefina para *El Mercurio*. En alguno de los dos (o en otra parte) leí que Aurora fue amiga íntima de Eva Perón y al mismo tiempo se veía con Borges.

—Como si hoy alguien pudiera ser amigo de Víctor Hugo y de Lanata.

—También tomó clases con Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Y se codeó con Albert Camus y Juliette Gréco (Josefina cuenta que entre los tres se bajaron tantas botellas de Pernod que Aurora se volvió abstemia). Según Venturini, Beauvoir tenía un amante yanqui y Jean Paul lo sabía.

—Me encantan esos chusmeríos.

—Hay un punto de Juan Filloy con peluca en Aurora, ¿no?

—La edad, haber conocido a tanta gente, escribir sin parar...

—Me acuerdo de la entrevista que le hizo Mempo a Filloy en uno de los números finales de la *Puro Cuento* —le digo.

—Yo tengo esa revista —me dice.

—"¿Sigue escribiendo, Don Juan?", le pregunta Mempo. "Por supuesto. Siempre escribo. Siempre. Siempre", dice el viejo. ¿Tenés esa *Puro Cuento* a mano?

—Sí. La de la tapa azul con dibujos rosas.

—Buscá la parte que Mempo le dice a Filloy que probablemente *Rayuela* no se hubiera escrito sin *Op oloop* como antecedente.

—Acá está. Filloy le dice: "Me alegra que lo diga. Yo pienso lo mismo. Guardo una real simpatía por Julio Cortázar pese a que, le confieso, él utilizó muchos de mis giros literarios, muchas ideas, en sus escritos. Eso lo descubrió Paulina, mi mujer, un día: Che, me dijo, ¿no te parece que este muchacho hace esto como vos, hace aquello como vos? Sí, le respondí, dejálo".

—¡"Dejálo", dice! ¡Qué viejo gracioso! —le digo a Chiri—. Y qué bueno tener un cuento inédito de Mempo en este número, también, ¿no?

—Es un lujo: el director de la *Puro Cuento* nos manda un cuento... ¡A nosotros!

—Cuando leí sobre ese amor prohibido entre Ana Belén y Américo en "Los traidores", me acordé al toque de *Luna caliente* —le digo.

—¡Qué novela más cachonda!

—La otra vez estuve en Chaco y una profesora me decía que esa novela erótica se lee en los colegios secundarios. Cómo cambió la escuela, aunque vos digas lo contrario.

—No digo lo contrario, digo otra cosa. ¿Sabías que Bellatin tenía una escuela de escritura? —me pregunta Chiri—. Era el director. Se llamaba la "Escuela Dinámica de Escritores" y estaba en Ciudad de México. Tenía un método muy extraño: la primera regla para los alumnos era que, en la escuela, estaba prohibido escribir.

—Muy buena regla. Bellatin tiene esa locura lúcida, medio onírica, que me encanta.

—Y además dice que ser escritor no sirve para nada.

—Me quedó una duda —le digo—. Cuando Ulises le pidió un cuento inédito a Venturini, para nosotros, ¿Aurora sabía qué es Orsai?

—No tenía la más puta idea —me dice Chiri.

—¡Qué campeona, la vieja!

—Una maestra. ◣

ESTO ES (1) PAPEL

Hasta mediados del siglo XXI, el mundo seguía usando un soporte físico a base de fibrosa vegetal* conocida como *PAPEL*, justo sobre lo que está impreso** este cartel. **Retro ¿no?**

(1)

* Generalmente la fibra se obtenía de los árboles.
** Método de registro que consistía en impregnar tinta sobre una superficie material a través de una máquina.

INSTRUCCIONES: RECORTE LA PÁGINA POR LA LINEA PUNTEADA Y GUARDE EL RECORTE DURANTE 50 AÑOS.
TERMINADO EL TIEMPO DE ESPERA, SAQUE EL RECORTE Y RÍASE DE ÉL.

EL GRAN SURUBÍ

CAPÍTULO V

por suerte ya no hacía tanto frío
y aguanté con la soga en el sobaco
que me arrastrara el santo bicharraco
huyendo por la noche y por el río
cerca del mediodía se amansó
y a pesar del cansancio y las ampollas
até los seis barriles de las boyas
y armé una extraña balsa que aguantó
la tapé con resaca y camalotes
y dormí desmayado como muerto
del ojo izquierdo estaba medio tuerto
del tajo del vigía de los botes
me desperté una tarde ya sin fecha
vi la costa blanqueando a la derecha

cantando por el río paraná
venía navegando lento un piojo
con un hachazo mágico en el ojo
y una flor encendida en el ojal
tiraba río arriba el surubí
quizás era una hembra que subía
a desovar los huevos de su cría
a las aguas del norte guaraní
dormíamos de día el pez y yo
arrimados a zonas medio bajas
entre juncos y piélagos y pajas
pasaron días nadie me encontró
de noche cuando el cielo deja huellas
el surubí nadaba en las estrellas

se escuchaban bailongos en la costa
y ladridos de ranchos y motores
ya empezaban de a poco los calores
había olor a barro a sexo a bosta
la vía láctea temblaba en la corriente
y a pesar de la larga incertidumbre
se me volvió la noche una costumbre
los ruiditos del agua la creciente
si había pique pescaba unas taruchas
y las comía crudas eran buenas
pasaban las mojarras y las penas
a veces eran pocas y otras muchas
la noche me envolvía protegido
yo era el loco el ciruja el forajido

de día cuando el pez se aletargaba
yo dormía liviano y con la oreja
mareado en los zumbidos de la abeja
y el tábano inmortal que me picaba
una vez desperté por una escuela
guardapolvos brillando a la distancia
dudé si no eran sueños de mi infancia
y me metí en el agua hasta la muela
otra vez merodearon pescadores
y me escondí en la orilla por un rato
capaz que ya tenían algún dato
mejor camalotearme entre las flores
ser barro de culebras aire trunco
pajarito meciéndose en el junco

a veces a la tarde cauteloso
lo veía pasar debajo mío
era un tigre del agua un dios del río
tornasolando el flanco misterioso
entre las aguas turbias lo veía
de manera confusa aunque serena
con lentitud de tórrida ballena
con rayas venenosas de sandía
plateado sumergido medio gótico
las aletas dorsales espinosas
y las barbas azules y viscosas
sinuoso fragmentario casi hipnótico
cuando caía el sol se despertaba
y otra vez con tirones me llevaba

una tarde creció una luz extraña
y se puso amarillo el horizonte
después tronó en el fondo desde el monte
parecía que iba llover con saña
me levanté una chapa carcomida
que tapaba la bomba de un obraje
y me entregué a la rabia del paisaje
flotando con mi balsa con mi vida
el cielo se rajaba con los rayos
las raíces del sol cayendo a tierra
el trueno del recuerdo de una guerra
y arriba de un barranco los caballos
primero llovió fuerte y se calmó
después sin transiciones granizó

me cascoteaba el rancho heracliteano
me electrizaba el agua a la redonda
me entregaba de almuerzo a la anaconda
era el bíblico dios americano
yo le rezaba al hondo surubí
que me saque del medio de esa injuria
y de pronto sentí que aquella furia
era todo un continuo frenesí
una misma energía liberada
la tormenta y el pez y mi temor
una fuerza que actuaba sin rencor
peleando por seguir iluminada
igual que el corazón en su galope
sin sueños sin amor y sin un sope

mojado no paraba de temblar
pensaba en mis amigos y en la forma
en que el tiempo nos gasta nos deforma
y nos manda tan lejos del hogar
pasaban a mi lado sin mirarme
mis amigos en botes deliraba
fabián santiago juani les gritaba
la fiebre comenzaba a trastornarme
soñaba con partidos en el agua
con la risa a la sombra de los sauces
mi cuchillo y la sangre de las fauces
querés jugar al teto a la piragua?
tuve fiebre dos días bajo el sol
soñaba con replay el mismo gol

tenía que comer alguna cosa
y tomar agua limpia y buscar techo
la intemperie me atravesaba el pecho
y el alma transparente y cenagosa
noté que el surubí me iba llevando
por ríos más angostos cada vez
y una noche pensé en soltar el pez
que se estaba también debilitando
así que cuando ya no pude más
y divisé unos ranchos y unos muelles
decidí de una vez soltar los bueyes
y me metí en el agua a lo jonás
me acerqué despacito y con gran pena
corté el cordón y adiós a mi ballena

lo escuché chapoteando liberado
acuático ruidoso y en su calma
se perdió por el río donde empalma
y se abre un laberinto ilimitado
de canales lagunas islas pozos
en donde desovar su trascendencia
y así seguir nadando por su esencia
de monstruo de los ríos pantanosos
nadé con la corriente hasta la orilla
y salí caminando en cuatro patas
me agarré de los juncos y las matas
quedé todo blanqueado por la arcilla
llegué hasta un monte espeso me metí
y entre los arbolitos me perdí

Concluye en el próximo número.

(un folletín de ***Leonardo Oyola,*** ilustrado por ***Hueso Ricciardulli***)

Cruz / Diablo

Capítulo Cinco

¿Y si Dios fuera uno de nosotros, eh?
Solo un vago más como cualquier otro.

Todavía te faltan unos veintinueve años para que, en tu delirio de grandeza, te creas Él… Y casi cincuenta para que pagues por todos tus platos rotos. Ahora, huyendo de lo de Landero, del Otro Viejo nacido en el barro y de los Mala Sombra y solo después de un buen rato, te das cuenta de que con el Viejo que bajó del monte están en el medio de la nada. Perdidos. Caminando en círculos. Círculos en la tierra. Círculos en la arena. Círculos que se borran porque el viento sopla y hace mucho frío de repente. Círculos que se niegan a desaparecer y que se vuelven a marcar con las huellas de su andar.

Sí, ¡mierda que hace frío! ¡Y ese viento que no amaina y que no deja de silbar, carajo! Te pica el polvo en las mejillas, en la frente y en las pestañas. Se te seca la garganta y la lengua. Llorarías si tus lágrimas pudieran salir de tus ojos… Pero es tan fuerte el viento que, primero, no te permite moquear y más tarde termina por derribarte. Te desmayás. Y encima no podés soñar. Cuando recuperás el conocimiento te das cuenta de que tenés un hambre propia de peonada que estuvo todo el día afuera. Parece que hubieras ayunado cuarenta días y sus respectivas cuarenta noches.

Y ahora, que el viento se ha ido, el Viejo que bajó del monte ha hecho un fueguito. Discreto. Pronto se elevará dibujando en el aire formas de mujer el humo de las últimas brazas previas a convertirse en cenizas. El Viejo que bajó del monte mastica un charqui que te convida. Lo aceptás. Está bien salado. Pero tener algo en el buche te ha puesto contento. Vos pensás si lo habrán preparado en un mortero de piedra… Si habrá sido un indio el que lo cocinó… Es un manjar ese charqui siendo que no hay otra cosa para comer. Por eso te sale caro aunque no sepas el precio que estás pagando por comulgar con esa carne seca.

El Viejo que bajó del monte mira las estrellas. Parece. En realidad está perdido en el cielo oscuro. En lo negro de la noche. Te pregunta si te gustaría volar. Como los pájaros. Jamás pensaste alguna vez en eso. "Es imposible", te decís a vos mismo sin abrir la boca para contestar. Y que, en todo caso, si tuvieras una respuesta lo que vos querés ser es más bien un hombre de a caballo. Pero te imaginás atacando como el halcón que busca llevarse alguna de las gallinas del Papá bien cagadas en las patas… y la idea te gusta y hasta te hace sonreír.

Sí: te reís como un nene.

Pero ahicito nomás has empezado a dejar de serlo.

El Viejo que bajó del monte te cuenta que, valga la redundancia, desde el monte se ve toda la riqueza que hay por ahí. Que ni vos ni tu familia ni nadie de Los Pereyra o el resto de la provincia la nota por estar en el llano. Que todo eso puede llegar a ser tuyo si, como hiciste en lo de Landero, elegís el camino de las armas… Momento. ¿Dijo eso o algo parecido o medio al revés? Por ahí lo que te dijo es que si andás armado vas por buen camino. Y vos, que no querés vivir más en la pobreza y que has disfrutado y mucho de gatillar la escopeta del Papá, pensás que todo Tucumán puede ser tuyo. Y anhelás que así sea.

Es ahí cuando las estrellas miraron para abajo y hubo satisfacción en el rostro del Viejo que bajó del monte. Mucha. Correspondiente al goce de un maestro que va a enseñar lo que más se destaca para que su discípulo con los años se vuelva mucho mejor que él.

"¿Así que quiere ser pistolero, usted? Sepa que eso se es siete días a la semana sin domingos para descansar. Que el pistolero solo deja de serlo cuando lo encuentra una bala, m'hijo. Es difícil. Pero creamé que se puede. Va a tener que convencer a todo el mundo, Ratita. No permitir que vean lo que se le nota y mucho, chango… Aunque por ahora solo lo pueda ver yo con estos ojos que han visto de todo. Usted tiene miedo. En usted anida el temor. Pero no se me preocupe. Que lo va a saber sacar. Cuando sea más grande. Se lo va a saber sacar por un ratito y pasarlo a otros. Pero el miedo siempre va a volver a su pecho. Y peor."

Señalando con el mentón la escopeta del Papá, el Viejo que bajó del monte continúa con sus enseñanzas:

"Nunca me ande sin eso. O algo parecido. Agárrese bien fuerte a sus armas. Apriete el gatillo cuando lo tenga que hacer. Pero trate de no engolosinarse. Lo van a querer. Me lo van a odiar. Algunos sí. Otros no. En una época más y en otras menos… Si se lo puedo contar es porque yo estuve ahí. Me han quedado marcas en el cuerpo, vea. Cicatrices. Pero lo que más duele en el recuerdo es lo que le pasa a uno por dentro".

Siguiendo con la mirada a las Tres Marías el

Viejo que bajó del monte una vez más pregunta y evangeliza con su prédica:

"¿Sabe cuál es el disparo más artero, Ratita?".

Vos te me encogés de hombros y decís:

"¿El que se da por la espalda? Y ya le pedí más de una vez que no me diga más Ratita. Por favor".

"Por favor."

"Por favor" es una expresión que casi no vas a usar en tus años venideros.

Ignora él tu pedido y, sonriendo, niega con la cabeza:

"No. El que se da por la espalda no. Avivesé para salir de pichón, m'hijo. El disparo más artero es un beso. El disparo más artero es un beso que le da la changuita con la que uno está metejoneado. Un beso así. Y a medianoche. Nadie sobrevive a un beso".

Asentís como si lo hubieras entendido todo cuando para decir verdad cazaste poco y nada. Y después de pronunciadas estas palabras, primero él y después vos, miran a la luna y cada uno le pone una cara diferente; la de dos rostros que comparten el mismo nombre. Vos pensás en la Mamá. Y el Viejo que bajó del monte en una mujer ajena.

De repente recordás todo lo que pasó antes de que te desmayaras. Mucho. Demasiado mucho. Ha sido una jornada larga. Tartamudeás cuando finalmente hacés la pregunta que más te intriga.

"¿Co-cómo hizo eso?", le decís evitando adrede nombrar lo de las víboras. Lo de cómo hizo para convertirse en ellas. "¿Co-cómo hizo para llegar hasta la barra?"

Sin mirarte a los ojos, el Viejo que bajó del monte no se anda con brujería:

"No lo sé. Me sale".

Y al silencio agrega:

"¿Ya quiere volver a su casa, m'hijo?".

Es raro.

Querés y no.

Después te das cuenta que más que querer, debés.

Decís que sí sin entusiasmo.

Y el Viejo que bajó del monte te da con el gusto.

Cierra el pulgar y el índice de la mano derecha clavándolos como pinzas en las comisuras de sus labios para poder chiflar bien fuerte. El silbido es largo. Hasta tiene algo de un canto. Por más que para ser canción le falte porque es demasiado corto. Cae un rayo en el sur tajeando el cielo estrellado y la lunita tucumana. Cae un rayo más o menos en el Departamento de Jiménez. Por Santiago. Cae un rayo pero no ruge un trueno. En vez de eso lo que se escucha es el galope de un caballo acercándose por más que esté todavía a cientos de kilómetros.

El Viejo que bajó del monte ha llamado para que los lleve a lo del Papá ni más ni menos que al Bagual. Lo sabés cuando llega echando fuego por los ojos y espuma por la boca. El Bagual relincha y se para sobre sus dos patas traseras. Otro rayo cae pero ahora ahí donde están ustedes. Así, erguido, se le nota más la larga cola negra y las crines también azabaches.

El Bagual amaga con irse cuando el Viejo que bajó del monte se acerca a él. Despacio. Muy despacito.

"Sooh… Sooh… Sooh…"

El olor a azufre te da arcadas. Igual terminás acostumbrándote. Estás conteniendo el vómito justo cuando el Viejo que bajó del monte se aferra al caballo de sus crines y de un salto lo monta a pelo. Dan una vuelta completa a tu alrededor y también al paso el Viejo dejándose caer sobre el costado derecho del animal te captura con un brazo y te deposita detrás suyo.

Ni tiempo te ha dado para que te me asustes.

Estás meta rebotar de culo sobre las ancas del animal. Te querés agarrar de la cintura del Viejo que bajó del monte y él, sin mirarte ni darse vuelta, te da un chirlo en las manos antes que entrelaces los dedos como si fuera un cinturón.

Usando un tono de voz exageradamente enojado te enseña:

"De los hombros se agarran los hombres".

Y así lo hacés.

El Bagual es veloz. Trae consigo a la lluvia. Pero esta no lo puede alcanzar a él. Tampoco los rayos que se multiplican descargando su ira contra el suelo de Tucumán. El aroma a tierra mojada y el repiquetear de las gotas persiguiéndolos te arrullan un breve instante. Te despabila un rayo que cae demasiado cerca y la voz del Viejo que bajó del monte cuando al galope comenta: "Me parece que ya le encontré el apodo justo para usted, m'hijo". ◣

Concluye en el próximo número.

290
República
Argentina

La laguna

Capítulo cinco

¿Cómo pasó esto? —preguntó Pablo y apuró el último trago de whisky.

—¿Cómo pasó qué cosa?

—¡Cómo es que no te diste cuenta de que no estabas inventando la ropa, el auto, o la cara de los secuestradores! Los habías visto la noche anterior… No entiendo. ¿Pensaste que habían salido de tu cabeza? ¿Pensabas que te los habías imaginado? Pensabas… No sé. ¿Qué pensabas? —repetía Pablo, nervioso y caminaba en círculos como un perro tonto.

Julio no dijo nada aunque sabía la respuesta. Pablo se puso más nervioso. Inquisidor.

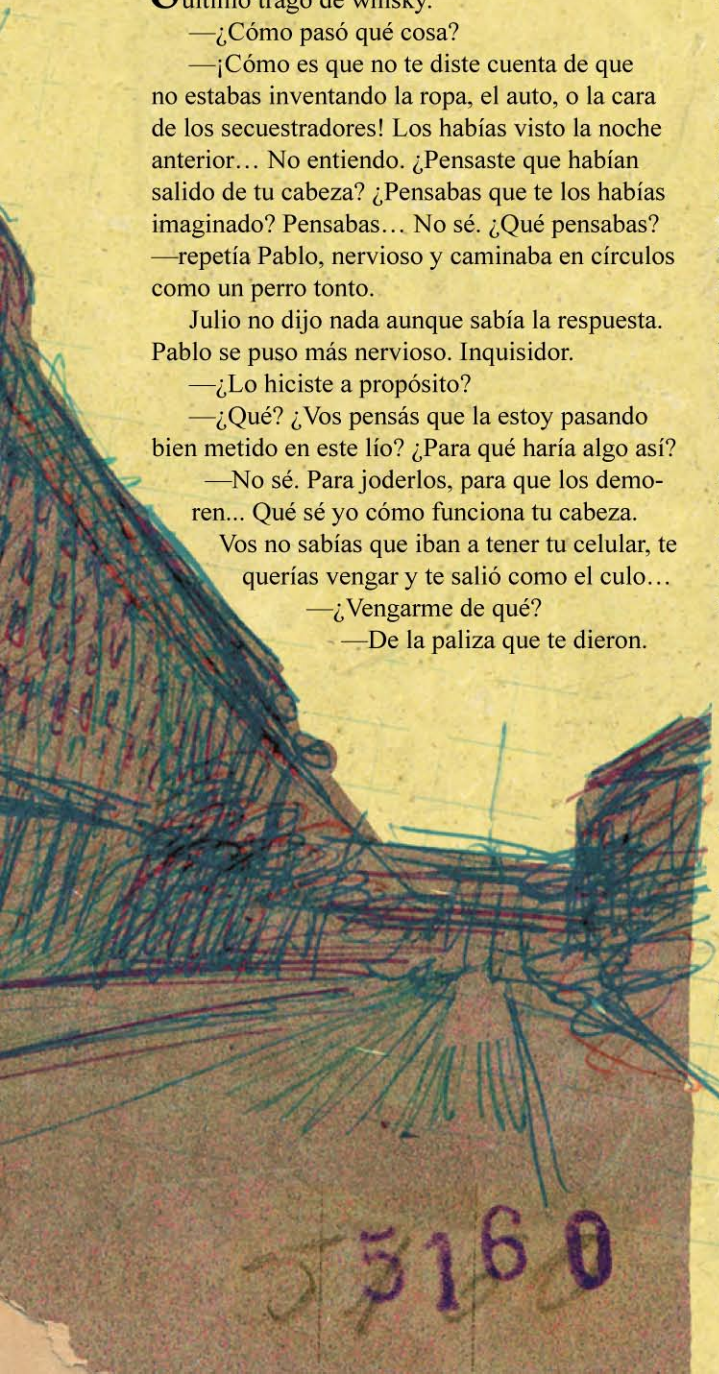
—¿Lo hiciste a propósito?

—¿Qué? ¿Vos pensás que la estoy pasando bien metido en este lío? ¿Para qué haría algo así?

—No sé. Para joderlos, para que los demoren... Qué sé yo cómo funciona tu cabeza. Vos no sabías que iban a tener tu celular, te querías vengar y te salió como el culo…

—¿Vengarme de qué?

—De la paliza que te dieron.



—Lo único que quería era zafar del trabajo, lo único —confesó Julio—. No sé, estaba dormido, el policía me preguntó cómo eran los secuestradores y dije lo primero que se me vino a la cabeza. Un jean, un auto común, una remera… Pensé que lo estaba inventando, que esos tipos no existían, te lo juro…

Pablo no podía creer lo que estaba escuchando. Siempre le había costado entender las desprolijidades de Julio. Se olvidaba de rendir gastos del restaurante, caminaba toda la noche con un hueso de pollo pegado en la casaca y había vivido sin gas durante un año para no tener que ir a la oficina de Metrogas a pedir la reconexión. Sin embargo, nunca pensó que podía llegar tan lejos. Inventar un secuestro con secuestradores no inventados era demasiado. Incluso para el mundo de Julio. Pablo trató de calmarse e insistió, como si haciendo dos o tres veces la misma pregunta la respuesta empezara a tener sentido.

—A ver. Explicáme como si yo tuviera cinco años. ¿Cómo puede ser que pienses que te inventaste algo que te pasó la noche anterior? Yo sé que estabas borracho porque te llevé a tu casa, medio inconsciente. Pero cuando respondías en la comisaría, ¿no te sonó familiar la descripción?

Julio quiso hablar, pero trastabilló.

—Qué —insistió Pablo por primera vez.

Julio tragó saliva.

—¡Qué!

Julio se mordió el labio, avergonzado, culpable.

—¿Qué? Por Dios, decí algo, Julio. ¿Cómo puede ser que inventes cosas que en realidad existen?

—No es la primera vez que me pasa. Pero nunca con algo tan grave. Yo le digo "la laguna"…

—¿Cómo la laguna?

—A veces vos pensás que se te ocurrió algo, pero en realidad lo sacaste de algún lado. ¿No te pasa?

—No.

—Sí, te pasa, a todos les pasa. Nada se inventa de la nada, Pablo, todo sale de algún lado.

—No.

—¿Cómo que no? ¿A vos no te contaron anéc-

dotas de cuando eras chico tantas pero tantas veces que a la larga empezaste a pensar que te acordabas de cuando te habían pasado?

Pablo dudó.

—Sí, eso sí.

—¿Nunca le contaste a alguien un chisme y esa persona te dijo "¡Pero si te lo conté yo!"?

—Sí, pero es distinto.

—No, es igual. Solo cambia la distribución… Me pasó, me olvidé, y lo conté.

—Pero esto no es una anécdota infantil, esto es grave… Mirá, Julio, no me tratés de convencer de que sí, porque no. Esto te pasa a vos, que vivís de cualquier manera… No le pasa a todo el mundo.

—Bueno, hay gente a la que le pasa más, otra a la que le pasa menos. A mí me pasa mucho.

—¿Cómo mucho? ¿Te pasó otras veces? —dijo Pablo agarrándose de la silla.

Julio se aclaró la garganta. No dijo nada. Sabía que lo que estaba a punto de confesar solo iba a empeorar el asunto.

—¿Con qué otra cosa te pasó, Julio? Hablá de una vez por todas.

—La última vez fue con el pato.

—¿Qué pato?

—El pato del enano ese…

Hasta hacía unos días, la única forma que Julio había encontrado para justificar el odio de Tachuela era puro y llano resentimiento. "Es un enano de mierda, un envidioso, en vez de concentrarse en aprender lo único que quiere es ganar más guita", se justificaba Julio todos los días. La verdad era que tampoco había indagado mucho. Sabía que su carácter no ayudaba —Julio era desagradable, altanero, vago, maltratador—, pero todos los chefs eran igual de desagradables y Tachuela había trabajado con algunos de los peores. Nunca lo había escuchado insultar a Trotta, el cocinero del Hotel Alemán, ni a Cordelán, su jefe anterior en el restaurante La Paz, dos déspotas drogadictos que eran capaces de tirarte aceite caliente en la mano si les quemabas el pescado. De él, en cambio, se quejaba una vez por semana con el dueño del hotel o con el resto del personal. Julio lo sabía y lo castigaba contestando con desprecio todo lo que Tachuela proponía en la cocina. Rechazaba todas sus ideas con excusas absurdas, infantiles, beligerantes. Quizá los otros chefs le habían dado más posibilidades de participar en el menú. Él, en cambio, no lo dejaba meter ni una cuchara de café.

—¿Y si hacemos un fumet de pescado, algo bien oriental, y arriba ponemos el mero con una tempura de vegetales frescos?

—No, los chinos me tienen las pelotas llenas —respondía Julio, sin levantar la mirada.

—El mero en una costra de pistachos sobre unas verduras baby cocidas en su propio jugo… Hice como un dibujo, podemos poner las verduras en un colchón, cruzado, debajo de la croûte…

—Odio las costras. Se queman y se salen y además no puedo tocar el punto del pescado.

—Pero hay costras en el menú, el cordero tiene una…

—Y la odio, la vamos a sacar.

Cada tanto, Tachuela volvía a la carga. Escuchaba que algún proveedor le ofrecía a Julio un corte de carne nuevo o unos mariscos impecables y le tiraba algunas ideas. A veces Julio lo escuchaba, pero otras veces Tachuela se las dejaba escritas, con todas las explicaciones pertinentes, en un papel pinchado en la pizarra de la cocina. Julio las espiaba pero jamás las comentaba ni las sacaba de ahí. Prefería dejar que se pusieran amarillas con el tiempo, pinchándoles facturas y remitos encima, papelitos roñosos con teléfonos, etiquetas de productos que le habían gustado y quería conseguir. Tachuela soportaba estoicamente su ninguneo pero nunca se rendía. Su deseo de colaborar era más grande que todas las afrentas y desprecios de Julio. Dejaba pasar unos días y volvía con otra sugerencia, un dibujo, o una receta nueva.

Un día, misteriosamente Tachuela no sugirió nada más. Ni recetas, ni ninguna otra cosa. Ni siquiera avisó que faltaban ingredientes o que algunos utensilios estaban deteriorados y había que reponerlos. De repente él, que solía ser tan colaborativo y locuaz, solo decía "sí señor", "no señor" y se iba mascullando sus odios en silencio.

Hasta ese momento, Julio nunca se había detenido a pensar por qué. No le interesaba el enojo de Tachuela mientras le salteara las habas como él quería. Su jefe, Ratazzi, le decía que su equipo estaba enojado y que Tachuela se quejaba del trabajo permanentemente, pero para Julio ni él ni ningún otro empleado era más importante que una batidora o un tarro de crema. Sin embargo, la semana anterior, mientras buscaba la denuncia que había pinchado en la pizarra del restaurante, Julio encontró una hoja escrita y dibujada por Tachuela

con fecha de hacía un año y recuperó el interés. En realidad, encontró muchas hojas llenas de recetas, sugerencias e ideas que su antiguo sous-chef había dejado para él. Pero había una muy especial, en la que estaba la clave de tanto odio.

Terrina de Pato confitada con castañas
Por Juan Manuel Tachón

Ingredientes para el pato confitado: 5 cuartos traseros de pato, 1 rama de tomillo, 1 diente de ajo, 3 litros de grasa de pato, 1 cucharada de granos de pimienta negra.

En una olla grande colocar los trozos de pato pelados, sin la piel, junto al tomillo, ajo, pimienta, y cubrir con la grasa derretida. Ponerlo sobre la hornalla a fuego mínimo y cocinar hasta que el pato esté tan tierno que se desprenda del hueso. Dejar enfriar adentro de la grasa y una vez frío, separar la carne y reservar.

Ingredientes para los hinojos braseados: 4 cabezas de hinojos grandes, 1 taza de aceite de oliva, sal marina, pimienta, 1 rama de tomillo.

Cortar en cuartos la cabeza del hinojo, dejando de lado los tallos y las hojas. Aceitar una placa de horno y ubicar las verduras salpimentadas. Rociarlas con el aceite de oliva y el tomillo y hornear hasta que estén tiernos cubiertos con papel de aluminio. Retirar el papel durante los últimos quince minutos de cocción para dorar.

Ingredientes para la crema de higos: 500 grs. de higos frescos, 100 grs. de azúcar, 150 grs. de agua.

Poner los higos cortados en un recipiente con el azúcar durante una noche entera hasta que larguen todo su jugo. Luego poner en una cacerola con agua y cocinar por media hora a fuego bajo. Dejar enfriar y procesar hasta obtener una pasta.

Ingredientes para el pan de nueces: 500 cc de agua, 1 huevo, 1 taza de castañas de cajú peladas, 500 grs. de harina, 10 grs. de sal, 10 grs. de levadura.

Mezclar la harina y la sal y luego agregar la levadura hidratada con agua tibia. Continuar agregando el agua hasta obtener una masa. Agregar los trozos de castaña y estirar en una budinera aceitada. Hornear a 200 grados durante 40 minutos. Dejar enfriar. Cortar en rodajas lo más finas posibles y volver a hornear las láminas hasta que estén crocantes.

Armado de la terrina: Colocar en un bol la carne (¡Ojo: dejar pedazos grandes!) y sazonar con sal y pimienta y dos cucharadas de la grasa tibia que se usó en la cocción. Forrar un molde de terrina con papel film y volcar este relleno, apretándolo bien contra el fondo. Sellar con papel film y dejar con un peso encima durante ocho horas en heladera. Desmoldar y cortar.

Emplatado: Cortar dos porciones de un centímetro y medio de terrina y ubicar sobre un espejo de salsa de higos junto a dos cuartos de hinojos braseados, una lámina de pan crocante y un mix de microgreens de cebolla e hinojo. Terminar con sal perfumada en clavo de olor.

—Pero no entiendo. Yo fui al restaurante de Tachuela y cuando te dije que estaba la terrina de pato, me dijiste que te la había copiado a vos… ¿Estás loco? ¿Qué problema tenés? ¡Te robaste una receta! ¡Te la robaste y encima lo cagaste a puteadas!

Julio lo miró. No supo qué decir. Era un error. Tachuela le pegó la receta en la pizarra, Julio la revisó, con el tiempo se olvidó, y tres meses más tarde, cuando un proveedor le ofreció unos cuartos traseros de pato espectaculares, se le ocurrió, por decirlo de alguna manera, una receta como esa. La garabateó en un papel, y se lo avisó a su equipo, entre los que estaba Tachuela, que apenas lo escuchó, volvió a sus tareas en silencio.

—No entiendo. ¿Nunca dijo nada? ¿No se quejó?

Julio negó con la cabeza.

Tachuela se quedó en silencio mientras Julio aceptó los cumplidos de su equipo, mientras el plato estuvo en el menú bajo la firma de Julio, e incluso cuando su jefe le dijo que era el plato que más se vendía en el salón. Se quedó callado hasta que Julio faltó dos días, su jefe amenazó con echarlo, y no lo echó. Ese día supo que Julio iba a salir bien parado de cualquier cosa que hiciera, y que estaba perdiendo el tiempo.

—Fue un error —repitió Julio.

Pablo lo miró desconcertado. Julio quería usar esta anécdota para justificar la otra, pero lejos de justificarla, solo empeoraba las cosas.

—Qué se yo. Pensé que se me había ocurrido a mí. Tampoco es tan rara la combinación. No era mortadela con dulce de leche, es algo clásico… Se le puede ocurrir a otros ¿O no?

—¿Me estás cargando? ¡Yo probé las dos y son idénticas! ¡Y además tenías el papel pegado en el corcho de la cocina! ¡Él te contó esa idea!

—Podría haber dicho algo…

—¿Para qué? Vos lo ibas a negar a muerte. Supongo que pensó que la mejor venganza era hacerla mejor que vos…

—Bueno, pero no le salió.

Pablo miró a Julio a los ojos durante algunos segundos. No quería decirlo, pero necesitaba que lo supiera.

—¿Es mejor que la mía? —preguntó Julio.

Pablo asintió.

—No quise decírtelo en ese momento. Pero sí, es mejor.

Julio sintió que le bajaba la presión. Una cosa era ser juzgado por irresponsable, pero otra muy diferente por ser mal chef. Lo de la terrina, al menos, se solucionaba sacándola del menú. No hacía falta decir nada ni pedir disculpas, solo aceptar la humillación silenciosa. Pero lo del secuestro era más complicado porque no había papel con instrucciones de esa noche. O sí, pero estaba en la cabeza de la única persona que no quería hablar con él.

Julio tardó cinco días en juntar coraje para tocarle el timbre a su exmujer. La vio recortada a través de la persiana durante algunos segundos, justo antes de que la bajara y se escondiera como un bicho. Llamó por teléfono para avisarle que no venía a buscar problemas, que solo necesitaba hacerle unas preguntas, pero ella nunca levantó el tubo. Le dejó un mensaje en el contestador y volvió a tocar timbre varias veces. Nada funcionó. Estaba enojada en serio.

Al día siguiente volvió, pero fue más inteligente. Se quedó en la esquina esperando y la interceptó cuando salía a trabajar, en el medio de la calle. Al verlo, ella apuró el paso y él tuvo que seguirla durante varias cuadras.

—¿Se puede saber qué querés, Julio?

—Hacerte un par de preguntas, nada más.

—Bueno, ahora no puedo. Me tengo que ir a trabajar. Hablamos en otro momento.

—No puedo esperar. Es urgente.

Ella carraspeó, irritada. Lo odiaba, no quería saber nada de él. Ni lo importante ni lo trivial. No le importaba ni siquiera si tenía una enfermedad terminal o si le había contagiado una venérea. Prefería morirse desangrada antes de sentarse a escuchar otro rosario de excusas.

—¿Por qué no me dejás de joder, Julio?

—Calmáte. Ya sé que no querés volver. Solo necesito hacerte unas preguntas y desaparezco. No tiene nada que ver conmigo ni con vos, ni con el matrimonio. Es otra cosa. Por favor.

Ella lo miró y caminó hasta el bar de la esquina, esperando que él la siguiera. Se sentaron en la primera mesa libre que encontraron. Ella no pidió nada, para dejar bien en claro que pensaba irse en cualquier momento. Él hubiera querido pedir una cerveza pero no se animó y pidió un café que nunca tocó. Ella supo que quería pedir alcohol y no dejó de mirar el café inmaculado y frío durante toda la conversación.

—Si vas a hablar de la pelea del otro día, te aviso que no tengo nada para decirte. De lo único que me interesa hablar con vos es de cómo me vas a pagar las cuotas alimentarias que me debés. Me debés un año y medio.

—Necesito saber qué hacías ahí.

—Fui a una fiesta, nada más.

—Vos no vas a fiestas.

—Ahora sí. ¿Tantos años de ir a levantarte del piso en estas fiestas horribles no cuentan para nada? Ahora quiero probar yo. Voy a salir a ver qué es lo que te mantuvo entretenido todos estos años…

—No vine a pelear, Laura. Decime si conocés a los tipos que estaban con vos en la fiesta.

—No sé de qué hablás, no estaba con nadie, yo. ¿Me vas a pagar o no?

—Sí estabas, unos tipos con los que me terminé peleando… No te hagas la tonta.

—No te hagás el tonto vos. ¿Me vas a pagar?

—Te voy a pagar, solo que ahora estoy complicado, ya lo sabés. Tu papá tiene plata, vos tenés plata, lo que yo te doy es una limosna para vos. Ahora decime de dónde conocías a esos tipos.

—No los conozco, qué se yo. Pensé que eran de ahí. ¿No son amigos tuyos o en esas fiestas a las que vas nadie se conoce?

—Te vi hablando con ellos. ¿No te dijeron el nombre? ¿No te llamaron por teléfono? ¿No preguntaste de qué trabajaban?

—Te dije que no. ¿Por qué me preguntás todo esto? ¿Qué te importa quiénes son?

Julio estaba seguro de que ella sabía algo que no le estaba contando.

—Estabas coqueteando, charlando con uno de ellos. Te tenía agarrada de la cintura. ¿Dejás que

te agarre un tipo que ni siquiera sabe como te llamás?

—Soy una mujer libre, no tengo que darte explicaciones.

—¿Es tu novio? Hablaban con mucha confianza. ¿Qué tenés, miedo de que le pegue, de que le haga algo?

Ella lo miró, con placer, como si hubiera estado esperando este momento mucho tiempo.

—¿A vos te parece que ellos pueden tener miedo de lo que vos les puedas hacer? ¿No te alcanzó con la paliza que te dieron esa noche? Ni un raspón les hiciste… Parecías un trapo de piso abollado en un zócalo.

Julio reaccionó, ofendido.

—Quizá les hice algo peor y por eso los estoy buscando.

Laura se quedó pensativa unos segundos.

—Julio, vos tenés algo que ver con la denuncia esa…

—¿Los conocés o no?

—¿Vos te volviste loco?

—Decime si los conocés o no…

Laura se agarró la cabeza y empezó a temblar. Revolvió la cartera, sacó un cigarrillo y lo prendió. Las manos le temblaban.

—Acá no se puede fumar. ¿Te volviste loca?

Julio llamó al mozo y pidió la cuenta. Laura no le prestó atención.

—Por eso no quería venir, por eso. Sabía que tenías un problema. Con vos son todos problemas, todos disgustos, mierda, siempre mierda… ¿A quién se le ocurre? Decime vos a quién se le ocurre… Vas a arreglar esto, eh. Estoy podrida de que me arruines la vida… Borracho de mierda, eso sos. Un borracho de mierda.

—¿Yo qué te hice a vos?

—¿Qué me hiciste? ¡Hiciste una denuncia falsa, vos sabés que no te hicieron nada!

—¡Los conocés! ¡Decime quiénes son y qué hacían en mi fiesta!

—No te voy a decir nada.

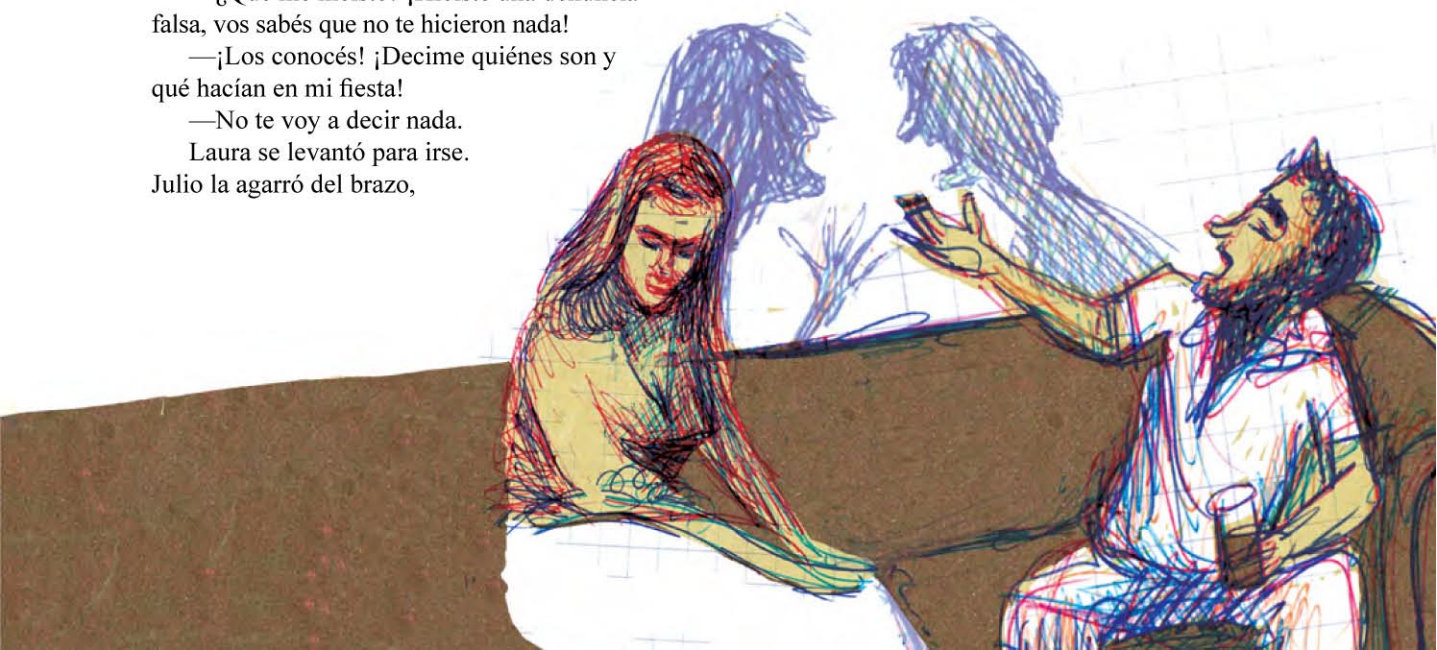
Laura se levantó para irse. Julio la agarró del brazo, pero ella se soltó y salió corriendo. Al otro día, a la mañana, mientras se duchaba, le sonó el timbre de su casa. Convencido de que era ella, Julio atendió sin especular. Del otro lado, lo sorprendió una voz masculina que no conocía.

—¿Julio Kaminski?

Julio miró por la cámara de seguridad. No se veía demasiado, pero no era un policía. Podía ver los jeans, las zapatillas y una mano en el aire con las llaves de un auto. Aliviado, dejó descolgado el tubo y se fue a su cuarto. No salió hasta dos horas más tarde, cuando estuvo seguro de que ya no había nadie esperándolo. Por las dudas, volvió a mirar por la cámara de seguridad para comprobar que se hubiera ido. Ya no había unas llaves en el aire, ni unas piernas, ni un tipo.

Había dos. ◣

Concluye en el próximo número.



Chancho al trote

El Viejo que bajó del monte —me dice Chiri en susurros— era el mismísimo diablo.

—Si aparece en campo argentino —le comento—, se llama Mandinga. Y como Lucifer, como Belcebú, no puede disimular el olor a azufre.

—Me acuerdo de Alfredo Alcón haciendo de Mandinga en *Nazareno Cruz y el lobo*, la película de Leonardo Favio. Es el encargado de decirle a Nazareno que tiene una maldición, la de ser Lobizón. Y le propone un pacto.

—¿Habrá un pacto en el folletín de Leo Oyola, también? —le pregunto.

—Si está Mandinga, siempre hay un pacto.

—Me acuerdo de otro personaje de *Nazareno Cruz* que se llama La Lechiguana; lo hacía señora Nora Cullen.

—Es una obra maestra. ¿Sabías que es la peli más taquillera de la historia del cine argentino?

—¿Más que *El secreto de sus ojos*?

—Creo que sí —me dice—. Aunque la mejor película de Favio, para mí, es *El dependiente*; una en blanco y negro que te hipnotiza de entrada y no podés dejar de ver. Trabajan Walter Vidarte y Graciela Borges; los dos la rompen. Una historia muy chiquita, casi nada, rarísima. Muy genial. ¿Vos la viste?

—No me acuerdo —le digo—. Puede que sí.

—¿Te pasó alguna vez eso de olvidarte de algo y después resucitarlo sin darte cuenta que lo sabías? —me pregunta Chiri.

—Miles de veces —le digo—. Me pasa lo mismo que al pobre chef Julio Kaminski con la receta ajena. Una vez, a los diecisiete años, escribí un poema. Al tiempo vos descubriste que era una canción de Sabina. ¿Te acordás?

—Eso no fue olvido —me dice—. Fue plagio. Después te inventaste que fue olvido. Lo que le pasa a Kaminski en el folletín de Carolina es verdad. Por eso se llama "La laguna".

—Lo mío no fue plagio. También fue laguna.

—¡Cómo será la laguna que el chancho la cruza al trote! —me dice Chiri.

—¿Eso fue un insulto?

—No.

—¿Entonces qué fue?

—Es un refrán de campo. Significa "¡qué simple ha de ser el problema si hasta el más estúpido de los hombres lo consigue resolver!".

—En México hay un equipo de fútbol que se llama Laguna —le digo.

—Santos Laguna —me corrige Chiri.

—Como sea: todos los equipos mexicanos tienen nombre feos: Chivas, Jaguares, Pachuca, Tiburones Rojos, Pumas…

—Es como si Chespirito y Carlos Castaneda se hubieran fumado un porro para inventar una zoología del fútbol.

—El "Open Gallo" podría ser el nombre de un equipo mexicano —le digo a Chiri—, si no fuera el lugar donde comienza la historia de *El gran surubí*. El local de fútbol cinco del que habla Pedro Mairal en sus sonetos.

—¿Sabías que a esos partidos del Open Gallo iba Luis Chaves, cuando vivía en Argentina?

—¿El mismo Luis Chaves que tradujo la crónica de Joe Bageant en esta edición?

—El mismo poeta costarricense que escribió "Un país de la mente" en la Orsai N2. Una vez escribió esto, oí: "Las noches de jueves jugábamos fútbol cinco en un club cerca del Abasto en Buenos Aires. Era un grupo de escritores reunidos por el deporte rey (Llach, Incardona, Casas, Zaidenwerg). Una vez llegamos nueve más uno que iba solamente a tomar fotos, vestido de civil. Se vio obligado a incorporarse para completar los equipos. Sus jeans y camisa fueron como un pilot fosforescente, el neón que lo seguía durante el partido señalando al lagarto enyesado. Les presento a Pedro Mairal. Así lo conocí".

—Qué increíble —le digo.

—Qué cosa.

—Yo no sabía a quién se refiere Pedro (o mejor dicho, Ramón Paz) cuando en el soneto siete de este capítulo dice: "pasaban a mi lado sin mirarme / mis amigos en botes deliraba / fabián santiago juani les gritaba / la fiebre comenzaba a trastornarme"... Y lo que me leíste de Luis Chaves me resuelve el problema.

—Sí —me dice Chiri—. Son Fabián Casas, Santiago Llach, Juan Diego Incardona.

—Qué alivio —le digo—. Me encanta resolver esas lagunas literarias, me hace sentir inteligente.

—¡Cómo será la laguna que el chancho la cruza al trote! —susurra Chiri.

—¿De verdad que cuando decís eso no me estás insultando?

—Por supuesto que no, querido amigo. ◣

HALLOWEEN, 1938

AGRIMBAU - IPPOLITI

HALLOWEEN, 1938

...LO QUE VEO NO ES PARECIDO A UN METEORITO, ESTO RECUERDA MÁS A UN ENORME CILINDRO...
OYE, DE QUÉ ESTÁN HABLANDO.
¡SHH! ESCUCHA.
¡ALTO! ¡ALGO ESTÁ OCURRIENDO! DAMAS Y CABALLEROS, ¡ES HORRIBLE! UN MOMENTO, ALGUIEN ESTÁ SALIENDO DE LA PARTE SUPERIOR. ¿ALGUIEN O... ALGO?
¡ES... ES INDESCRIPTIBLE! ¡CON GRAN TRABAJO ME OBLIGO A MIRARLO. LOS OJOS SON NEGROS Y BRILLAN, COMO LOS DE LAS SERPIENTES!
¡DEL MONSTRUO SURGE UN FLUIDO DE LLAMAS Y SE DIRIGE A LAS PERSONAS QUE SE APROXIMAN! ¡DIOS MISERICORDIOSO, ESTÁN ARDIENDO COMO ANTORCHAS!

HALLOWEEN, 1938

LO SIENTO DONNIE, TENGO QUE HACERLO.
¡LOS VEO ACERCARSE, ESTÁN A CIEN PIES!
¡CINCUENTA PIES!
¡YA ESTÁN AQUÍ!
¡BANG!
¡AAAAH!
TZZZZ...
DAMAS Y CABALLEROS, LES HABLA ORSON WELLES, PARA DEMOSTRARLES QUE «LA GUERRA DE LOS MUNDOS» NO TIENE OTRO SENTIDO QUE EL DE SERVIR COMO UN REGALO DE HALLOWEEN. ESPERO QUE SE TRANQUILICEN AL SABER QUE TODO HA SIDO UNA BROMA Y QUE LA CBS, Y EL MUNDO, ESTÁN ILESOS.
Y POR FAVOR, EL DÍA DE MAÑANA, NO OLVIDEN ESTA TERRIBLE LECCIÓN.
FIN

Objetos de deseo

Señor Director:

La Orsai 7 fue siempre mi favorita. Y con la Orsai 8 me está pasando lo mismo. Me parece que el Chiri y vos están *in the flow*, como dicen los gringos. Es realmente un privilegio leer Orsai y una alegría pertenecer a esta comunidad. Cuando me encuentro con alguien y descubro que lee Orsai casi que me emociono, porque compartimos no solo la lectura de una obra de arte, sino un sentido de comunidad muy particular. Gracias totales por ayudar a moderar y congregar tanta gente maravillosa.

Te escribo por un programa de *Studio 360* que escuché la semana pasada, que tenía una idea que me pareció que podría adoptarse de algún modo en Orsai. Rob Walker tuvo la idea de seleccionar algunos objetos sin valor que encontró en una feria de baratijas y pedirles a escritores que escriban historias que les den significado. Luego vendió los objetos junto con las historias originales (pagándoles a los autores, por supuesto) en significantobjects.com. A partir de esto, *Studio 360* hizo un concurso entre sus oyentes a partir de tres objetos. Los oyentes cuyas historias ganaron se quedaron con los objetos (creo).

Me pareció interesante la idea porque es muy cierto que los objetos tienen valor en base a los recuerdos que tenemos sobre ellos, es decir a las historias en las que ellos son protagonistas. Por ejemplo mi marido aún guarda un osito de dos centímetros de altura, cuya tela se desintegra si lo mirás fijo, y al cual le falta un ojo, pero que es (por supuesto) su compañero de infancia. Todos tenemos alrededor nuestro miles de objetos que tienen una historia detrás. Qué interesante sería tener un objeto cuya historia proviene de la ficción. Imagináte un objeto de "El gran surubí", o algún souvenir ypefiano. Sería la materialización de esas historias, y el objeto a su vez te recordaría la historia cada vez que lo mirás, como nos pasa con los objetos personales. Los objetos se podrían vender, subastar o sortear, no sé qué sería mejor. También se podrían organizar concursos entre los lectores de Orsai, entre los cuales seguro que hay talento aún por descubrir. En fin, te la dejo picando; no quise dejar pasar esta idea que me pareció tan orsaiana.

Atentamente,

Mariana Iribarne
Suscriptora N° 00811

Orsai offline

Señor Director:

Le escribo para agradecerle por su excelente revista para perdedores (según la hipócrita sociedad en que vivimos). Seré breve, aunque tengo mucho que decir. Ustedes, los que hacen Orsai, me salvaron en los peores momentos de mi síndrome de abstinencia a leer boludeces (según mi mujer). Tengo cuarenta y un años, casado, dos hijos y tres perros. Traté varias veces de terminar mis estudios. Trabajo en un pequeño comercio de venta de alimentos para perros, en la ciudad de Salta, que me lleva la vida en el horario de lunes a sábado de nueve a catorce y de dieciséis a veintidós (es la única forma que encontré para ganarme la vida y llevar adelante mi familia). Tengo que estar mucho tiempo allí para que me cierren los números y poder irme quince días de vacaciones en el verano.

Bueno, pero ese no es el tema. ¿Dónde entran ustedes? Sucede que al estar mucho tiempo en mi negocio, muchas veces me aburría y entraba a internet a leer el tipo de cosas que ustedes publican en su revista. Mi mujer decía que soy un irresponsable por estar distraído en internet. Para evitar problemas y preservar la familia di de baja internet. Ahora solo navego en mi casa, en el horario de ocho a nueve de la mañana, y en ese momento aproveché para bajar todos los números de Orsai. Los pasé a la compu del negocio y ahora me acompañan todo el día. Cuando tengo un ratito libre los leo: ustedes escriben todo lo que yo busco en internet, no necesito nada más.

Estoy tentado de decirles que son unos genios, unos capos, felicitarlos por su buen gusto, alabarlos por su creatividad y dedicación. Pero lo diría porque piensan y sienten lo que yo siento (me doy cuenta a través de sus publicaciones) y sería egocéntrico y autorreferencial. Sin embargo quiero que sepan que alguien en el mundo les agradece. Muchas gracias, pero un gracias de corazón, un gracias profundo y muy sentido, un gracias abrazador, un fuerte abrazo de gracias, porque me hacen sentir en comunión con ustedes y con lo que publican.

Atentamente,

Carlos Heráclito Paputsakis
Suscriptor N° 17582

Castillos en el aire

Señor Director:

Recibí por primera vez la revista en estos días. Los cuatro primeros números de este año, juntos. La sensación cuando las leí fue casi la misma que cuando leí por primera vez *Crónica de un Iniciado* de Abelardo Castillo, pero en versión revista. La sensación es que *Crónica...* me sigue pareciendo la mejor novela que leí, y ahora Orsai me parece la mejor revista que leí. Una mezcla de emoción, alegría y necesidad de leer de nuevo algunas cosas que estaba leyendo. La necesidad de anotar frases. Esa sensación entre la panza y el pecho de "uy, apareció uno más del grupo *no tan numeroso* del que me siento parte".

Por eso hago lo mismo que intenté hacer con Castillo en su mo-

mento (infructuosamente) pero en este caso sabiendo que el mensaje va a llegar a quien pretendo que llegue. Muchas gracias. Quizás hay una parte que no vas a entender de lo que digo, pero no sabés qué felicidad me provoca encontrar (aunque sean pocas) cosas de las que me siento parte, aunque sea por empatía.

Atentamente,

Silvina Baiardi
Suscriptora Nº 11417

Paisajes del sur

Señor Director:

No fue a propósito, de estratega no tengo nada. Pero a finales de julio cumplí una deuda partiendo la Argentina al medio para una aventura arriesgada: conocer a mis suegros. Para eso me tomé un avión desde Aeroparque hasta Neuquén, con todo el cagazo que representa volar por primera vez en la vida. En dos horitas recorrí el país de Este a Oeste. Pero resulta que ella se emperró con nacer exactamente en la otra punta del país. Seis horas más de colectivo, tres de ellas entre ripio y cornisa, hasta Aluminé.

Para aliviar las presiones del viaje acudí a la biblioteca. Orsai tres y Orsai siete adentro. La mochila pesaba más de cinco kilos. Apuesto que no pensaron en eso al hacer semejante revista. Abrí la siete en el viaje en colectivo, empecinado en comerme dos artículos en especial. Primero "La foto pensada" de Buenafuente. Yo también tengo una Setter irlandés y busqué empatía. Preciosa reflexión pero todavía no había llegado al destino y ya la extrañaba. Que lo parió, elegí mal.

Pasemos al siguiente. Con "Nacido y criado" me recompuse. Ahí me pasó algo sublime. No conocía esa parte de la Argentina. En realidad, la estaba conociendo a través de la ventanilla, en el mismo momento que Dalla Torre me la contaba en Orsai. Cuando él hablaba de su infancia en Zapala yo estaba llegando a Zapala. Cuando él describía las cigüeñas extrayendo petróleo, yo las veía subiendo y bajando en el medio del árido paisaje. Recorrí esos kilómetros hipnotizado, como inserto en una parábola temporal que de todas formas me permitía observar lo que estaba pasando. Estaba siendo víctima de Orsai en su mejor versión, cuando se mezcla con tu propia vida.

Lo veía en las líneas, lo escuchaba afuera y lo olía entre los dos. Mirando el paisaje patagónico, Dalla Torre me ayudó a contemplar la inmensidad de YPF. Pensé en mi viejo, a quien echaron con la privatización y recién ahí pude compartir su euforia con la nacionalización.

Llegué al final y no necesité leer más nada. Más que saciado estaba empachado. Nada de lo que pudiera leer en lo que quedaba del recorrido iba a superar lo que me acababa de pasar. Por eso, y para que todos los lectores puedan experimentar lo mismo pido, perdón, exijo: una crónica de viaje por número a algún lugar significativo o peculiar y, adosado al ejemplar de Orsai, dos pasajes al lugar que se describió. Gratis, por supuesto. Y no me venga con excusas; si eso no se logra, este proyecto es un fracaso.

Le contaba esto a ella mientras caminábamos por Aluminé. En medio del relato pasó un Corsa blanco con los vidrios polarizados a medio bajar. Aminoró la marcha y unos lentes de sol nos enfocaron desde el interior. Nos siguió unos cinco metros. No sabía si me estaba mirando a mí, por ser el bicho nuevo del pueblo, o al culo de ella. Luego aceleró y nos dejó atrás. Sobre el parabrisas tenía ploteado en mayúsculas: "Gordito sexy barrigón". La pregunta es... ¿no habrá sido usted, no?

Atentamente,

Raúl Ruscitti
Suscriptor Nº 00598

Loca de amor

Señor Director:

Podría calificar estas líneas como un acto de amor, uno más de los que habitualmente dirijo a quien no me corresponde en sentimiento. Esa persona no es usted, aclaro, sino mi ex. Conocí la revista gracias a él, que publicó su conferencia TEDx en Facebook. La vi, me enamoré de la idea y me suscribí inmediatamente en un acto impulsivo, idealista y romántico que, meses después, mi ex descubriría, provocando su admiración sincera aunque, lamentablemente, no su amor eterno.

No soy una adolescente dedicada a sufrir por amor tiempo completo. Soy productora y realizadora de televisión cultural y cine independiente en mi querida Montevideo. Trabajadora mucho, escritora un poco y madre *full time*, pero eso no me impide embarcarme en pasiones a las que me entrego casi sin pensar en el rédito.

Esos actos de amor, esas cosas que hacemos por amor, algunas buenas, otras no tanto, la mayoría ridículas, podrían conformar en mi caso una lista interesante, desde cruzar la frontera entre México y EEUU ilegalmente con diecisiete años, hasta convertirme en directiva honoraria de una institución tan prestigiosa y sufrida como la Cinemateca Uruguaya, siempre en crisis.

Algunas de esas acciones, pocas, diría casi excepcionales, superan el fin inicial de conquistar, deslumbrar, sorprender y en definitiva enamorar al otro. Mi suscripción a Orsai es uno de esos casos.

Esa soy yo, que hoy con mis Orsai en las manos, esperando la nueva, disfruto por una vez del feliz arrebato y escribo esta carta de amor agradecida, que me permite decir que, mas allá de todo, vale la pena la locura de amar.

Atentamente,

Marcela Matta
Suscriptora Nº 06716

Gastos extra

Señor Director:

Me acabo de gastar ciento veinte euros en las ocho revistas que publicaron hasta el momento. Ciento veinte euros que no debería haber gastado, porque eran para cinco libros de programación. ¡Ahora me tendré que gastar doscientos cuarenta euros! La verdad es que me había bajado todas las revistas Orsai en PDF pero dije ¡má sí!, cuando sea viejo voy a seguir disfrutando de este proyecto único.

Atentamente,

César Álvarez
Suscriptor Nº 13530

The office

Señor Director:

Tengo una pelota inmensa de cosas para decir y no voy a pararme mucho a pensar en la forma más literaria de hacerlo porque si no me olvido todo. Como primera medida, para poder escribirte tuve que vencer mi miedo a hablarle a los medios. Cosa rara porque estudié Ciencias de la Comunicación. Una linda carrerita que me tomó diez años y con la cual aún no hice nada. Cuando era una jovencita idealista escribía cartas editoriales y mandaba mensajes a mis programas de radio favoritos. Hasta que un día, en uno de esos programitas se burlaron al aire de mi "comprometido email" y hasta dieron mi nombre y apellido. Me morí de vergüenza y decidí que nunca más iba a prestar mis palabras al putísimo juego perverso de los medios. Pero como Orsai no es perversa, decidí que valía la pena hacerte saber un par de cosas.

Ayer me llegó la Orsai 8. La leí de un tirón, en un día. La ubiqué en mi biblioteca junto a las otras y, de golpe, sentí una pena tremenda. La Orsai 7 aún seguía en mi mesita de luz. La había dejado después de la nota de YPF. No podía seguir leyéndola, cada vez que la agarraba sentía una incomodidad que no podía explicar. Estaba incómoda, fastidiosa, molesta. Sabía por qué, pero me daba vergüenza decirlo y no me animaba ni a decírmelo a mí misma.

¿Sabés qué era? Todos en la revista, tarde o temprano, hablan de sus aventuras, sus viajes, las cosas buenas y malas del asuntito de emigrar a perseguir sueños. Y para colmo lo hacen dibujando, fotografiando o escribiendo. Y mientras yo leía todas esas cosas, las que siempre quise hacer, iba y venía cobardemente a un trabajo de oficina de ocho horas, rodeada de gente mediocre llena de miedo y malicia. ¿Sabés que fue lo primero que le dije a la psicóloga que me hizo el test vocacional a los diecisiete años, en el colegio? Que no quería trabajar en una oficina. Y ahí estaba yo, quince años después, haciendo precisamente lo que no quería hacer.

Hace dos meses renuncié a ese trabajo de la reverenda mierda. Agarré mis ahorros y mis valijas. Me voy en pocos meses por ahí. A probar mi propia versión de los sueños. Ahora disfruto de la revista, porque ya no me recuerda lo que podría haber sido y me daba miedo ser, sino que me alienta a ser lo que voy a ser.

Hoy lloré. Estaba saldando mi deuda con la Orsai 7 y me encontré con el editorial "Los jefes y los empleados". Lloré en serio, como una marrana esquizofrénica, cuando llegué a la ultima columna. Hace unos meses tenía miedo de que la personita que fui se encontrara conmigo. Me hubiera muerto de vergüenza. Eso es lo que me pasaba cada vez que agarraba la Orsai. Hoy ya no. Sigo teniendo miedo, pero es diferente: es el miedo a lo que vendrá, ese miedo lindo que te evitás cuando te acomodás cobardemente en un trabajo que no te hace feliz y que no tiene nada que ver con lo que sos y lo que sentís. Siempre me gustó dibujar y pintar. Siempre lo hice. Laburaba testeando software. Es tan patético que ni siquiera tiene la gracia de parecer una ironía. Podrá salirme bien o mal, pero al menos ahora tengo el privilegio de estar orgullosa de mí y de sentirme parte de la comunidad Orsai; a mi manera, claro.

No sé cómo cerrar esta carta, así que lo voy a hacer torpemente y de golpe para no desentonar con el resto de lo que escribí.

Atentamente,

Laura Balian
Suscriptora Nº 08520

Estilo de vida

Señor Director:

Recién ahora termino de leer la Orsai 7. Sí, la siete, no la ocho como dice todo el mundo (y que tanto elogian, sea de paso). Tengo un problema con el nuevo formato de la revista: se me acumulan en la biblioteca, junto a pilas de libros que me prestan, y no logro hacerme un tiempo para dedicarle lo que se merece. Antes, de joven, leía en cualquier parte, debo admitirlo. Con el tiempo todo se me hizo más difícil y empecé a leer únicamente en el baño y en el transporte público. Por último, actualmente solo lo hago en el tren.

Duermo cuatro horas por día, acabo de ser padre por segunda vez hace un par de meses, viajo setenta kilómetros hasta mi trabajo todos los días, tengo una dieta balanceada a base de fiambres y milanesas. Todo esto provoca que duerma cuando viajo, cague solo una vez por día en el trabajo, y sobreviva como un zombi el resto del tiempo, dejándome nada de tiempo para leer. En mi vida actual solo leo en el tren, pero conseguí unos amigos que viajan en auto, y si logro colarme con ellos llego al trabajo más descansado y un poco antes. El problema es: ¿cuándo leo?

Desde que estoy suscrito a la Orsai me siento en obligación de leer, me siento en una fiesta donde todos se ríen de algún chiste que yo no llegué a escuchar, donde todos hablan sobre algo que me estoy perdiendo y eso me está pegando duro en la autoestima.

En el primer año de la revista no tenía mayores problemas: me llegaba cada tres meses, había textos que no me enganchaban así que los dejaba sin leer, todo se podía postergar. Pero este año cada dos meses lo tengo a mi *dealer* literario mandándome mails para que pase por su casa a buscar mi paquete, empiezo a leer y cada artículo me atrapa más que el anterior, nada en el nuevo formato tiene desperdicio, y eso está afectando mi estilo de vida.

Aparte de leer, hace poco tiempo descubrí el gusto por la escritura. Escribo cosas cotidianas, anécdotas de mi juventud, cuentos cortos, boludeces. Cada vez que termino de leer algo de la nueva Orsai me agarran unas ganas locas de ponerme a escribir; ustedes son un virus, contagian inspiración. Así escribí sobre un día de pesca con mi hijo (cuando leí lo del surubí), escribí un cuento sobre un viaje al pasado donde juego al fútbol con mi pibe en una plaza (cuando leí tu cuento donde vuelven a hablar con ustedes mismos), escribí un diálogo con mi hijo donde él me pregunta qué es un travesti, qué son las drogas y por qué a la gente la hace tan feliz (cuando terminé de leer "Plástico Cruel")... Sí, siempre escribo sobre mi hijo, no puedo evitarlo. Y la lista sigue y sigue. No puedo más, necesito ayuda.

¿Qué tengo que hacer, muchachos? ¿Cambiar mi estilo de vida? ¿Por qué se les ocurrió hacer una revista de excelente calidad y encima bimestral? ¿Tengo que dejar la comodidad del auto para volver a viajar en el tren Roca (uno de los peores y más lentos del país) solo para tener la excusa de leer? ¿Ten-

go que volverme vegetariano para poder ir de cuerpo varias veces al día y así poder seguir las historias del surubí, del cocinero o del viejo que bajó del monte en la comodidad de mi inodoro? Basta gente, me quieren cambiar y no voy a dar el brazo a torcer. Así no puedo más.

Atentamente,

Diego Rondina
Suscriptor N° 01558

Quedó con hambre

Señor Director:

Acabo de leer "El hombre de piedra" (Orsai 8, crónica de Josefina Licitra), un tema distinto y muy interesante por la cantidad y calidad de obras construidas y por la capacidad extraordinaria de trabajo de Francisco Salamone. Bastante particular, además, porque las obras más originales están alejadas de los grandes centros urbanos de ese entonces y de ahora. Y asombroso (aunque previsible) que las autoridades de las localidades y los vecinos de las obras, como relata Josefina, no cuenten hoy con ningún conocimiento histórico ni opinión crítica arquitectónica de los monumentos con que conviven a diario. "Ay, por favor", "el horror", "guarango", son expresiones desde la ignorancia que pintan de cuerpo entero a los que las emiten. Y que los municipios no le saquen provecho desde el punto de vista turístico es, además, consecuencia secundaria de la misma incompetencia.

Pero lo que me preocupa en serio es que no haya habido por parte de la redacción de la revista la sugerencia de incorporar un apoyo o contraparte con conocimiento del tema para la nota. Me preocupa porque ustedes son muy competentes. Está muy bien y simpática Josefina aterrorizada frente al ángel armado del cementerio, o resbalándose en medio de las náuseas en el matadero. Pero derrochan la oportunidad de un chofer instruido, arquitecto, por qué no (¿se acuerdan cuando los arquitectos e ingenieros manejaban taxis?), que soporte y aporte datos propios de las obras que visitan.

Las obras de Salamone, estas obras, exudan arquitectura de un genio bastante poco común. Y se dieron en un contexto de mesías-artista cuasi renacentista. El Salamone, en su mejor momento, trabajando contrarreloj, sin límite de opinión del usuario, prácticamente sin límite de presupuesto, dando rienda suelta a su imaginación y capacidad. (Un poco como ustedes con Orsai.) ¡El tipo vivió el sueño del artista!

Para tomarle el peso a lo que hizo, para captar toda la intensidad de lo que produjo Salamone, hace falta una opinión sostenida por el conocimiento del tema. Para diferenciarse de "mole" y de "una suerte de ovni", creo, hay que complementar el paseo con teoría arquitectónica.

La revista es gigante, pero quiero que sea superior, por eso te cuento mi opinión. Porque quedé con hambre, con hambre de saber.

Atentamente,

Juan Sebastián Olivieri
Suscriptor N° 00945

Industria automotriz

Señor Director:

Vas a tener que publicar en el blog más seguido.

Te cuento. Te conocí gracias a Messi. Gracias a tu artículo "Messi es un perro" que salió en la Orsai 6. Antes había escuchado al pasar algo sobre la revista Orsai, pero nunca sentí la necesidad de investigar de qué se trataba.

"Messi es un perro" me llegó por el facebook, compartido por un amigo de un amigo de un amigo, ad infinitum, y me gustó tanto —no solamente el concepto, sino también cómo esta escrito, cómo contás tu *descubrimiento*— que entonces, ahí sí, tuve la necesidad de saber quién era el que había escrito eso, y llegué al blog. Desde ahí (mediados de junio), he leído *todo* lo que hay escrito en el blog Orsai, *todo* "Más respeto que soy tu madre", *todo* "El diario de Letizia", *todo* "Juan Dámaso Vidente", *todo* "Yo y mi garrote"... Mientras tanto, en julio me suscribí a Orsai y, apenas salieron a la venta, encargué también las revistas del año pasado. Como llegué tarde y la Orsai 2 se agotó, bajé el PDF y ya la leí toda (excepto el artículo de Casals, porque los quiero leer en orden, del uno al cuatro). En ese lapso me llegaron las Orsai 5, 6, 7 y 8. Ya leí la 5 y la 6. De toda esta lectura, en mi casa solamente leí las revistas en papel; todo el resto lo leí en la computadora de mi oficina.

Trabajo en una fábrica autopartista, en Córdoba. Como habrás adivinado, estos últimos meses no hay mucho trabajo por problemas con Brasil; no sé si es que los brasileños no compran autos, o que el gobierno brasileño no quiere dejar entrar autos argentinos. La cuestión es que de las ocho o nueve horas que estoy en la empresa por día, en estos meses una hora estoy en el comedor, una hora y media en mi computadora haciendo el trabajo que tengo que hacer, y otra hora en la planta: parte de mi trabajo es andar por las máquinas *controlando* que todo ande bien. Y durante el resto de tiempo, durante lo que sobra, sigo en mi computadora leyendo Orsai y tus cuentos mientras escucho la radio. ¿Y sabés qué? Ayer leí el capítulo 200 de la mujer gorda y hoy ya tengo síndrome de abstinencia. Por eso, Hernán, tenés que escribir más y más. Por lo menos hasta que se reactive la industria automotriz en Argentina.

Atentamente,

Ignacio Bengolea
Suscriptor N° 12618

Lector amigo, recibimos con gusto tu carta al Director —o tu fotografía— para que se publique en la próxima Orsai. Se recomienda contundencia, brevedad y un dejo de neoliberalismo en las misivas, y extravagancia en los daguerrotipos. Se publicarán las mejores. En caso de adjuntar fotos que pretenden ser publicadas junto a la epístola, que sean en alta calidad. No publicamos desnudos integrales, pero los festejamos mucho en la redacción.

Cartas y fotos a:
orsai.cartas@gmail.com

PRÓXIMO **NÚMERO**

La Orsai N10 será la última del año y en teoría deberías tenerla por ahí cerca. Fijáte arriba de la mesa, o en el hueco del sofá, a veces se caen cosas atrás de los almohadones. Si no la tenés a mano, puede ser: A) porque la Orsai número diez todavía está adentro del paquete donde recibiste la número nueve, o B) porque estás leyendo este párrafo en el año 2017, cuando todo esto que digo perdió su línea temporal.

SEIS **REVISTAS**

Todas tienen algo en común: nacieron en 2012, tienen una calidad excelente, intentan mantenerse alejadas de la fábrica de hacer chorizos de la industria, necesitan suscriptores para ser rentables y, sobre todo, no tratan al lector como moneda de cambio para conseguir publicidad, sino como un socio con el que compartir un sueño editorial. Todas huelen muy bien, podés comprarlas online y llegan a tu casa no importa dónde vivas. Visitá sus webs y, si te gusta el proyecto, hacete amigo.

La-Balandra.com.ar (Argentina, técnica literaria), Buensalvaje.com (Perú, literatura), JotDown.es (España, cultura contemporánea), revistaVlov.com (Argentina, tendencias), RevistaLibero.com (España, fútbol), RevistaNumerosRojos.com (España, economía).

Aviso legal. Desde su fundación, el uno de enero de 2011, la revista Orsai ha cumplido con las nuevas normas ortográficas de la RAE de no acentuar la palabra "solo" cuando es sinónimo de únicamente, ni la palabra "guion". Hemos acatado esta norma por inexperiencia y sin estar de acuerdo en absoluto. Este mes, la revista Orsai ha presentado un recurso de amparo en el Tribunal Constitucional de Bruselas que, de proceder, nos permitiría volver a utilizar las palabras "sólo" y "guión" con tilde, desde el uno de enero de 2013. Como el recurso fue rechazado, nos vemos en la obligación de publicar las próximas ediciones de Orsai en portugués, un idioma mucho más moderno que permite tildes divertidas, como la del techito en la letra ê, y la viborita en la letra ã. Orsai revista é um meio gráfico da Editorial Orsai SL. Seu editor-chefe é Hernán Casciari, também conhecido como *o globo de grasa*. Foram impressos 6.000 cópias do número 9 (correspondente aos meses de setembro e outubro de 2012) na Imprenta Mundial, da rua Cortejarena 1862, Buenos Aires, e Imprenta NovoPrint, da rua Energia 53 de Sant Andreu de la Barca, Barcelona, no mês de outubro de 2012. Depósito legal: L-1382 - 2010. ISSN: 9772014015004-08. A marca "Orsai, ninguém no meio" é registrada. Esta tradução tem sido feita automaticamente por um computador e não é confiável.

Orsai
NADIE EN EL MEDIO

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Diseño integral
María Monjardín

Administración
Cristina Badia

Dirección gráfica
Horacio Altuna

Arte
Guillermo Decur
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Eduardo Salles

Edición
Karina Salguero-Moya

Corrección
Florencia Iglesias

Staff
Alberto Montt
Manel Fontdevila
Miguel Rep
Bernardo Erlich
José A. Pérez
Gustavo Sala
Alfredo Casero
Juan Sáenz Valiente
Pedro Mairal
Jorge González
Leo Oyola
Hueso Ricciardulli
Carolina Aguirre
Gusti Rosemffet

En este número
Martín Tognola
Jorge Repiso
Joe Bageant
Max Aguirre
Luis Chaves
Juan Sklar
Tatiana Córdoba
Juan Villoro
Patricio Betteo
Diego Fonseca
Pedro Juan Gutiérrez
Aurora Venturini
Mempo Giardinelli
Mario Bellatin
Diego Agrimbau
Gabriel Ippoliti
Horacio Dengis

Programación
Guillermo Harosteguy

Audiovisual
Andrés Locatelli

¡ESPERA UN MOMENTO!
SOY EL PEZ DORADO DE CUERNOS MÁGICOS.
SI ME LIBERAS, TE CONCEDERÉ
TRES DESEOS.
¿TRES DESEOS?
¿LO QUE YO QUIERA?
SÍ, LO QUE TÚ QUIERAS
QUIERO UNA CAÑA DE PESCAR
DE LAS PROFESIONALES.
MONTT
¡MARAVILLOSO!
QUIERO UN BUEN
REPRODUCTOR DE MÚSICA.
¡MARAVILLOSO!
QUIERO UN SET DE ARTÍCULOS
DE COCINA JAPONESA.
¡MARAVILLOSO!

LA VIDA ES SENCILLA